

—Es cosa convenida entre mi tío Clemente y el Rey Franceseo. Mi padre os dá la comision de representarle en la sesion con Su Santidad y el embajador francés, y mañana os espera en su cámara á las ocho.

—Catalina, Catalina (esclamó Sebastian fuera de sí). Lo que deis no puede ser; porque sois mia; porque no podeis ser de otro mientras yo respire; porque os amo con furor hasta el punto de mataros si me repetís esa nueva fatal.

—Señor Conde, ¡cuidado! replicó la florentina frunciendo las cejas, y palideciendo ligeramente.

—Catalina, compadeceos de mí.

La Médicis mecida en los espacios de la ilusion, desatendió las súplicas de su amante, prosiguiendo con voz hueca: Reina de Francia! Esta es una inmensa felicidad.... Y no es difícil; porque ese Delfin padece... es de constitucion delicada, y luego.... Maese René que irá conmigo á Francia....

—Catalina, (gritó el Conde rechinando los dientes y dando un paso hácia la dama con aire amenazador)... ¿Contais sin mí?...

—No en verdad, (contestó la hija de Lorenzo), cuento con vos como mi mejor amigo, discreto, confidente y seguro cómplice.

Catalina se levantó de su poltrona y tendió la mano al Conde, quien la llevó á sus labios con vehemente afan.

—Al porvenir, (le dijo con aire significativo). Al porvenir y un velo á lo pasado. Me haceis falta como aliado; me sobrais como amante. Lo sucedido no pasa de un sueño. No seamos niños y sepamos recobrar nuestra posicion, tras una época de locura.

—Pero esta noche, amiga mia, esta noche....

—Esta noche veniais buscando á Catalina la loca, y habeis encontrado á Catalina de Médicis, futura Duquesa de Orleans.

El Conde con los brazos abiertos se adelantó hácia su querida; pero ella dando un paso atrás tira del cordon de oro y seda, que ponía en movimiento una campanilla exterior.

—¡Qué haceis! exclamó Sebastian asombrado.

—Nada, respondió la Florentina sonriendo.

Una linda jóven se presentó en el dintel de la puerta.

—Paola (dijo la Médicis con la mas perfecta tranquilidad), concurid al Señor Conde.

Montecuculi cortado saludó y salió precedido de Paola.

—Me amaba mucho (dijo para sí Catalina); pero lo primero es lo primero. Estoy serena: el corazón no me late apresurado: muy bien; me equivoqué creyendo que correspondía á la pasión de ese pobre Conde...

El misero Montecuculi pasó la noche en interna lucha, entre el amor en su violento despecho, y la ambición, único atractivo del mundo á sus ojos.

Un rayo de esperanza iluminó aquel caos de incertidumbres.

¡Quién sabe (se dijo) si ese amor cuya cadena rompe la codiciosa Florentina para estar en plena libertad en sus futuras cábalas no tornará á reanudar sus rotos hilos en lo venidero! No nos consumamos en dolorosa absorción, pongamos el pie en la rueda de la fortuna y subamos con ella á la cumbre. En consecuencia de tales ideas Sebastian guardó en lo íntimo de su pecho el secreto de su amor, y adoptó la máscara de la indiferencia para disfrazar sus pensamientos amargos.

—Montecuculi fué puntual á la cita de Catalina. A las ocho se presentó en la cámara del Duque.

Lorenzo le puso al corriente de la negociacion entablada entre Clemente VII y Francisco de Valois. Dióle las cartas que le acreditaban por su plenipotenciario en la conferencia que debia tener en Roma con el Pontífice y el Embajador de Francia, y honrándole con un alto presente y buena suma de escudos le despidió lleno de afabilidad y atenciones.

—Al salir el conde del aposento ducal Paola le aguardaba en el corredor, que conducia á la escalera escusada.

—A Dios, hermosa niña, díjola Montecuculi.

—Señor conde (respondió sonrojada la Damisela.) Mi señora me envia á vos...

—Habla, hija mia, interrumpió el Ferrarés con extrema ansiedad.

—Me encarga decirnos que no esperaba menos de vuestro talento...

—El Conde comprendió que Paola estaba apostada para ver si venia á la cámara del Duque á la hora prefijada por Catalina.

—¿Y qué mas..?

—Entregaros esto...

—Paola puso en manos de Sebastian un anillo de oro.

El Conde le examinó con avidez.

El aro liso y ancho sujetaba una chapa en que estaba grabado un anciano de larga barba y completamente desnudo, en su mano la guadaña destructora; cerca de sí un reló de arena.

—El tiempo: comprendo perfectamente, murmuró Montecuculi.

Paola se disponia á retirarse. El Conde la detuvo; quitó de su capacete el joyel que ocultaba el encaje de la pluma en su broche, dije precioso de oro y pedrería, en forma de estrella, y entregándole á la mensajera de la Médicis la dijo con acento penetrante:

—Dareis esta estrella á vuestra Señora, cuidando de retener bien la frase que voy á deciros.

Paola hizo un signo de profunda atención.

—*Vos sois árbitra de mi estrella.*

—*Vos sois árbitra de mi estrella*, repitió el jóven.

—Guárdete el cielo, niña mia, (añadió Sebastian con melancólica ternura).

—Sed feliz, señor caballero, respondió la linda Damisela, agradezca á las muestras de interés de tan alto personaje.

El Conde cumplió lealmente su encargo. El Pontífice Clemente quedó en extremo complacido de su habilidad diplomática, y del tacto con que abordaba las cuestiones de mayor riesgo.

El enlace se verificó. Montecuculi formó parte del cortejo de Catalina y á la venida de la servidumbre encantadora de la Médicis, por medio de *Leona di Casa-bianca*, Sebastian fué nombrado Sumiller de la Casa de su alteza, el Delfin Francisco.

Tal era el Conde de Montecuculi.

Catalina terminado que hubo de leer la carta que tan absorta tenia su atencion, volvió á cerrarla y la guardó en su limosnero.

—Buenos dias, Conde, dijo sonriendo á Sebastian con la cordialidad mas afectuosa, y tendiendo su preciosa mano de niña, que Montecuculi besó respetuosamente.

—Felices, Señora, contestó el Ferrarés.

—¿Sabeis algo de la guerra?

—Poca cosa en verdad. Lo que todo el mundo.

—Veamos vuestras noticias, Conde.

—El Emperador sitia simultáneamente á Marsella y Arlés, tan Carlos Quinto.

to por hacer algo en el erial que le han dejado, cuanto por atraer al socorro de aquellas plazas ese ejército francés, encerrado en Avignon, que espera inmóvil la derrota de los imperiales por el hambre, la peste y el descontento.

— Que el Duque de Saboya no puede sufragar los gastos de dos tan formidables ejércitos, y por otra parte la escuadra que debe conducir los bastimentos al ejército hispano-germánico, no ha conseguido todavía abordar las costas de Francia.

—¿Nada mas?

—Nada mas, Señora.

—Pues todo induce á creer que la estrella de Carlos V se eclipsa, y ó mucho me engaño ó tendrá muy en breve que emprender una vergonzosa retirada.

Juzgo aventurada esa opinion; permitidme la franqueza.

—Las invasiones no son fructíferas al rival de mi suegro. Borbon y Pescara nada le reportaron; ni el infame marqués de Saluces con la entrega de la clave del reino ha conseguido adelantar los planes vengativos del Rey de España.

—Hasta la fecha.

—Mas adelante tampoco (repitió la Florentina.) Todo se conjura contra el orgulloso dominador, y la fortuna cansada de favorecer sus fogosas empresas le torna las espaldas.

—Decís bien, Señora.

—Y ved si es la Providencia la que protege á la Francia, que la salva por un milagro.

—¡Por un milagro!

—Sí, por Dios. ¿No es un milagro que ese Mont-morency tan presuntuoso de su dotes, tan engreido con sus cualidades, tan tenaz en sus pensamientos, tan severo y duro, ha concebido el único plan conveniente en vez de un proyecto falto de prudencia y que comprometiese el destino del pais?

—Es positivo.

—Figuraos, Señor Conde, si un hombre de su temple hubiera calculado sin tan feliz inspiracion, con su inexorable carácter, con su perseverancia, y sus incontrastables resoluciones, nos hubiera conducido al precipicio, y á esta fecha Carlos de Gante era dueño de los dominios de Francisco de Valois. Pero el cielo ha querido que su inteligencia haya alcanzado el pensamiento mejor, y ya veis

de qué modo frustra los propósitos terribles del vencedor de Barba-Roja.

—Hasta el presente sin duda.

—El Langüedoc queda resguardado: establecido el campamento francés en la confluencia del Ródano y Duranzo, un rio sirve de traer á nuestro ejército vituallas y el otro de barrera al enemigo. Marsella y Arlés se hallan bien guarnecidas. De los Alpes á Marsella, desde las costas hasta los confines del Delfinado todo es una horrorosa devastacion. Francia se mutila por ser libre; por privar de recursos á sus enemigos: retrocede á la embestida pujante del que ha jurado su ruina; pero arrasa á su paso cuanto recuerda la mano del hombre y deja al invasor áridas tierras y escombros informes. Ya Mompezat detuvo en Fossano á la formidable coalicion del imperio y el reino, lo bastante para dar tiempo á Francisco para juntar sus fuerzas y adoptar la urgente determinacion defensiva. La desistencia de Mompezat ha sido de un alto ejemplo: el terror pánico ha pasado y los presidios de Arlés y Marsella acaban de rechazar á los sitiadores.

—¿Se han levantado los sitios? preguntó admirado Montecuculi.

—Se han levantado, y el Emperador avanza hácia Avignon en la exasperacion rabiosa del vencimiento. Sus oficiales tácticos han recorrido los terrenos con minuciosidad y según aviso de personas bien informadas estan contestes en que las resoluciones de Cárlos se estrellan contra imposibilidades absolutas.

—¿Qué pretende la Magestad cesárea?

—Lo que con tanta solemnidad espresó en Roma en la asamblea política presidida por el Padre Santo y á la que asistieron nuestros embajadores.

—¡Ah! si: recuerdo perfectamente entre otras cosas aquel reto á combate singular cuerpo á cuerpo en una isla inhabitada; en un puente cortado; en una galera amarrada; prévio depósito de los ducados de Borgoña y Milan.

—Nunca se mostró Cárlos menos político, mas presa de pasiones desordenadas.

—Y ese designio...

—¡Oh! (esclamó Montecuculi con cierta animacion no comun en él) será un espectáculo magnífico el acceso de ira impotente de ese flamenco, ascendido al primer solio continental.

—Figuraos, (repuso la Médicis participando de la emoción del Conde), figuraos la posición de un hombre tan mimado por la fortuna, tan animoso y calculador feliz. La peste y el hambre merman sus tropas: sus valientes generales españoles, flamencos é italianos no alcanzan á combinar un plan, ni á emprender una operación que mejore la suerte de sus armas; fuerte con la fuerza de la desesperación ve al enemigo seguro tras inespugnables valladares, sin que á sus provocaciones salga á campaña, sin que haya medios de llegar hasta él; y los socorros que esperaba de su armada naval no llegan....

—Pueden llegar de un momento á otro, y entonces....

—Han llegado: pero ha sido para exasperar la situación: la escuadra detenida por vientos contrarios y mil accidentes á cual mas desastrosos no es portadora de vituallas bastantes para prolongar la existencia de los tercios invasores en el arruinado país; la retirada se hace inminente. Admiraos, el mariscal que ha marchado sin oposición en todos los proyectos descabellados, ó cuando menos sin prudente acuerdo la encuentra hoy, que desarrolla la mejor idea de su vida. ¡Per Dio! es original que el pobre Mont-morency se vea precisado á defenderse de sus propias tropas y tenga que pelear con los gefes, sus subordinados para obtener que secunden su proyecto.

—Luego ¿es objeto de censura su ilustrado proceder?

—Mas que de censura, Conde: la rebelión empieza á dejar oír sus murmullos precursores de la contradicción descarada. Los franceses no son á propósito para esa espera en que les retiene su general, y piden la batalla con tanto ardor como la buscan los imperiales. La Providencia continúa la obra de la salvación por medio de milagros: primer prodigio, la inspiración de Mont-morency: segundo portentoso, su variación de sistema de mando.

—¡Es posible, Señora!

—Siguiendo su método ordinario Mont-morency á la primera noticia de las murmuraciones de su hueste habria tratado con la mayor dureza á los oficiales de grado superior; hubiese reprendido agriamente á los inferiores y castigado sin misericordia á los soldados culpables de hablillas contra su general.

—Eso es lo que me parece consecuente con su índole.

—Pues todo al revés. Mont-morency conjura la tempestad con

la conducta mas hábil. Trata con la mayor dulzura á los principales descontentos; procura persuadirles de su razon, facilitándoles las esplicaciones del móvil de su proceder y llega hasta la lisonja para captarse la cooperacion decidida de sus inmediatos en grado. Se familiariza con los oficiales, haciéndose bromoso y alegre camarada en las reuniones del real y á falta de gloria da á sus soldados consentimiento, prueba el pan del uno, da de beber al otro y rocorre los pelotones animando y esperanzando á los militares; dándoles á entender con sus jovialidades y chanzonetas su designio de cansar al enemigo y hacerle evacuar el terreno sin arriesgar el choque.

—¡Quién lo hubiera creido del fiero Mariscal!

—Señor, le dijeron en uno de los pelotones; ¿cuándo nos conducis á zurrar de lo lindo, á esa maldita canalla? ¡Bah! contestó Mont-morency. ¿Merece esa vil caterva que los degolleis? Nada: quietos. Que el hambre y la peste los devore y vosotros os divertais con el espectáculo.

—Pero si los murmullos toman cuerpo, si la rebelion estalla....

—Un suceso se anuncia que puede agravar las cosas, hasta el postrer grado: la incorporacion de Francisco al ejército de Mont-morency.

—Pues yo dijera que tal acontecimiento tiene una fausta significacion para el porvenir. El rey está en el caso de apoyar á su primer caudillo y el plan de Mont-morency secundado por el soberano no admite objeciones para la acrisolada lealtad francesa.

—No conoceis el carácter de Francisco de Valois, Conde. Mas que un monarca es un aventurero entusiasta y caballeresco: desdena esa política mañosa que hizo tan grande á Francia por el undécimo Luis y querria resucitar la era de aquellos Héroes griegos, Hércules, Teseos y Edipos, que corrian el mundo rescatando doncellas de la cautividad y la muerte; purgando la tierra de monstruos, en lides obstinadas, en amorios y conquistas de reinos.... Francisco quedó prisionero en Pavía por cumplir su promesa á una dama de Lyon, de llevarla nuevas de la conquista de Italia; en vano despues de la pérdida del *Castillo de Sant-Angelo*, se le representó la necesidad de levantar el sitio: la promesa estaba hecha: era faltar al honor de su palabra aceptada por una dama.

—Francisco llegará al cuartel general. Prestará oídos á los dis-

cursos de los que hablen de empeñar el combate y desde que le digan que es un baldon la inercia delante de un adversario que provoca y demanda palenque, se decidirá por la batalla aunque le cueste la corona.

—El combate es de mal augurio para la Francia.

—Confío en la necesidad de retirada por parte de los imperiales que es de una urgencia inmediata. Tenga Mont-morency la fortuna de contener los ímpetus belicosos del Rey y el país se ha salvado.

—Quiéralo la fortuna, dijo el Conde, dando muestras de indisplacencia por aquella prolongada conversacion política.

Reinó el silencio algunos minutos. Catalina le interrumpió.

—¿Con que partís mañana para Valence? preguntó con súbita resolucion la Duquesa de Orleans.

Montecuculi no pudo reprimir un gesto que traducia la sorpresa por tan repentino imprevisto giro dado á la conversacion.

—Parto mañana, respondió con voz sombría.

—Necesito recordaros algo de lo pasado, Sebastian.

—Soy vuestro esclavo siempre, Catalina.

—Mi esclavo no: mi amigo; mi solo, mi único amigo, en este país, donde nadie me ama; donde todos me desprecian ó aborrecen.

—Decís bien, Catalina (repusó Montecuculi con melancolía), soy vuestro amigo dispuesto á sacrificaros todo... ya os consta... hasta mi pobre corazon.

—Hace mucho tiempo que no hablamos en íntima confianza, Sebastian.

—Mucho, contestó el Conde dando un suspiro.

—Y he menester desahogarme en el seno de la amistad.

—Participadme vuestras penas.

—Mis penas no, mis proyectos.

—¿Pretendeis ocultarme que sois desgraciada?

—No soy feliz, pero no me quejo. Yo no me consentí en la dicha conyugal, cuando vine á unir mi suerte con la de Enrique; por tanto no me sorprenden sus infidelidades, sus escandalosas aventuras, ni su desvío de mí.

—¡Cómo! (esclamó el Conde asombrado). ¿No os quejais de

que vuestras noches trascurren en completa soledad, mientras el hijo segundo de Francia las pasa con sus cortejos?

—No por cierto, Sebastian. Si abandona mi tálamo no me quejo; porque toda vez que no le amo me considero la compañera de sus altos designios y no la co-participe de sus placeres.

—¡Estraño modo de raciocinar! Pero sois jóven, ardiente; necesitais amar y ser amada y en vez de esto....

—Dejadme proseguir, Conde (interrumpió la Florentina con sonrisa provocativa), mas tarde os diré cosas que os harán estremecer de alegría.

—¡A mí! (replicó Sebastian). Yo he renunciado á todos los gozes del mundo. Lo que hacen los monjes por amor divino yo lo hago por un amor de la tierra.

—No corteis el hilo de mi discurso.... ¡Qué me importa la especie de animadversion de que mi marido me profesa! (esclamó la Médicis con supremo desden). ¿Tengo yo por ventura pretensiones á su afecto? ¿Ignoro acaso que el matrimonio de Orleans y la hija de Lorenzo fue una mera combinacion de Francisco, sin que se consultara mas que el interés? El papel de Ariadna abandonada no me corresponde y tengo demasiado talento para estralimitar el círculo en que los destinos me han colocado. El vínculo que debe Enrique de Orleans es el crimen, como paso para el logro de una ambicion impaciente; el crimen que le he dejado comprender y del que no se espanta.... El crimen que juzga útil; que no quiere cometer, pero que me deja libertad de poner en obra.

—¿Y ese crimen á qué fin conduce?

—A reinar, Conde, á reinar.

—Comprendo.

—Enrique de Orleans llevaba dentro del corazon un sentimiento de profundo disgusto: segundo-génito de Francia tenia en monótona perenne prespectiva la dependencia de su hermano mayor.

—¡Peligroso derecho el de la primogenitura!

—No tan peligroso. Todos los dias no nacen atrevidos. La mayor parte de los segundos-génitos se contentan con envidiar la primacia de sus mayores, odian al preferido por la prelación de nacimiento; pero besan la mano que desearian morder, y esto es todo. Pero cuando el primogénito tiene la desgracia de que su inmediato cuente con una conciencia muda y un buen fondo de reso-

lucion.... Entonces el asunto varia de aspecto completamente. Ya no es una envidia que se refugia al mas escondido repliegue del corazon.... Sino un plan que dé por resultado la posesion anhelada. Orleans suspiraba en secreto por el poder: mejor dicho por el derecho del poder; (insistió la Florentina con majestuosa calma) yo adivine sus celos y me propuse explorar los recursos de su ánimo: sondear lo profundo de su ambicion. En las pocas ocasiones en que nos encontramos solos le hablé de las injusticias de la suerte; de las cualidades que parecen disponer á un hombre para la supremacia, mientras la obtiene otro menos digno; de la ambicion valerosa y de la ambicion hábil: de la usurpacion y la trama, de las coronas que se ganan por la fuerza, y de los sólios que se obtienen por la tenebrosa maquinacion: de la altura á que se eleva la descarada audacia, de la cumbre que toca la astucia y la resolucion... Alusiones á su estado que al principio escitaron su desconfianza: que interrumpia con recelo; pero que muy en breve volvia á provocar. Yo tocaba los bordes de la úlcera interna: irritaba con mi sonda su centro y el paciente no podia menos de responder á mi indagacion....

—Despues le hablaba de las almas enérgicas, que contrarrestan el fallo de la suerte. Ofrecia á sus atónitas miradas el espectáculo de la ambicion triunfante, ya por la intrepidez de sus agresiones, ya por la combinacion sábia de disimuladas tácticas. Y conseguí que me confesase su intolerable suplicio de sufrir un derecho odioso de preferencia á la corona, cuando creia merecer por sus alientos lo que perdía por capricho de la suerte. Y llegó á tomar gusto á mi conversacion, que halagaba sus propensiones, dando una forma al embrion de sus pensamientos recónditos. Y en mas de una ocasion despues de oirme embebecido, salia precipitadamente de mi cámara murmurando: *¡Eva tentadora! Un minuto mas y sucumben mis escrúpulos.*

—Tenia razon, Catalina; sois la serpiente del Paraiso.

—Y luego comencé á inculcar los principios utilitarios, á cuyo favor se vé por un prisma especial el mundo. Enrique oyó y dudó. Redoblé mis esfuerzos y empezó á comprender. Yo le brindaba los recursos que suministra la ciencia á la ambicion mañosa. La pluma envenenada del médico Xenefonte, que bajo pretexto de facilitar el vómito de Claudio, inoçula las fauces del Emperador de un tó-

sigo que le sofoca : las copas de Felipe el Hermoso y Clemente V, donde los satélites de la Orden del Temple, vierten la ponzoña que consume á los emplazados ante el tribunal de Dios : el agua servida al padre de Carlos V despues de jugar á la pelota, que libra del aborrecido flamenco á los castellanos....

—Y Enrique....

—Enrique vió un rayo de luz, cuyos fulgores le cegaban. Se estremeció de alegría por las grandes consecuencias del pensamiento ; mas de terror por la realizacion del plan. Le hostigué perseverante en mi idea, y....

—¿Rehusó?

—Rehusó la responsabilidad ; pero no el proyecto.

—¿Cómo!

—Señora, me dijo con la fatiga del hombre que lucha entre sus anhelos y sus temores ; los resultados de un crimen semejante pueden ser espantosos. Descubrirse el atentado y cargar con la ignominia.

—Objeciones del que vacila....

—Enrique, le respondi, dejadme haceros grande y poderoso, y no anuleis con debilidades mis conatos. No exijo de vos mas que el secreto. Permaneced neutral en la lucha y no obsteis á la obra, aunque en nada la presteis ayuda. Para mí el misterioso trabajo ; y el oprobio del vencimiento en caso de descubrirse mi plan, y la satisfaccion de haberos dado la grandeza, si triunfan mis propósitos. Para vos la expectativa de una empresa que no ha menester de vuestro ausilio ; la impunidad en caso adverso, pues nada induce sospechas contra vos, y vuestro desvío de mí os libra de la suposicion de connivencia en mi culpa ; la gloria del éxito ; la gloria pública ; la supremacia, la alteza ; reinar....

—¿Y ese hombre no cayó á vuestros pies al escuchar tales proposiciones, Catalina?

La Médicis sonrió con amargura.

—¿Y no os pidió perdon de los desdenes insultantes con que os ofendiera por tanto tiempo ; de haber desconocido el tesoro de talento que la Italia ha brindado á su destino?

La hija de Lorenzo de Médicis suspiró.

—Se limitó á responder : «Convenido, Catalina ; pero tened presente que yo no os escito ; que no os animo contra mi hermano,

Carlos Quinto.

37-2.º

Calló porque sois mi esposa, y porque si la Providencia os facilita la feliz ejecución, entrará vuestra obra en sus destinos supremos. Contad con el sigilo. Ni os aplaudo ni os censuro. Tal es mi papel.» Y dichas estas palabras, salió temiendo haberse explicado de sobra.

—¿Le amais bastante para trabajar en su engrandecimiento? preguntó Sebastian con impaciencia.

—Sois un nécio, Conde, respondió la florentina con desdén.

—Señora.

—Sois un nécio (repitió la Médicis). Desde que mi amor ha hecho desgraciado al hombre que verdaderamente se interesaba por mí, he jurado no amar.

—¿Seria posible!

—Ya que el amor tuvo que sucumbir al embate de la ambicion, trabajemos por realizar los sueños de poder que sustituyeron á la ilusion de mis perdidos amores. Para ser reina Catalina, es forzoso que lo sea su marido, y lo será. Una vez cerca del trono, todo me lo debe: una vez soberano, soy su igual ante el mundo; superior á él en la vida privada, porque le consta que es hechura mia. Tenga querida, enhorabuena; pero déjeme gobernar. Diviértase en los juegos caballerescos y en las galanterías cortesanas; pero abandone en mis manos las riendas de su carro triunfal. Mande yo; siga la obra de Luis XI; abata el orgullo de esa nobleza insolente, y reduzca á polvo sus privilegios depresivos de la dignidad real. Tenga yo enemigos que combatir desde mi altura, luego en que yo lleve las ventajas de la escelsitud; tenga yo servidores sumisos, y operarios fieles que den cima á mis propósitos.... Todo esto es deslumbrador, Conde, y es honroso para vos que haga depender de vuestro auxilio el primer golpe de fortuna.

—¿De mí!

—De vos, Sebastian; de vos, mi mejor, mi solo amigo.

—En conclusion, Catalina, (interrumpió Montecuculi con una irónica sonrisa). ¿Qué género de crimen me está reservado?

—No os conozco; Señor Conde (repuso la imponente dama), yo no me dirijo á un asesino, sino á un amigo.

—¿Señora!

—Preguntais *«¿qué género de crimen me está reservado?»* Bien pudierais haber dicho: *«¿En qué puedo seros útil, amiga mia?»*

—¡Ah! ¿Quereis pulidez de formas?

—No es pulidez de forma (repitió Catalina). Así como lo que para el vulgo es crimen, para los políticos es medio, y este es un gran principio de los vuestros, lo que un cómplice comun llama asesinato; un colaborador ilustre lo denomina cooperacion. Ya veis que mi lógica no es del todo mala.

—Mirad, Catalina (dijo Montecuculi sin alcanzar á contenerse), conozco que vais á utilizar mis ofrecimientos, y que todo lo conseguireis de mí..... si, todo; porque yo he nacido para víctima vuestra.... si yo tuviese creencias fatalistas, diria que mi muerte depende de vos, como presentimientos inesplicables me lo persuaden.....

—¡Ah! Si quereis retractar vuestras promesas, es diferente (replicó la artificiosa muger con cierta altivez despreciativa y ceñuda). Yo no trato de arrastrar á nadie á que siga el curso de mis ideas.

—Catalina, demasiado sabeis, que nada me es posible negaros, repuso el Conde con melancólica resignacion. Catalina, yo os amé con el amor de un hombre que ha cumplido veinte y cinco años sin amar y le llega su hora; yo que tenia muerto el corazon, inerte el alma, resucité á la vida con todo el vigor de una naturaleza gastada por los goces materiales, virgen de los morales. Yo que reia de todo en el fondo de mi pensamiento, creí, tuve fé y si no me contengo, toco los últimos limites del sentimentalismo; objeto de mi escarnio constante. Me acerqué á vos, y tuve lugar de trataros con intimidad estrecha. Decid si he reservado á vuestros ojos uno solo de mis principios; si no he respondido á vuestras preguntas con la ingenuidad de un párvulo; si no me complacia en formar vuestra alma á semejanza de la mia, Catalina; si no adiviné lo futuro y os preparé para merecerle.

—Lo acabo de confesar hace poco.

—Pues bien, señora; roto el vinculo que tan dulcemente nos uniera, he tenido necesidad de todo el valor de un hombre de temple acerino; para sofocar mis pasiones bajo la capa de nieve de la indiferencia. Admitido frecuentemente á vuestra sociedad, mi corazon se ha rebelado al yugo del silencio como un león á la obediencia de quien le doma, y sin embargo nunca os he dicho una palabra acerca de mi felicidad perdida; de la dureza de mi

desprendimiento; y despues á quantos pesares me arrastraba tu desdén. No has tenido piedad de mí. Si no comprendiste mis sufrimientos, señal es de que tu corazon de mármol, jamás participó de mis sensaciones amorosas. Si los comprendiste tienes entrañas de fiera, cuando no dignaste mitigar mi pena con una palabra dulce, con un signo de compasion, que me habrian aliviado como el bálsamo refresca la úlcera escocedora.

—¿Y piensas que yo desconocia tu padecer, Montecuculi?
 —Catalina (esclamó el Conde juntando las manos en actitud de ferviente ruego). Sospecho que vais á impulsarme á obrar en vuestro servicio, apelando á mi amor y alimentándole con esperanzas insensatas....

—Sebastian, óyeme....
 —No, por favor, Catalina. Yo secundaré tus planes sin necesidad de que resucites la llama amortecida á tanta costa. Yo seré ingrato, traidor á Francisco el Delfin que tan bondadoso se muestra conmigo. Yo verteré el veneno en su copa solo con que me lo insinúes; pero no me halagues con promesas falaces para el porvenir, que no cumplirias, que trasformasen mis sentidos, y me imposibilitaran callar por mas tiempo.....

—Sebastian, ¿solo á mi simple mandato estás dispuesto á dejar vacío el lugar primero despues del trono?

—Señora (respondió el Conde con resolucion fria), es una consecuencia de mi afiliacion á vuestra suerte. Es mas que adhesion á la persona de V. A.; es la sumision del vendido de Satanás, cuando llega el término de pagar con su alma el favor del infierno. Pero reflexiono que despues de tal declaracion, todo habria concluido entre nosotros.....

—Todo, repitió la florentina con torvo ceño.

—No tendria el fatal derecho de venir todos los dias á vuestra cámara á beber el tósigo de vuestras miradas; á espiar vuestra sonrisa para recordar cuando eran para mí; á respirar en mi elemento, cerca de vos; sufriendo como un condenado, feliz con tal de veros. Mariposa que revolotea en torno de la luz que debe abrazarla.

—¡Tanto me amais, Conde!

—¡Fulmin di Dio! (1), (esclamó Montecuculi con furioso enar-

(1) Rayo de Dios.

decimiento. ¡Pregunta que si la amo! ¿Te burlas, hiena? ¿Te burlas de las agonías de tu víctima?

Catalina se engreía en el frenesi de aquel hombre, como Lucifer en las culpas de la raza humana.

Tendió su mano al Ferrarés, quien la oprimió delirante entre las suyas que ardian, denunciando el fermento de la sangre, á efecto de una intensa fiebre.

—Has condenado á morir á Francisco el Delfín, y me escojes por ejecutor de tu decreto. Dame el veneno que te habrá preparado maese René....

¡Cómo sabeis!...

—En la contigua galería encontré al perfumista florentino; me hablas de tu plan y ¿quieres que ignore quién es el auxiliador de tu proyecto?

—Teneis razon, replicó la Médicis, sonriéndose con afabilidad.

—Señora (repuso Montecuculi con glacial continente), mañana parto á reunirme en Valence con Monseñor el Delfín de Francia. El dia que fijeis será el último de su vida. Mi rango cerca del Príncipe facilita admirablemente la ejecucion de tal propósito. Como Sumiller de la Cava de S. A. la provision de los vinos corre por mi cuenta, y cuando segun su costumbre, pida la copa de Borgoña á hora del medio dia, beberá el tósigo seguro de que os habrá provisto René.

—Perfectamente combinado.

—Mi corazon augura mal de este delito....

—¿Temes, Conde, temes?

—No mas, si tal sucediera, en los tormentos rabiosos, descuntado mi cuerpo, abrasadas mi carnes, tu nombre no saldrá de mis labios. Pereceré miserablemente despedazado; pero tu secreto irá conmigo á la tumba.

—Sebastian, acaba; completa tu pensamiento (dijo la esposa de Enrique de Orleans, con todas las apariencias de una viva emocion), termina, que necesito desahogar mi espíritu tanto tiempo comprimido.

—Concluyo, pues. Si mis presentimientos no se realizan; si por vuestro servicio mato al sucesor de Francisco I impunemente, tendré el orgullo de haberos acercado al trono; pero no conteis con

el Condé de Montecuculi en lo sucesivo... Partiré lejos de Francia, aunque me cueste la vida el alejarme de vos; porque yo que he sufrido tanto al veros casada con el segundo-génito de la familia de Valois, aun sabiendo que no erais su esposa segun la naturaleza, no podria soportar el espectáculo de vuestra concordia....

—[De nuestra concordia!]

—Señora (continuó el Seide de Catalina en una esplosion de agudo pesar.) ¿No há de retribuir con sus atenciones cariñosas el Duque á la muger osada que le haga Delfin?

—Sebastian, (interrumpió la Médicis con la mas tentadora languidez). ¿A qué hora trepábais por la escala de seda en el palacio de mi padre?

—[Esa pregunta!]

—Responded.

—A la una y media, en el silencio de la noche.

—A la una y media os espero en esta cámara. El pomo de mae-se René, os será entregado por mi mano.

—Señora, no tenteis mi paciéncia; no me provoqueis.

—Conde, Leonora di Casa-bianca te introducirá con el mayor sigilo. Catalina la loca te espera, para que Catalina de Médicis te entregue su encargo.

¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿No me engaiais?

—Recompensaré tus pasados sufrimientos.

El Conde quiso hablar; pero Catalina le señaló la puerta, con un signo imperativo.

CAPITULO III.

Al loco y al afre darles calle.

Enrique de Maricourt, viejo soldado, digno gobernador de Valence, no sabia qué hacer para rodear al Delfin Francisco, su huésped, de diversiones y recreos con el fin de distraerle de sus sombrías preocupaciones. En vano fueron todos sus proyectos de fiestas y regocijos públicos. Apenas sabia el jóven Principe que se preparaban festejos; no bien columbraba que se prevenian festividades en obsequio suyo, llamaba al veterano Maricourt, y con

aquella dulzura melancólica que hacia tan interesante su conversacion, lograba que se suspendieran los aprestos, y se renunciase á las funciones.

Pero, Señor, (solia replicar el anciano caudillo) dejadnos: que en algo se os manifieste la viva alegría de este pueblo feliz en poseeros.

—Yo la conozco demasiado, mi buen Maricourt.

—Que la conozca la Francia, el mundo todo (tornaba á decir el leal gobernador). ¿Qué dirá de nosotros el pais si teniendo la honra de guardar dentro de nuestras murallas al heredero de la corona permanecemos indiferentes, cual si estuviésemos en familia?

—El pais tiene hartó en qué pensar, contestaba el Delfin suspirando tristemente.

—Si os fastidia vuestra pobre ciudad de Valence y sus ovaciones; es otra cosa, añadia el viejo mortificado.

—¡Qué suposicion, mi bravo Maricourt! (esclamaba S. A. con la sonrisa mas atractiva). Amo á Valence la leal, la heroica y reconozco que es digna de tu mando. Privarme de las pruebas de su afecto es el mas costoso de mis sacrificios; créelo... Pero seria un espectáculo cruel para la Francia los festejos de una ciudad mientras otra provincia ha perecido, talada por sus propios moradores. Yo no puedo permitir que las campanas de Valence repiquen alegres en tanto que el cañon imperial vomita la muerte y el estrago sobre Aix y Marsella; que ardan los fuegos de artificio en mi honor, al paso que el incendio consume forlalezas, caserios, y mieses de Provenza; que el Soberano coma el pan del soldado, y duerma en la tienda del campamento, y el Delfin se regale en festines cívicos:

Maricourt no podia contenerse! Dos lágrimas de ternura resbaban por sus mejillas, yendo á perderse en sus blancos y revueltos mostachos.

—Tomaba la mano del Príncipe; la besaba con transporte esclamando en la efusion de su noble entusiasmo:

—¡Cuerpo de tal! ¡Qué Rey tendrá en vovos la Francia! Sábio como Carlos V; fuerte como Hugo Capeto; santo como San Luis.

—Con que no habrá festejos, interrumpia el augusto jóven.

—Por ahora (respondia el veterano). Pero cuando volvais por

acá... ¡Por vida de mi padre! Mal año para todas las funciones del país, si no os acordais de la que os haga Valence.

Y el bizarro gobernador se apresuraba á mandar deshacer el palenque para el proyectado torneo; los tablados de los dispuestos arcos, y castillos pirotécnicos, y renunciaba á los saraos suntuosos, cuyo plan combinara en union de los diputados y concejales de la ciudad.

El Soberano idolatraba á Francisco. El Emperador Carlos que le tuvo en rehenes, despues de la libertad de su padre, le cobró un cariño enteramente paterno, y la servidumbre del jóven Delfin repetía sus palabras llenas de bondad hácia el pueblo, que auguraba de él, altos destinos para la Francia.

Los ejercicios del cuerpo le eran familiares. Regia un corcel con inteligencia. Jugaba á la pelota, y á la barra. Disparaba un arcabuz con certera punteria. Luchaba, alardeando singular estrategia. Manejaba el lanzon como una caña, y sobre todo esgrimia maestramente, á satisfaccion del capitán Estocada su maestro, y está dicho todo.

—En cuanto á dotes de la inteligencia Francisco estaba regularmente instruido para la época. Sabia latin, historia y la geografia de entonces.

El Delfin tenia un corazon escelente, y se referian de él anécdotas que probaban su popularidad, y hasta cierto punto, no carecia de chispa y gracejo. Diferenciábase de sus hermanos por su sencillez y modestos hábitos; chocando en la córte la regularidad de su vida y traza grave, con los escándalos y el boato de los demás hijos de Francisco de Valois.

Carecia de enemigos, porque indulgente con las faltas y agradecido á los buenos servicios, sabia disimular los errores de unos y recompensar las eficacias de los otros.

Descansando como cristiano en la Providencia y fiado en la legitimidad incontestable de su derecho, no se mezclaba en las intrigas de córte, y hasta rehusaba prestar oídos á su relato. En el consejo atendía á los puntos que se versaban; comprendia con claridad y se espresaba con franqueza. No cabia en su cálculo que se falseara la opinion por medios subrepticios, y consideraba los hechos consumados á favor de la oculta cábala, como estravíos del sentido enteramente espontáneos. A similitud de aquellos jóvenes

israelitas, condenados al encierro dentro de un horno por Nabucodonosor, y que paseaban ilesos por entre las llamas, Francisco habitando en la corte mas corrompida del siglo xvi, no habia sufrido el contagio de aquella atmósfera pestilencial.

Cuando Catalina de Médicis vino á París, S. A. no se asoció á los que criticaban la desigualdad del enlace, verificado merced á las miras de Francisco I.

No solo impuso silencio á los que se permitieron reproducir los epigramas de que fué objeto la sobrina del Papa Clemente; sino que se espresó acerca de ella con benignidad y sin hacer reparo en el general desvío hácia la florentina, fué á visitarla con frecuencia, tratándola con el respeto mas galante y la estimacion cariñosa de un hermano.

Cuando la hija de Lorenzo de Médicis hizo venir aquella servidumbre, compuesta de hermosas jóvenes, y gallardos adolescentes, Francisco se prendó de *Leona di Casa-bianca*; siendo muy luego correspondido por la ambiciosa beldad, á quien Catalina estimuló para sus fines. El Delfin respetando la condicion de soltera de Leona, se contentó con esa platónica correspondencia que satisface la parte noble y pura del amor, sin descender á exigencias que la materialicen y la profanen.

Leona dirigida por Catalina se apoderó del ánimo de Francisco y bien pronto la voluntad de Monseñor, era el eco de la voluntad de la italiana; insinuada con esa maestría femenil que triunfa sin dejar conocer su dominacion al que la sufre.

Fruto de semejante influencia, fué la colocacion de Sebastian, Conde de Montecuculi, tio de Leona por el matrimonio con la Besani, en la servidumbre de S. A., y en rango tan superior como Sumiller de su Cava.

Tanto por consideracion hácia la hermosa dama de la Médicis, cuanto por sus relevantes prendas, y sumo arte en hacerse grato, Francisco distinguia al Ferrarés entre todos sus dependientes, y le colmaba de agasajos que el hábil amigo de Catalina sabia merecer por su asiduo esmero en identificarse á la índole generosa y escelente de su señor.

Era un curioso espectáculo la diestra asimilacion de Sebastian á los rasgos característicos del Delfin. Aquel espíritu descreído, mofador y tenebroso, se paliaba con las esterioridades de la bon-

dad y la mansedumbre, burlándose de la víctima de tan hipócrita farsa ; burlándose de sí propio, como un actor del disfraz que se transmuta.

Era un curioso espectáculo presenciar una sesión del Delfin, con el Conde su favorito : ver á Montecuculi irritarse contra la injusticia, contra el vicio, contra la egoísta indiferencia á los sufrimientos de la virtud : verle entusiasmado al mencionar un hecho de patriótico valor, de noble desinterés, de generosidad y grandeza de ánimo : verle desdenoso con la pobreza de espíritu, con el cálculo mezquino, con la artera cábala : verter lágrimas de bien fingido enternecimiento á la relación de una historia de sensible desenlace : anatematizar con la indignación de las almas rectas todo lo contrario á los principios morales mas puros.

Y mientras Francisco se adhería con toda la lealtad de sus sanas creencias á estas manifestaciones mentidas, repitiendo con profunda conmoción.

—Conde, no merecéis vivir en nuestra mísera edad.

Montecuculi parodiaba por lo bajo su falaz declamatoria ; y hacia la befa mas imprudente de aquel corazón de niño que manejaba á su placer ; Sebastian habia conseguido llegar á la privanza del ilustre primogénito de Francisco de Valois, y con el capitán Estocada constituía la predilección del augusto adolescente.

El capitán Estocada era el punto mas escéntrico que pueden figurarse nuestros lectores, y la naturaleza parecia haberle destinado para modelo de la originalidad, tanto en lo moral como en lo físico.

Hombre de un gran corazón por la bravura, por la hidalguía, por la altiva independencia, y la adhesión mas bizarra á la virtud oprimida como el odio mas constante á lo injusto ; Estocada era intrépido como un león ; caballeresco como un paladín de la tabla redonda ; accesible como nadie al desvalimiento ; amparador ardiente de los menesterosos ; implacable contra la baja ; acérrimo enemigo de cuanto se apartaba de la estricta legalidad. Estocada era un aventurero distinguido en las guerras de Italia de 1515, y en aquella jornada de Marignan (de la que decia el buen Trivulce que las veinte y cinco batallas campales en que se habia encontrado, eran juego de niños, en cotejo con aquella lucha de gigantes). Francisco I fué testigo de tantas proezas suyas, que le visitó en el

hospital, en que se curaba una cuchillada enorme en el hombro, y le ascendió á capitán de Lansquenetes desde alférez de bandera.

Estocada vino á Francia y se presentó en palacio, á solicitar una prueba de armas con L' Angeley, maestro de esgrima de S. A. R., pretension en que salió lucidísimo, mereciendo que se le nombrara adjunto del célebre maestro. Allí adquiriera el terrible seudónimo que sustituyó á su nombre, gracias á una estocada favorita, golpe sin quite posible, especie de rayo de su invencion particular.

Estocada se hizo famoso en la corte por un sinnúmero de aventuras á cual mas estrañas.

Ya se referia que armó un escándalo en cierta casucha del Puente de San Miguel, y malparó á una nube de rufianes, feroces matones; ya se contaba que emprendió con las cuadrillas de salteadores nocturnos, organizadas en los barrios escéntricos de la ciudad; ora se sabia que atraído por los clamores de una muchacha del pueblo (á quien un antojadizo señor de la corte hacia robar por sus criados, y violentamente encerraban en una litera para su traslacion á la *Casita misteriosa*), fajó con los raptores y no solo libertara á la linda plebeya, sino que dejó yaciendo en paz á dos ó tres de los ministros del crimen, y recojió la litera por despojo de la pelea. Ora publicábase que noticioso de la llegada á Paris de un maestro cualquiera, se hacia presentar como aficionado; puesto de acuerdo con los que le acompañaban para que no le diesen á conocer los espectadores del combate. Al principio el capitán Estocada se hacia el orgulloso, despues de parar los primeros golpes del contrario. En seguida comenzaba á resistir débilmente; se descubria; dejaba de guardar la posicion; equivocaba las paradas, y perdia terreno de una manera vergonzosa. Un diluvio de estocadas, cuchilladas, reveses y tajos, caia sobre el capitán. De pronto desaparecia el torpe para dar lugar al diestro esgrimidor. Devolvia con usura lo recibido y despues de hacer saltar el arma de la mano de su adversario una docena de veces; de acosarle sin misericordia, y sin que su aturdido rival alcanzara á tocarle en el peto; de irse á fondo con la estocada de reserva á cada momento, sin que valiesen los quites mas rápidos, el raro personaje, terminaba la comedia, dejándose caer como traspasado por una estocada que permitia dar á el desesperado maestro.

El capitán por fallecimiento de L' Angeley quedó en posesión del destino de primer director de la Sala de armas de Palacio, y uno por uno fué poniendo en las manos de los hijos de Francia el acero de las luchas cortesés; primera enseñanza de los caballeros de la época.

Desde luego el Delfin se captó las simpatías de Estocada, naturalmente inclinado á los espíritus rectos y á los ánimos cándidos. Creció el cariño del esforzado capitán con el trato de jóven tan apreciable por todos conceptos, y un día el Rey concedió audiencia á su maestro de armas, que le pidió ser incluido en la servidumbre del Sr. Delfin con veinte escudos, previa renuncia de su empleo que tenia asignados ciento veinte. Francisco nombró al animoso Estocada gentil-hombre de su primogénito; permitiéndole percibir la paga de su destino, que cuando no pudiera servir por los deberes del otro primitivo, supliría el adjunto Chasseloup; el mejor discípulo de Estocada.

El capitán era gracioso sin pretensiones de agudeza; ni degenerando en bufon. Trataba de igual á igual á lo mas ilustre de la corte, y tenia el privilegio de las *cosas*; esto es, que prescindia de las etiquetas mas rígidas, con la impunidad mas completa; mereciendo una sonrisa y la esclamacion «*cosas de Estocada.*»

En las escursiones de la corte el capitán no reconocia superiores. Le daban alojamiento inconveniente, y se entraba en la cámara que mas le placia, instalándose en ella con la mayor frescura. Alguna vez le encargaban cometidos, ó bien impropios de sus funciones, ó bien desagradables, y los rehusaba del modo mas singular.

Cierto dia el Sumiller de Corps, habiendo recibido la órden de hacer preparar los caballos para S. A. no halló en la antesala mas individuo de la servidumbre que á Estocada, muellemente recostado en una poltrona.

—Capitán, (le dijo con viva instancia) los caballos para S. A.: avisad inmediatamente.

Estocada se incorporó, y estendiendo los brazos en cómico ademán, esclamó: ¡*Tiflis, Tiflis, Tiflis!*

—¿Qué es eso de Tiflis? preguntó el Sumiller impaciente.

Estocada, con la mayor gravedad le replicó:

—Tiflis es una ciudad de la Mesopotamia Transpirenáica en

donde se administran doscientos palos al que manda á uno lo que corresponde hacer á otro.

El Sumiller volvió las espaldas, y se dirigió en busca de un criado inferior en rango al capitán; quien tornó á hundirse en su poltrona, murmurando con satisfacción: «Lo que vale saber la Geografía histórica.»

En otra ocasión S. A., después de una cacería en los alrededores de Fontainebleau, se encontró gravemente indispuerto. Tratóse de enviar á París un posta para avisar al médico de cámara.

Un Sumiller tuvo la ocurrencia de elegir á Estocada para la comision.

—Capitán (le dijo) montareis inmediatamente á caballo, y sin deteneros un punto ireis á París, avisando lo ocurrido al médico de S. A., y no le dejareis hasta que se ponga en camino sin pérdida de momento.

—Pero ¿es mí á quien habeis escogido para posta? preguntó Estocada con estrañeza.

—A vos, replicó el Sumiller.

El capitán se encojó de hombros y evacuó la antesala.

A la media hora volvió á presentarse.

—¿Estais aquí, capitán? interrogó el Sumiller enfurecido.

—¡Vaya! ¿Pues no me veis?

—¿Y la comision?

—La lleva el designado por vueseñoría.

—¿Quién es el designado? repitió el Sumiller en el colmo de la indignacion.

—Antonio Martin de Vos, picador de S. A., un guapo alemán; un excelente chico.

—Yo encargué á vos esa diligencia.

—Pues Vos es el que vá.

—Ese vos, erais vos, capitán.

—Pues yo creí que el vos era Juan Martin de Vos, el picador de S. A., y bien claro respondió vueseñoría, cuando le pregunté si era á mí el encargo, á Vos; á Vos.

El Sumiller se retiró secretamente encolerizado contra el gentil-hombre, jurando tomar venganza de aquella mañosidad en desobediencia de sus mandatos y apenas restablecido el Delfín y llegado que hubieron á la corte, empezó á cargar el peso del mas

duro servicio en Estocada; molestándole con los encargos mas prolijos, y la eleccion de horas mas incómodas.

El capitán sufrió con una estoicidad incomparable la malevolencia de su gefe; pero exasperado con esto mismo, el Sumiller redobló sus furores, y llegó hasta tratar de una manera depresiva al favorito del primogénito real.

Caballero, (dijo Estocada á su enemigo con una sorna insultante), estoy viendo que no mereceis servir de vaina al acero de un hombre como yo; pero si me apurais la paciencia, os voy á matar con una escoba como á los escarabajos.

El Sumiller se querelló al Rey.

¿Y quién os manda pretender imposibles? le preguntó Francisco I, con mal humor.

—¡Yo, Señor!

—Vos, tenéis la culpa. ¿A quién se le pone en la cabeza sujetar á la regularidad del servicio al loco de Estocada? ¿No sabéis lo que dice el refrán? *Al loco y al aire darles calle.*

—Como su calidad de gentil-hombre.....

—¡Qué gentil-hombre, ni qué calabazas! Le hemos dado ese título para que esté al lado de Monseñor el Delfin, que le ama, y se divierte con sus oportunidades. Le hemos concedido lo que pidió; porque es un héroe forrado de truhan, que merece cuanto demande por sus servicios, y cuanto quiera por su originalidad. Nada mas lejos de nuestro propósito que someterle á los deberes de su empleo.

—Yo creí....

—Mal creído, y en adelante nada le mandeis; nada.

El Sumiller salió confuso.

El capitán gozó en plenitud los fueros de loco, y tuvo el derecho de hablar la verdad en palacio, espresando sus simpatías y prevenciones antipáticas con los gestos mas rudamente francos. Tanto el Monarca como el Delfin daban continuas pruebas de su aprecio al digno Estocada, y los cortesanos, atentos á secundar las impresiones de sus idolos tributaban al capitán los obsequios mas cariñosos.

Desde que Sebastian, Conde de Montecuculi fué nombrado Sumiller de la Cava de S. A., el capitán concibió una aversion profunda hácia el italiano. No fué victima de sus hipócritas esteriori-

dades, y á los dos dias de observacion, Estocada dijo para sí: «Este hombre es un solapado pícaro.»

Nos queda que trazar la figura de nuestro héroe.

Si al publicar Cervantes su inmortal Quijote hubiera vivido estocada, se dá de seguro por aludido en la descripcion física del ingenioso hidalgo manchego.

El traje favorito de Estocada consistia en un colete de ante; mangas y jubon carmesies; calzon ceñido á la pierna; capeta de vellorí pardo-oscuro; botas de gamuza; capacete de terciopelo negro, con una pluma roja, larga y delgada como él; formidable espadon pendiente de un tahalí de cuero tachonado de placas de reluciente metal amarillo y espuelas de un desusado tamaño.

Tal es el famoso capitán Estocada favorito del Delfin, que habiendo llegado á Valence á las nueve de la noche halló á su Señor conversando con el respetable veterano, Enrique de Maricourt, mientras le disponian la cena. Sebastian de Montecuculi, su colega de privanza, que llegó á las tres de la tarde del mismo dia, pretestando un dolor de cabeza fuertísimo, se retiró al aposento que el gobernador le tenia preparado en proximidad á la cámara de S. A. Estocada fué recibido con vehemente alegría por su augusto patrono, y Maricourt simpatizó desde luego con aquel antiguo militar, de franqueza tan noble, de tan buenas ocurrencias y que tan acendrado cariño, manifestaba al Príncipe.

La cena fué servida, y Maricourt y Estocada, honrados con la invitacion de acompañar á la mesa al primogénito de la Real esfirpe, notaron que Francisco de Valois, de ordinario grave y hasta melancólico, sentíase en la disposicion mas inusitada de festivas conversaciones y joviales discursos.

—¡Hola! ¡hola! (esclamó el capitán mirando con aire picaresco al Delfin). Parece que tenemos el corazon dilatado; que sentimos ligero el peso de la vida... Así me gusta, hijo mio; pesadumbres no pagan trampas; qué diablos.

—Maricourt, (dijo el Príncipe alargando una copa de Borgoña al gobernador), vaya por la salud del Rey mi padre.

—Y por la victoria de sus armas, contestó el veterano chocando su copa con la que le presentaba el heredero del trono.

—Y por la disenteria, fiel aliada del Rey Francisco.

—¡Qué extravagancia! repuso el Delfin.

—¿Por qué? (preguntó el capitán). ¿No es la disenteria la que diezma al ejército de Carlos V?

—¡Escelente Borgoña! replicó S. A. saboreando el gustoso licor.

—Escelente, repitió Estocada, chasqueando la lengua contra el paladar excelente: *Bourgogne, Bourgogne (1), tu fais la double guerre sans vergagne; á nos cœurs par le fer qui abbat les lignes; á nos tetes á l'aide de tes vignes.*

—Veamos, capitán, (interrumpió el Delfín). Decidnos algo, que alegre el corazón.

—Dinero, dijo al instante Estocada.

—¡Qué dinero! (repuso Francisco con desden.) Eso alegra los corazones vulgares.

—Monseñor, (replicó el Capitán) y los elevados.

—Vaya, bebed otra copa, mi amigo (contestó el Príncipe), bebed otra copa y veamos si os entra la animación.

—Ven acá, heraldo del júbilo; ven acá espíritu del espíritu; ven acá valor del cobarde; tú que haces tartamudear al elocuente y tornas orador al rústico; ven acá, hijo predilecto de Noé; y el capitán á cada frase de estas acercaba á sí la botella, hasta que exclamando, *pelicano de vidrio, aliméntame con tu sangre*, llenó su ancha copa y de un solo trago traspasó su contenido del cristal á su estómago.

—¿Vais sintiendo revivir los ánimos? le preguntó su Alteza.

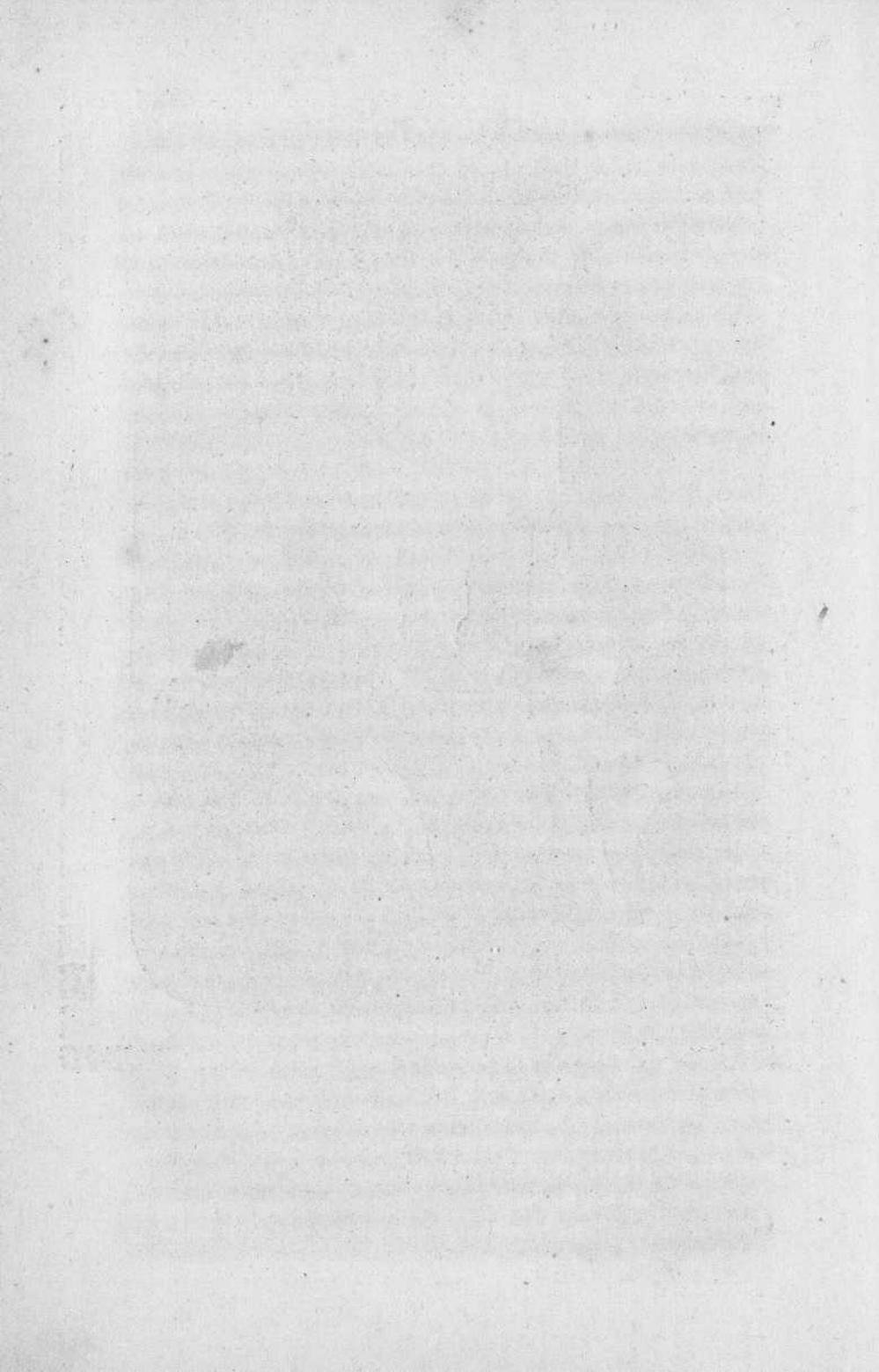
—Milagrosamente, hijo mio. Ahora me enredaba á cuchilladas con toda la familiota de rufianes del Puente de San Miguel, desde el formidable Mano de bronce, hasta ese titere de Sans-sonéis. ¡Qué batalla! ¡Cuerpo de tal! Yo con las costillas contra la esquina, enfrente y por los lados cuatro docenas de asadores amenazantes: molinete y atrás todo el mundo: allá vuela una daga: aquí cae un capacete, acullá jura un tuno, señalado en la cara por un refilon de mano firme: por allí grita una arpía ¡á la guardia! ¡Qué tremolina! ¡Qué Babilonia! Viva París, Señor Gobernador, ¿dónde hay en Valencé un barrezuelo, donde un ciudadano pacífico pueda ir cualquier dia de aburrimiento á divertirse honradamente en apalear bribones?

—En Valencé me encargo yo de ese ramo, contestó Maricourt,

(1) Borgoña, Borgoña, tú haces sin reparo una doble guerra: á nuestros corazones con el hierro que abate las líneas; á nuestras cabezas con el favor de tus vides.



Cárlas V.
Lám. 19.



—¡Qué París! (continuó el Capitan). Allí se vive. Llegan las eternas noches de invierno y el que quiere hacer apélito para cenar, toma la capa y se lanza por aquellas calles. ¡Qué de aventuras! La dama de la corte deslizándose en su litera negra, como una sombra corriendo en brazos de sus criados para precipitarse en los del amor. La cohorte de calaveras que se dirige en silencio á la retirada casita en donde les aguardan los placeres de la estruendosa orjía. Los raptores de una linda villana, que luchan entre las tinieblas por encerrar en la silla de un Señor antojadizo á la paloma de la plebe. ¡Oh! París de noche merece el *non plus ultra*; emblema de Carlos V, es lo...

—Capitan, (interrumpió el Delfin). ¡Eh! poco á poco. Me estais ocupando la fantasía de imágenes inconvenientes. Esta noche debo examinar mi conciencia para confesar mañana.

Estocada apuró su copa que estaba llena por Maricourt.

—¡Válgame Dios! (continuó cada vez mas locuaz) ¡Qué de menos echaré á París! porque por acá, Señor Gobernador, todo ha de ser policia; severo régimen.

—Cabal, (repuso Maricourt riendo). Aquí no hay mas que orden, disciplina rigorosa; régimen severo, y el que falta á lo prevenido en las disposiciones gubernativas no tiene remision; con que así; cuidado, Señor Capitan.

Estocada tomó la botella que Maricourt tenia cerca de sí y llenó su copa con una lentitud enfática, la levantó á la altura de sus ojos y despues de contemplar el color de rubí del nectar de Borgoña á favor de la luz de las bujías del candelabro, vació el licor de un golpe en sus fauces leoninas.

—Pues Señor, (dijo el Capitan con la petulancia de todo cortesano, en presencia de los que vejetan en Provincia). Vos la errais, Señor Maricourt. No hay cosa como el bello desórden.... Viva el desórden! ¡vivan los abusos! ¡esta es la civilizacion! Yo soy un pobre diablo, que no entiendo una jota de latin; pero Teocreμες, el maestro de los hijos de Francia, ha esplicado delante de mí la Roma de los Césares; una gran Roma, Gobernador; una Roma con banquetes suntuosos, con damas complacientes, con...

—Capitan, (respondió su Alteza). Olvidais que confieso mañana; y que estais preparando la mente de una manera singular.

—Hijo mio, (respondió Estocada con la entonacion mas afectuosa)

tuosamente tierna.) Tu alma pura no se inficiona con el tósigo de todos los reptiles conocidos y las plantas ponzoñosas. Eres bueno por conformacion especial, y como anduvo Jesus sobre las aguas marinas, tú pisas el cenagal de la corte, sin hundirte en el inmundo légamo.

El Delfin sonrió con bondadosa correspondencia al cariño del favorito que perdía el respeto al Príncipe en sus raptos de amor hácia el incomparable jóven.

—Capitan, cuenta con lo que haceis, (repuso el veterano Maricourt, amenazando de chanza al gentil-hombre). Segun veo, sois un partidario decidido de la indisciplina y el mejor dia del año, armáis una trapatiesta, creyendo hallaros en Paris.

—No tendrá nada de particular, apoyó su Alteza.

—Pues de fijo duerme un mes en la carcel y afloja un puñado de libras parisies, concluyó el Gobernador.

—Bah! (contestó el capitan con desdenosa indiferencia.) Yo tengo real cédula de privilegio para obrar como se me antoje, otorgada por nuestro Señor Rey Francisco I, y que me autoriza á faltar á las reglas comunes. Su Alteza ha concedido á mi escudo nobilitario un lema soberbio: *Al loco y al aire darles calle*.

—Es verdad, replicó el Delfin.

—Y en consecuencia (continuó Estocada con acento magistral), como quiera que me halle estropeado del camino; como quiera que necesite descanso y que el cuarto que me hayais destinado, caballero Maricourt sea un verdadero camaranchon, uso de mi privilegio y me instalo en el del Conde de Montecuculi, adonde pienso pasar una noche deliciosa, si Dios fuere servido.

CAPITULO IV.

Las paredes tienen oídos.

Nuestro Capitan, descontento hasta lo sumo del cuarto que Miracorut le destinara, resolvió alojarse por el sistema de invasion, como tenia de costumbre siempre que salia perjudicado en el reparto de aposentamientos. No bien evacuó la cámara de su Alteza

halló la ocasion de poner en práctica su plan. Inmediato al cuarto que ocupaba Montecuculi estaba otro mas reducido, con la puerta entreabierta. Estocada se introdujo en él y por fortuna le halló dispuesto para una mansion cómoda y desocupado. Al golpe de vista primero comprendió el propietario no debía tardar mucho. El embozo de las sábanas apartado como para facilitar la entrada del cuerpo entre las mantas; la bujía sobre una mesilla cercana al lecho: una silla dispuesta junto á la cama para colocar la ropa; todo denunciaba que el morador habia salido para una urgencia, recordada en los momentos precisos de irse á entregar á ese hermano de la muerte, que los griegos divinizaron bajo el nombre de Morfeo.

—No hay tiempo que perder, exclamó nuestro héroe, registrando con escudriñadora mirada toda la habitacion.

Sobre la mesa habia una daga: en el sillón contiguo al lecho una capeta de vellorí: una gorra de raso negro, sobre la cama. El Capitan cerró la puerta con llave y cerrojo y colocando su capeta, su espadon y su capacete sobre la silla prevenida para el efecto.

—¡Gracias á Dios! (esclamó restregándose las manos en signo de alborozo), henos aqui instalados comódamente por el derecho de conquista. Ahora nos falta un breve rato de discusion con el despojado, hasta que el pobre diablo se convenza de que mas fácil es limpiar de peces los mares que hacerme salir de su estancia.

El capitan principiò por desnudarse el colete y la ropilla, quedando pronto en disposicion de verificar el último acto posesorio, meterse en el lecho del prójimo tan arbitrariamente desposeido. Acabó de sacarse las botas y ya tenia introducidas las piernas entre las mantas, cuando un golpe vigoroso en la puerta le hizo incorporarse.

—Abrid, gritó una voz coléricamente imperativa.

—Principia el acto, dijo para sus adentros el invasor.

—Abrid, repitió el despojado.

—No puede ser, buen amigo, contestó el capitan con voz de trueno.

—¡Cómo que no puede ser! Ese cuarto es mio: el que me ha señalado el Señor Gobernador: el contiguo al del Señor Conde de Montecuculi, mi amo.

—¡Hola! (murmuró Estocada). Tengo por vecino al truhan del Sumiller. Me alegro de saberlo.

—Abrid con mil demonios, replicó el escudero.

—¿No me conoces? preguntó el Capitan.

—Ni quiero, contestó exasperado el desposeído.

—Soy el capitan Estocada.

—Sed cuchillada enhorabuena: abrid y basta de broma.

—Escudero, (repuso el Gentil-hombre con entonacion trájica), tu acento me revela que eres italiano: Ferrarés sin duda, como el Conde Sebastian de Montecuculi. . .

—Bien, y qué, interrumpió el escudero impaciente.

—¿Cómo te llamas? interrogó el capitan.

—Gervasio Salicetti.

—¿Hace poco tiempo que sirves al conde?

—Poco ¡rayo de Dios! poco.

—Así pues, no has estado en la corte.

—Corriente; pero abrid con Satanás.

—Gervasio Salicetti, (añadió Estocada con la inflexion mas drámatica) si hubieras estado en la corte sabrias que el capitan Estocada, gentil-hombre de Monseñor el Delfin, ni envaina el acero que desnuda hasta esgrimirle como bueno; ni retira palabra que empeña hasta dejarla cumplida; ni abandona cama que pesca hasta por la mañana.

—Una violenta patada en el suelo y una blasfemia respondieron á esta declaracion burlesca del maestro de armas.

—Buenas noches, dijo Estocada acostándose con la mayor parsimonia.

—¡He! Señor mio, (esclámó Gervasio en el colmo del furor.) Os advierto que si continuais la broma aviso al gobernador, el Sire de Maricourt.

—Avisa á Su Alteza, hijo mio: es persona de mayor autoridad.

—Es que os sacarán de ahí los criados del gobernador... á pa- los, si es preciso. ¿Entendeis?

—Eso estaría muy en el orden.

—Es que echaré la puerta abajo, seor ladron de camas, clamó en el último punto de la furia Salicetti.

—Anda con ella, (respondió el Capitan con el mas imperturba-

ble reposo) empuja, pimpollo; aprieta los puños, buen escudero.
¡A la brecha los valientes! ¡Al asalto! ¡tra-tra-tra!

—Sois un miserable, gritó Gervasio ciego de ira.

—Estocada se incorporó como el que se siente mordido de una vibora; pero ahogando el primer ímpetu de su ánimo, se dejó caer en el lecho y tornó á rebufarse entre las mantas.

—Si no fuera por el temor de despertar al Señor Conde, ya estaría la puerta en el suelo.

El Capitan resolvió enmudecer.

—*¡Fulmin di Dio!* (continuó el italiano rechinando los dientes en el colmo de la rabia.) Me estan llevando una lejion de demonios por no poder cobraros el alquiler de mi cuarto á estocadas, Señor intruso.

—Le va á matar la hidrofobia, dijo para sí el Capitan.

—¡Oh! si diérais un paso fuera del aposento ya veríamos.

Estocada se contuvo con trabajo: le tocaban en la parte sensible.

—Entonces se averiguára quién dormia mas pronto, añadió Salicetti con acento iracundo.

—Mañana te haré tajadas, paródia del hombre, (replicó el Capitan), pero por ahora me quedo en tu habitacion. Con que retírate; afila tu espada y al venir el nuevo día te daré una leccioncita que no te se olvide, prenda querida; ídolo mio, buenas noches.

—Por San Valentin mártir, que no os dejaré cerrar los ojos: aqui me quedo, y mala fiebre maligna me mate si callo un minuto.

—Pues allá voy yo, contestó perdiendo la paciencia el Capitan, y saltando del lecho se puso las botas y tomando la espada, la desenvainó con viveza, dirigiéndose á la puerta, que abrió lleno de coraje.

Del primer empujon cayó á tierra el débil escudero, y recibió por via de correctivo dos soberbios golpes de plano en las costillas capaces de abrumar al famoso Alcides. De un puntapié saltó la daga de la diestra del provocativo Ferrarés y tras el gemido que arrancó el dolor al atropellado se oyó la estentórea voz de Estocada, que decia: «Toma por tus valentías, marrano de Italia.»

El vencedor tornó á introducirse en el aposento; cerró la puerta cual estaba anteriormente, y envainando su espada, quitóse las botas y volvió á entrar en el abandonado lecho.

—¡Trueno de Dios! (dijo entre dientes el Capitan). Ya está pagado el cuarto: los dos palos valen dos escudos de oro.

—Señor Capitan, (esclamó Gervasio con humilde tono) ¿os parece justo dejar á un hombre sin cama?

—Asi se habla, seor escudero, contestó el gentil-hombre.

—¿Dónde paso la noche, Señor Capitan?

—Sigue adelante por todo este corredor; tuerce á la izquierda, y al fin de la galería verás abierta la puerta de un cuarto, con luz dentro, dispuesto para el reposo: éntrate allí; aquella es la estancia que me está destinada.

—¿Y por qué no os quedásteis en ella?

—Gervasio, tú no aprendes.

—¿Y si algun aficionado á camas ajenas se ha entrado en vuestro aposento?

—Entonces vuelve por acá, y trataré de buscarte acomodo.

—Me podia vuesa merced alojar en....

—En el infierno, ¡voto á Crispol! vete.

—Ya me voy. ¿Con que al fin del corredor?...

—A lo último de la galería; el cuarto postrero: no puedes equivocarte. Anda con Dios, hijo mio; hasta mañana; buenas noches.

—Maldita sea tu casa, murmuró con sordo acento el despojado y se alejó satisfecho en parte con el desahogo de su cólera.

—¡Diablo! (esclamó nuestro héroe). Esta reyerta me espantó el sueño para buen rato. Bien dice el adagio: *no hay reposo para el que obra mal*. Y la verdad sea dicha, meterse en cuarto ajeno y apalearse al que reclama lo suyo, no es ninguna obra meritoria.

Estocada se arrojó lo mejor que pudo, y cerrando pertinazmente los ojos, trató de sujetar su pensamiento y sumirse en el embelleso, precursor del letargo apetecido. Algunas palabras confusas, pronunciadas con voz fatigosa, hirieron su tímpano. Un ruido hueco, como el que produce un puñetazo sobre un pesado tablon, acompañó á las entrecortadas frases, que sonaron próximas. Estocada abrió los ojos y aplicó el oido con avidez. Un doliente gemido colmó su sobresalto.

—¡Diablo! (murmuró volviéndose hácia la pared que separaba su estancia de la del Conde.) Parece que el Señor Sumiller de la cava de S. A. no tiene sueño de Angel. El capitan reparó que el tabique lejos de subir hasta la techumbre quedaba á seis pies es-

casos del suelo; de suerte que poniéndose de pies sobre la cómoda que se encontraba paralela á su cama, podia registrar á su placer el cuarto de Montecuculi como desde el antepecho de un balcon. Un gemido aun mas doloroso que el primero, le hizo incorporarse con muestras de viva curiosidad.

—¡Buena pesadilla! (dijo moviendo la cabeza en signo impaciente.) Y lleva trazas de no concluir tan pronto.

Un grito ahogado y un crujimiento del lecho en el debatirse de un sacudimiento nervioso apoyaron la conjetura de Estocada.

—Convendrá despertar á ese hombre, (esclamó resuelto.) Asi recobraré un sueño tranquilo, y me dejará dormir. Y como entre la idea y la accion no habia intervalos en el maestro de armas de Francisco de Valois, dejó el lecho y se encamino á la cómoda; trepando á ella de un salto y examinando con interés el cuadro de la mas atormentadora pesadilla. Montecuculi habia desordenado las mantas en sus sacudidas violentas; unas cayeron sobre la alfombra circular, en cuyo centro se alzaba la cama, y otras yacian amontonadas á sus pies. El Conde atravesado en el lecho, una pierna colgando fuera de él, la otra ríjida y con los músculos pronunciados en contraccion convulsiva, tenia en la una mano los pliegues de la sábana inferior, arrollada con furia y el otro puño sobre el macizo espaldar del lecho. La cabellera revuelta y de sus descompuestos bucles fluia un sudor helado, que bajaba en gotas por la frente del Sumiller. La boca del favorito de su Alteza se entreabría dejando paso á un hálito impetuoso y manando una especie de espumosa baba. Su respiracion era anhelante y un ronquido determinaba su dificultad. Una neurose critica servia de precursora á la pesadilla.

—¡Fuego de Dios! (dijo el capitan pensativo.) Parece grave la situacion de ese hombre.

Montecuculi suspiró hondamente. Una sonrisa amarga contrajo sus labios; se volvió con esfuerzo penoso y murmuró algunas palabras que Estocada no pudo percibir.

—Tigre (dijo con acento ronco el Conde.) Tigre, ¿estás satisfecho ya? ¿Estás satisfecho?

La manó crispada que oprimia los pliegues de la sábana sufrió una tension gradual.

—Tigre, (repitió el Sumiller cada vez mas agitado). Terminó mi obra... Tu veneno sirvió... Llené su copa... Le bebió sonriendo... El Delfin no existe...

—¡Ira de Dios! clamó pálido y trémulo Estocada). ¿Qué dice ese hombre infernal?

— Montecuculi tendió los brazos en la ilusion de sus intimos pensamientos. Su fisonomía tomó la espresion de la ternura apasionada.

—Ahora mi recompensa, (repuso con voz entrecortada pero con pronunciacion rápida). Francisco de Valois perdió á su primogénito... El Delfin no existe... Mi recompensa... pronto...

—¡Infame! gritó el capitan ciego de ira.

—Pronto (continuó el Conde apagando gradualmente la voz). El crimen está consumado... ahora el premio...

—Mónstruo, (esclamó el gentil-hombre), yo te pagaré y en buena moneda ¡sangre y rayos!

Y el gefe de la sala de armas en el alcazar real descendió de un salto de su elevada posicion y echando mano á la tizona la desnudó con brio, tornandó á encaramarse sobre la cómoda con objeto de descolgarse por el tabique y traspasar aquel corazon alevoso, que en un sueño acababa de hacer traicion á sus inicuos planes.

Mientras descendia el Capitan de la cómoda, Montecuculi despertó por un sacudimiento de todas sus fibras. Llevó la mano al seno sobre el que sentia un peso enorme y abrió los ojos con espanto. Sus miembros doloridos estaban mojados por un sudor glacial, y un temblor epiléptico ponía en movimiento su cuerpo en el desabrigo consiguiente á la briega pasada.

Cuando Estocada volvió á subir sobre la cómoda con los hostiles pensamientos; que ya conoce el lector, Montecuculi dirigió la vista adonde sonó el golpe del ascenso, y al descubrir al gentil-hombre dejó escapar un grito de sorpresa y se incorporó vivamente al refulgir de la espada, que llevaba en la diestra el Capitan de Lansquenetes.

—¿Qué significa esto? preguntó entre azorado y amenazador. Estocada quedósele mirando de hito en hito con espresion de odio.

—Señor Capitan, (añadió el Conde con profunda estraneza.) ¿Qué es esto?... Espiándome... Con la espada desnudá... ¿Podeis decirme lo que pasa aqui?

—Pasan cosas horribles, Señor Sumiller; (contestó Estocada.) La lengua ha descubierto la perfidia del corazón. El desleal ha revelado en una pesadilla sus proyectos infames...

—Capitan, (gritó el Conde furioso.) Sois un loco hartó insolente. ¿Qué os autoriza á calumniarme con tanta y tan inconcebible audacia?

—Vuestras palabras... las frases que han llegado á mis oídos.

—Y bien ¿qué he dicho yo?

—Vos lo sabeis.

—Decidlo, Señor espía, replicó colérico Sebastian.

—¡Miserable! (rujió Estocada en frenesí de su indignacion). Has dicho que el veneno debia concluir con su Alteza; has pedido la recompensa de tu crimen.

La palidez de Sebastian se trocó en la tinta violácea de un rostro cadavérico. El frio de la muerte heló su corazón.

—Morirás, dijo para sí con irrevocable designio.

—¡Oh! es preciso que uno de nosotros no vea lucir el dia, añadió el Capitan blandiendo su espada con aire de terrible amago.

Montecuculi dominándose, logró soltar la carcajada mas francamente burlona.

¿Os reis? interrogó Estocada con asombro.

—Y no he de reirme, mentecato, de la importancia que dais á disparates proferidos en el delirio de una pesadilla.

—¡Oh! no me engañais, Señor mio.

—¿Y quién trata de engañaros?

—¡Pardiez! Abrid la puerta, Señor Conde, y os devolveré vuestros insultos en estocadas.

—¡Diantre de loco! (continuó Sebastian templándose por grados.) Si vais tocando en furioso se os hará encerrar en una jaula. ¡Vive Dios! Váyase á dormir y déjeme en paz.

—Señor Sumiller, (repuso Estocada conteniéndose). Teneis sueños muy feroces y la debilidad de hablar durmiendo. Si tardais tres minutos en despertar, (agregó el Capitan con eco sombrío), por el nombre de mi padre despertais en el otro mundo.

—¡Hazaña famosa! (dijo estremeciéndose). Matar á un hombre porque soñando dejó escuchar cuatro necedades, consiguientes á los desbarros de una fantasía. Es forzoso perdonaros, porque sois

un loco de atar, Señor gentil-hombre, (siguió diciendo Montecuculi del todo aplacado.) Mereceis que me quejara á Monseñor de esa locura por lo trájico.

—Señor Sumiller, (replicó el Capitan con tono solemne,) mi razón no puede estar firme en una creencia por tan débiles datos; pero el instinto, mi fiel instinto, ese se halla de acuerdo esta vez con mis impresiones al observaros los primeros dias de nuestras relaciones en la corte.

—Y bien, (interrumpió Sebastian con ansiosa esploracion.)

—Y bien (repitió Estocada con brusca franqueza), desde que tuve lugar de trataros dije para mí: *No eres bueno*; y me confirma mas y mas en esta opinion lo que acabo de oír. Callemos esta funesta aventura y sigamos nuestro rumbo. Si me engañaron los apariencias apoyadas por la casualidad, el Señor me perdone un mal pensamiento. Si por desgracia se realiza lo que...

—¡Capitan!

—Por último, Señor Conde, no echeis de la memoria que casi habeis tenido la vida en la punta de mi espada. Un velo á lo pasado, y al porvenir.

—Ahora que lo reflexiono, dijo Sebastian llamando la atencion de Estocada.) ¿No estaba destinado ese aposento á Gervasio Salicetti, mi escudero?

—Sí Señor: le invadió militarmente.

—Comprendo vuestro sistema ordinario. A Dios, contestó el cómplice de Catalina, poniendo en orden las descompuestas ropas y disponiéndose al descanso.

—A Dios, repuso el capitan, separándose del tabique y bajando de la cómoda.

Montecuculi oyó el ruido de la bajada de su espía. Tendió la diestra haciendo la señal de la cruz, y con voz tenebrosa y fulminante mirada, juró por lo mas santo del cielo y de la tierra que aquel hombre que por una casualidad habia sorprendido su secreto, ya por el veneno, ya por el hierro asesino, se hundiría en la tumba con el misterio, que la seguridad de sus propósitos hacia necesario.

El capitan por su parte maldijo de todo corazon la fatalidad que habia salvado de sus garras al Conde; porque aun cuando su razón no estaba convencida de la infame arteria del Sumiller, su ins-

tinto le acusaba, una voz secreta le denunciaba como maquinador contra la vida de su Alteza y Estocada era uno de aquellos hombres dotados de una especie de providencia, que acreditada en una y otra ocasion, sirve de guia en lo sucesivo á su conducta. —

Inútil es decir que ninguno de los dos Cortesanos disfrutó de tranquilo reposo. Montecuculi temia entregarse al sueño que de pocos dias á la fecha era fatigoso é interrumpido por violentas pesadillas, de las que le sacaba Salicetti á fuerza de gritos y recios golpes en la pared intermedia de sus aposentos. El capitan preocupado por las tétricas ideas tenia el corazon oprimido. El dia los sorprendió despiertos.

Estocada se vistió á toda prisa marchándose á respirar el fresco ambiente de la mañana, con la cabeza ardiente, el rostro cenudo y anchas ojeras amoratadas en señal de un penoso insomnio. Montecuculi se vistió con igual prontitud, y esperó la venida de su escudero dando paseos por la estancia con aire sombriamente pensativo; parándose algunas veces como absorto en honda meditacion Gervasio Salicetti penetró en la estancia de su amo.

—Gervasio, (le dijo el Conde con muestras de vivo interés) ¿Has visto al Capitan Estocada?

—Dios le confunda, (respondió el Italiano). Ayer noche me desposeyó de mi aposento, me atropelló; me...

—Eso nada me interesa (repuso Montecuculi con estrema vivacidad). ¿Le has visto hoy por la mañana?

—Acabo de verle salir en direccion á los jardines de este Palacio vetusto.

—Gervasio, esclamo con resolucion súbita.) ¿Te acuerdas de la cárcel de Florencia?

—¡A qué viene esa pregunta! dijo con visible disgusto Salicetti.

—A indagar si subsiste tu voto en iguales términos que le formulaste en el calabozo número 4 de la cárcel de Florencia.

—¿Puede dudarle Vuesenoría?

—Es que no quiero aprovechar situaciones fatales; si en un raptó de gratitud te ofreciste á mi absoluta disposicion y hoy vacilaras...

—¡Imposible! (respondió Salicetti con entereza). Yo no puedo olvidar que Vuesenoría me sustrajo á los cordeles de Gianotto Spica, ejecutor de las justicias Ducales....

—Y que la idea del suplicio era insoportable á tu imaginacion: me acuerdo perfectamente.

—Ya lo creo, terrible.

—Tú me prometiste....

—Y renuevo mi oferta. «Virtud ó crimen; de todo soy capaz en servicio vuestro.

—¿Puedo contar con esa palabra?

—Siempre, Señor.

—Vamos, (murmuró satisfecho Montecuculi.) Tuve acierto en escojer este Seide. Gervasio, (añadió), el Capitan Estocada es un loco impertinente...

—Un vándalo, añadió el escudero irritado.

—Se ha puesto en pugna conmigo y me hostiliza sin tregua. Espadachin procaz fia en su destreza la causa de sus audaces procederes. Loco en el concepto de la Corte juega sobre seguro en los amaños contra mi privanza. Me acomoda deshacerme de ese truhan; pero sin ruido: sin que los mas suspicaces vean en su muerte mi venganza, que desaparezca sin despertar una sombra de recelo...

—Señor, el talento de Vueseñoría combine el plan; la ejecucion corre de mi cuenta.

—Dime, Gervasio, ¿tu primo el maton Antonelli ha venido en tu compañía?

—Sí Señor.

—¿Y se puede contar con él?

—En habiendo un centenar de escudos al fin de la aventura y media docena de botellas durante el convenio, Antonelli desollará de nuevo á San Bartolomé.

—¿Y te obedece todavía como en Florencia?

—Gracias á vuestra noble generosidad, nunca está vacía mi escarcela, y como no tengo vicios, sacrificio á los suyos una buena parte de mi dinero; le domino completamente y ayudando á mi influencia un centenar de escudos se batirá como un diablo con ese maldito capitan.

—No; eso no me conviene. Estocada es el primer tirador de Francia: tiene un golpe de estudio reconocido por imparable....

—Es que Antonelli es un famoso tirador.

—¡Bah! (repuso con despego Montecuculi), espadachin plebeyo,

frente á un esgrimidor de buena escuela esas nombradías de la vida airada quedan reducidas á cero.

—Vueseñoria se equivoca respecto á mi primo Antonelli; ha sido maestro de armas en Pisa.

—Ahora recuerdo, haberte oido contar algo de eso. Antonelli salió desterrado de Pisa por una fechoría que....

—Por sospechas de haber servido de instrumento á los ódios de cierto capitán: sospechas que si hubieran podido elevarse á cargos, habrían costado la cabeza al pobre Antonelli; porque sucedió que el capitán Sciutti tuvo una cuestión con el de igual clase Valdriani, y separados cuando se acometían por los compañeros, juró Sciutti á su enemigo que no tardaría veinte y cuatro horas en vengarse. Al efecto, habló con mi primo, y el resultado de la conversación fué que al día siguiente Valdriani vino á proseguir sus lecciones, y por casualidad la espada de Antonelli, perdiendo la zapatilla en el roce con la otra, atravesó á Valdriani derribándole sin vida....

—Gervasio, es forzoso que Antonelli abra su escuela en Valencia.

—Como vueseñoría guste.

Es preciso que se le busque un local espacioso y bien preparado: que se le provea de caretas, petos, guanteletes, guarda-piernas, espadas, dagas.... Tú te encargas de comprarle todo. Es necesario que publique un cartel insolente; en que rete á los maestros y aficionados. Un cartel por este estilo: «El intrépido y renombrado Fulano Antonelli, primer tirador de Italia; maestro de varias notabilidades en el ejercicio; director de diferentes cuerpos militares, tiene establecida su escuela con el permiso competente, en tal parte. Dicho profesor se ofrece á lidiar con apuesta con cuantos maestros examinados y aspirantes á exámen se presenten. Está dispuesto á sostener con desiguales condiciones el asalto de los mas aventajados tiradores del país. Admite á perfeccion los alumnos de otros profesores, y á enseñanza los que quieran iniciarse en la esgrima italiana, la primera del mundo.

—Perfectamente.

—El capitán Estocada tiene por costumbre ir de incógnito á medirse con los maestros que llegan. Asociado con algunos amigos, para sorprender á los profesores, finje torpeza al principio

para concluir abrumando á su adversario. Si Antonelli aprovecha la primera ocasion, si la zapatilla de su espada cae y pasa de parte á parte al loco de la córte, será casualidad que le asegura trescientos escudos y mi proteccion.

CAPITULO V.

No firmes carta que no leas, ni bebas agua que no veas.

Francisco I estaba del humor mas sombrío imaginable. Catalina de Médicis habia dicho muy bien, cuando en su conversacion con Sebastian de Montecuculi, aseguraba que Montmorency, no tendria por adversario del sistema espectralivo que el Monarca. En efecto, Francisco de Valois no podia resignarse á permanecer en Aviñon, mientras su rival le provocaba y establecia asedios vigorosos en Aix y Marsella. Por mas cargos y reflexiones que el gefe de su ejército le hacia para persuadirle de las ventajas de aquella táctica puramente defensiva, por mas que le demostrase las consecuencias infalibles de aquel plan, que sin pérdida de un solo hombre reducía á la condicion mas lamentable al enemigo; es verdad que los conatos del Emperador se frustraban conforme se ponian en práctica; que Carlos, abandonado por la caprichosa fortuna parecia sujeto á una dura ley de constante fatalidad; que una dolencia reciente, encrudecida por el despecho, y la infeccion de la atmósfera, le sometia á padecimientos harlo graves; que Antonio de Leiva, el mejor de sus caudillos, y el consejero de la invasion, agonizaba frente á Marsella, devorado por el pesar de haber contribuido á la catástrofe de las tropas con sus instigaciones; que los generales aconsejaban la retirada sin pérdida de tiempo; que el hambre reinaba en el campamento cesáreo, motivando la desercion continua; que los tudescos estrujando uvas en sus morriones y celadas, hacian una bebida fatal que los diezmba sucumbiendo de flujos de vientre; que los italianos y españoles alimentándose de trigo y yerbas dañosas, y con el excesivo calor y el mal régimen enfermaban y morian desastrosamente; que las galeras de Doria apenas conducian bastimentos para la tercera

parte de la numerosa hueste ; que noticias afflictivas para los intereses imperiales , y cada vez mas faustas para la Francia, colmaban la consternacion de los invasores ; que por último, Montmorency veia coronado por el éxito su propósito, y contestaba con altivez á las reconvençiones de los que tachaban de poco digna la inercia con que redujo á desesperada estremidad á sus adversarios.

Pero el vencedor de Marignan se avergonzaba de semejante triunfo; repudiaba la gloria de cansar sin combatir á su antipoda. Francisco hubiera preferido á la aquiescencia frente á su perenne émulo aceptar á todo trance la batalla : jugar á la suerte de las armas su corona y la independencia de sus Estados : responder con un alarde de temerario brío al alarde poderoso de Cárlos de Hapsburgo.

En tal disposicion de ánimo Francisco escribió á el Delfin, mandándole reunirse con él en Leon, y distrayendo su indisplencia en la espression afectuosa de la ternura paternal. El teniente Cherubin es el encargado de llevar la misiva á S. A. y respetuosamente inclinado ante la magestad, escucha los mensajes de que su Rey le comisiona.

—No dejeis de repetirle, que me hace falta su presencia; que me consumo de tédio; que se me hacen insoportables los dias.— Cherubin espresó con un signo deferente hallarse enterado.—

—Que estoy quejoso de su morosidad (continuó el Soberano), pues por cada carta suya se cuentan dos de las mias. Añadiréis que sentiré infinito retarde su viaje por otro motivo que una indisposicion repentina: que le espero con paciencia en Lyon, donde me importa su dictámen para una urgente empresa: que no reposo hasta verle al lado mio, porque...

Francisco vaciló en terminar el concepto. El mensagero redobló su atencion. El Rey prosiguió con voz sorda y preocupacion siniestra:

—Porque una especie de terror supersticioso me tiene acometido en ausencia *suya*. Me parece que pesa un destino fúnebre, sobre cuanto me toca de mas cerca; que una maldicion infausta gravita sobre mis actuales intereses; que me amenaza alguna tremenda calamidad...

—Señor, interrumpió Cherubin pesaroso.

—Será una fantasía, una quimera, en buen hora.

—Tal me parece, Señor.

—Limífaos á encargarle con encarecimiento que se ponga en camino cuanto mas antes.

—Fie V. A. en mi puntualidad.

—Si os pregunta por los asuntos de la guerra, decidle lo que ocurre con toda exactitud: que su antiguo opresor Cárlos de Gante, continúa hollando nuestro territorio; que sus feroces satélites asedian á Marsella y Aix, y se vengán en cuantos infelices pueden haber á las manos del heroísmo provenzal; que los bandidos tudescos perecen á millares, y los españoles é italianos por centenas; que nosotros permanecemos lanza en cuja detrás de nuestras fortificaciones; que el Sire de Mont-morency escribe un tratado sobre la táctica del aguante, de su invencion particular, y que el hijo de Cárlos de Angulema.... Que el nieto de Juan de Angulema se está dando á los diablos por no permitirle las circunstancias cargar con todo su poderio á esa canalla sanguinaria y rapáz. Y al concluir estas palabras Francisco alargó á Cherubin la carta para su primogénito, despidiéndole con una indicacion inequívoca. El mensajero hizo un profundo saludo y evacuó la cámara. Francisco desahogó en hondo suspiro la lasitud de su espíritu y pasando la mano por su frente en melancólico ademan, exclamó:

—Esto no puede seguir así: tal situacion á prolongarse, fuera uu baldon perpétuo de mi nombre: si el ejército imperial no se retira en lo que resta de mes, el plan de Mont-morency será postergado á mi irrevocable resolucion: pelear como bueno en vez de permanecer al abrigo de una línea defensiva..... ¡Oh! ¡qué voto tan querido de mi corazon! Si me concediera el cielo devolver á Cárlos V las amarguras con que ha colmado los fatales dias de un año de prision!

La emocion no permitió proseguir al Monarca. Recuperado un tanto, añadió cou suma viveza:

—¡Vanas quimeras! (dijo suspirando con fatigoso desaliento). Ese hombre es mi castigo; el ministro de la humillacion con que Dios ha penado la soberbia de mis aspiraciones. Porque yo despues de la jornada de Marignan me creí el semi-dios de la época, y en la emocion de mi triunfo no hubo en mi alma un recuerdo de gratitud á la bondad divina. Nació á la gloria ese mancebo, y su

huella se halla impresa en mi camino; siempre á enorme distancia de la mia.... El ugieer abrió la mampara.

El Sire de Trivulce pide audiencia, dijo con tono ceremonioso.

—Pase inmediatamente, contestó el Monarca con suma afabilidad.

—Juan Bautista, Sire de Trivulce era un anciano de estatura gigantesca y proporciones robustas: fisonomía dulcemente triste; magestuosa disposicion: cabeza de venerable patriarca; lánguida espresion de resignado reposo. Su mirar hallábase impregnado de ese melancólico abandono de los que han sufrido abrumadores pesares con la superioridad de los espíritus elevados. Su acento era en extremo simpático por la lentitud suave de su modulacion...

—Salud, Alteza, dijo inclinándose con religioso respeto ante el Monarca.

—Salud, mi buen Trivulce, (respondió Francisco lleno de agasajadora cortesía.) ¿A qué debo el placer de recibirlos en audiencia?

—A una lamentable circunstancia, Señor.

—Sentaos, Trivulce.

—Permitid....

—Sentaos. Es mi voluntad que tomeis asiento.

Trivulce obedezió con visible repugnancia.

—Veamos, (continuó el Rey con atención cariñosa). ¿Qué lamentable circunstancia teneis que esponerme?

—Ante todo, Señor, debo decir, que á este paso no me impulsa mas que la honra de V. A.

—¡Mi honra! (esclamó con inquietud Francisco). Pues ¿de qué se trata?

—De un hecho que al hacerse público dará motivo á una suposicion en sumo grado ofensiva á V. A.

¿Qué suposicion es esa? preguntó con sobresalto el Monarca.

—La de que la Magestad Cristianísima sacrificó á un desventurado niño por herir en el corazon á un rival.

—¿Quién dirá eso de mí? interrogó el sucesor de Luis XII.

—La Europa, contestó gravemente Trivulce.

—Esplicaos, Sire de Trivulce, replicó Francisco con tono de impaciente ansiedad.

—De eso trato, con permiso de V. A.

—Pronto, Sire de Trivulce, pronto.... Yo os lo ruego.

Cárlos Quinto.

41-2.º

—Comisionado por V. A. para inspeccionar la línea de resguardo de Aviñon, rondando la noche pasada, he sorprendido...

—¿Un espía?

—No señor; un alemán perteneciente á esas partidas ligeras de corredores del ejército cesáreo, que han merecido el nombre de relámpagos por sus evoluciones rápidas, y la celeridad portentosa de sus incursiones y escursiones.

—¿Y cómo logró introducirse en la línea ese tudesco? interrogó con curioso interés el Soberano.



—Venía de la línea del Ródano y Duranzo, á favor del disfraz de cantinero, y dejaba burlada la vigilancia del primer cuerpo de ejército á las órdenes del Sire de Mont-morency, en cuyo cuartel estaba prisionero de guerra.

—Sería del número de los corredores apresados por nuestras avanzadas en una de sus temerarias empresas.

—Exactamente.

—Proseguid, Sire de Trivulce.

—Un centinela notó la inquietud con que pasaba la línea, y le

deluvo hasta que diese cuenta al comandante de la guardia del objeto de su viaje. En esta situacion le encontramos en la línea, y llevándole á una caserna inmediata procedí á su interrogatorio. Al principio mantuvo su fábula con bastante presencia de espíritu. Dijo llamarse Janneton, ser de Bretaña, y que habia perdido el pase en la posada del Buen-Jesus; que se ocupaba en el tráfico de vinos, y pasaba la línea con el fin de comprar unas ódres en los caserios protegidos por las avanzadas francesas. Fingi darle crédito, y le estimulé á esplicarse para aprovechar la primera contradiccion; mas el bribon tenia bien aprendido su papel, y nada conseguí. Por último mandele registrar, amenazándole con hacerle pender de un árbol si se le sorprendia lo mas mínimo. Y entonces advertí que palideció. Le prometí la vida por condición de su franqueza, y pareció vacilar: redoblé mis seguridades; pero rehusó aprovecharlas, protestando que nada tenia que temer. Dos soldados comenzaron el registro, al que se prestó gustoso nuestro truhan, y por mas que tentaron y retentaron las vestiduras, nada pudieron hallarle. El caporal Boyssi, devolviendo su gaban al inútilmente explorado fué mas feliz que nosotros. Sintió un objeto que crujía al tacto; descosió el cuello, y encontró una carta.

—¿De quién? preguntó azorado Francisco.

—La carta lo dirá á V. A. Para concluir con mi relato. Viéndose descubierto, el finjido tratante en licores, confesó llamarse Frantz Stolk, hijo de Herman Stolk, montero del emperador Maximiliano, del Archi-Duque Felipe y de Carlos V; alférez de bandera de la Compañía de corredores germánicos á las órdenes del capitán Don Carlos de Bruselas, prisionero del Sire de Mont-morency. Espresó que atravesaba la línea para incorporarse al ejército imperial, y poner en manos del Emperador la carta del capitán Don Carlos, segun juramento hecho al mismo, horas antes de morir en la borca....

—Esa carta....

—Aquí está, señor.

El Sire de Trivulce sacó un pliego de su escarcela, que el Monarca tomó precipitadamente.

—¿Y el mensajero? interrogó deteniéndose al abrir la misiva.

—En la eternidad, contestó lúgubrementé Juan Bautista de Trivulce.

—Le cumplisteis vuestra promesa; pero me parece demasiado rigor, tratándose de un hombre fiel que por cumplir un empeño tan sagrado...

—Señor, (contestó con entereza Trivulce). Franz Stolk sabia mas de lo preciso en este fatal asunto, y por resguardo de vuestro honor importaba descartarnos de un hombre tan instruido en por-menores.

Francisco I, impresionado hondamente por estas palabras, abrió la carta y leyó lo que sigue:

«Imperatoria, Católica Magestad. Cercano al trance postrero de la vida mundana, primero de la eterna, os escribo; bien lo sabe Dios; con mas pesar de vuestro sentimiento, que dolor de mi desventura. Presentes son á mi memoria vuestras bondades mas que mis dias; mas me duele la consideracion de vuestra futura pena, que el pensamiento de mi próxima suerte. Ignoro si estos renglones llegarán hasta vuestra cesárea Magestad. Escritos en un calabozo; mal trazados en las tinieblas, Franz Stolk se encarga de llevarlos, salvando líneas y á riesgo de perecer si es aprendido en su recelosa marcha, con mi último Adiós. Una hora tengo concedida para prepararme á bien morir. Desde mi lobrega prision oigo los martillazos que aseguran las fatales paralelas de la horca... De la horca, señor; porque me han negado el hacha: el suplicio de los hijos-dalgos. ¡Oh! No era esto lo que parecia depararme la fortuna; lo que vuestra escelsitud me daba derecho á esperar; lo que mis brios me preindicaban... Pero Dios sea loado: cúmplase en mi su voluntad. A diez y siete años me corresponde perecer en afrentoso patibulo. Estaba escrito, como dicen los moros de nuestra España.

Francisco suspiró dolorosamente, mirando á Trivulce que con un gesto le invitó á continuar en su lectura.

»¿Por qué me ha revelado V. M. mi origen? Si yo hubiera seguido creyendo que no era mas que un huérfano oscuro, protegido por el César, en gracia á los servicios de mi padre, no me seria tan duro resignarme á morir con la muerte de los villanos. Pero cuando me ha elevado V. M. de la sombra misteriosa, en que han transcurrido catorce años de mi vida, á la luz de una posicion brillante; cuando vuestra grandeza me ha conferido el mando de una compañía de veteranos ilustres como ocasion de

«merecer los mas altos favores; cuando me ha revelado mi pre-
«velara ascendencia.... entonces he sentido renacer las ideas am-
«biciosas que procuraba sofocar, teniéndome por pequeño... des-
«de entonces tiemblo de pensar, siquiera un pensamiento, rebajar
«la dignidad de mi alma.

—¡Alma orgullosa! exclamó el Rey simpatizando con aquella
«espresion altiva.

—Continúe V. A., replicó el Sire de Trivulce.

«Dentro de una hora estará cumplida la sentencia de Francisco
«de Valois: Cárlos de Bruselas con veinte de sus valientes corre-
«dores colgará del cáñamo ante una soldadesca furiosa, cuyos im-
«petus contiene el Sire de Mont-morency con estremada dificultad.
«Dentro de una hora todo habrá concluido para mí en la tierra, y
«contando con la misericordia de Dios y mi contricion sincera,
«moraré en las mansiones de la bienaventuranza. No hore V. M. mi
«desastrado fin: el camino es áspero; el paradero dichoso. Franz
«Stolk me ha jurado asistir hasta el último trance: Franz que es
«para mí lo que su digno padre para V. M. Augusta: un fiel ami-
«go; un celoso servidor. Franz os dirá si he sabido morir; si he
«afrontado la situacion tremenda con ánimo impertérito; si no he
«infundido valor á mis pobres subordinados, hoy compañeros de
«desdicha; si con la cuerda á la garganta no he dirigido la vista
«al cielo, y despues mirándole no he sonreido. La mirada á Dios:
«la sonrisa á V. M.

«Cuando caimos prisioneros se nos trató con suma benignidad
«y escepto comunicaros mi posicion nada me fué negado de cuan-
«to pedí. En este punto debo hacer justicia á nuestros enemigos;
«se nos atendia como á huéspedes, y ni un signo de rencor agravó
«nuestra desgracia. Pero apenas se recibió la noticia de que vues-
«tra escelsitud en venganza de la muerte de D. Garci-laso de la
«Vega y Guzman habia tomado el castillejo de Muey, mandando
«ahorcar á sus defensores, cuando un grito de furor nos indicó
«para víctimas de cruentas represalias. El Sire de Mont-morency
«se pronunció en contra nuestra con desesperada tenacidad, y
«fuerza es disculpar su encono: el capitán de los defensores de
«Muey era su bastardo. Se nos hizo comparecer ante el Condesta-
«ble de Francia para quintarnos..... digo mal, para quintarlos;
«porque yo era indispensable víctima inmolada á los manes del

»sacrificado caudillo de Mucy. Escuché mi sentencia con resignación. Pedí que se me decapitara como á noble, y el general me replicó con amargura: «Godofredo de Mont-morency era noble también y Cárlos V le ha colgado de una almena.»

Francisco I se limpió el sudor angustioso, que en abundancia corria por su frente, y siguió leyendo :

»Le pedí un instante de conversacion particular, y me rehusó esta gracia obstinadamente, hasta que adoptando el recurso de herir su amor propio, le dije: «Todo el que sabe cumplir los deberes de caballero, no niega un favor al que se halla en la desgracia.» Mandó despejar, y se dispuso á escucharme con ceñudo torvo gesto.... Entonces le revelé que Cárlos de Bruselas encubria á Don Cárlos de Austria, hijo natural del Emperador, y le demandé con este titulo la decapitacion; pena de los infanzones. Pareció dudar de mi revelacion y me hizo salir para interrogar á Stolk, que le acabó de convencer de la exactitud de mi relato. Suspendió la ejecucion de la sentencia para consultar con el Rey; pero Francisco ha mandado llevarla á efecto, y el hijo de Cárlos de Gante, como aqui os denominan, traza estas lineas en el calabozo, en aguardo del verdugo; con media hora de término para daros el último, lastimero Adios.»

El Monarca agitó con violencia la campanilla.

El ugier acudió presuroso.

—Que venga inmediatamente el Sire de Collins, dijo.

El ugier salió cerrando la mampara tras sí.

Francisco tornó á llamar.

Otro ugier se presentó.

—Que venga al panto el Sire de Collins con el libro de registro del despacho.

El ugier corrió á cumplimentar la órden recibida.

El Sire de Collins con el libro de registro penetró gravemente en la Cámara régia.

Francisco sin devolverle el saludo le arrebató el libro, poniéndose á hojearlo con ansiosa impaciencia, hasta dar con lo que buscaba.

Por el libro aparecia que el Sire de Mont-morency habia consultado las represalias, incluyendo lista de los quintados á cuyo frente se leia: «*Don Cárlos de Bruselas, capitán.*»

El Rey recurrió á los originales de la comunicacion que obraban en la cartera del secretario, adherida á la cubierta del libro, y en donde se colocaban cuantos despachos se hacian durante cada mes.

Sacó de la cubierta la comunicacion de Mont-morency, relativa á esponer la necesidad de corresponder á los rigores del Emperador; la lista proscriptoria y un pliego, que abierto encabezaba con una *R* cierta nota, que Francisco leyó con avidez, prorumpiendo en un grito que alarmó extraordinariamente á Collins y á Trivulce.

—Señor secretario, (esclamó colérico Francisco). ¿No habeis leído la nota reservada que acompañaba estos pliegos?

Collins estaba livido.

El Rey leyó la nota con lenta expresion de reconcentrada ira:

«El capitán D. Carlos de Bruselas se dá á conocer por bastardo de Carlos V, y un dependiente de la imperial servidumbre, alferez de bandera, Franz Stolk, abona su aserto. Se consulta sobre la suerte de este individuo la voluntad de S. A.

»A. de Mont-morency.»

—¿Qué teneis que responder, Sire de Collins? preguntó el Monarca en el tono de la mas terrible indignacion. ¡Ira del cielo! (prosiguió el Soberano con creciente furia). Por vuestra culpa pueden acusar al sucesor de Luis XII de haber vengado sus ódios en el bastardo de Carlos de Gante.

—Señor, (repuso Trivulce) calma.

—Veamos; decid qué haceis aquí; de qué servis... disculparos, Sire; decid una palabra.

El secretario hizo un vano esfuerzo para obedecer.

—¿Cómo se os ha pasado esa nota? (tornó á preguntar el Rey). ¿Cómo habeis abierto esa comunicacion, que no disteis con el informe reservado?... ¡Pero hablad!... Me desespera vuestro silencio... hablad ¡rayo de Dios! hablad....

—Señor, balbuceó el Sire de Collins.

—Acabemos, gritó Francisco.

—Mi secretario... sin duda....

—¡Bien! (contestó el Valois coronado, con sardónica risa): escelente secretario que se refiere á lo que un quidam le informa... El registro está estendido por vuestro digno cliente, Harleville; ¿no es esto?

—Sí señor, respondió Collins sin saber lo que decía.

—Sire, sois un miserable.

—Señor, (repuso Collins recobrando su dignidad al oír el insulto régio). Tiene V. A. el derecho de hacerme caer la cabeza de los hombros; pero no el de tratarme de esa manera.

—Salid al punto, replicó Francisco señalando la puerta al dignatario, con ademán imperioso.

—Señor, calma, repitió el Sire de Trivulce.

—¡Necio de mí! (esclamó desesperado el Monarca). Mi indolencia es el origen de estos lances; porque los Reyes debemos atender á cuanto concierne al gobierno; puesto que ante Dios y la historia, nuestros nombres simbolizan nuestras eras, y nuestros ministros no escudan la nuestra con su responsabilidad. ¡Oh! bien lo establece el adagio: «*No firmes carta que no leas.*»

—Valence se ocupa de la funesta muerte del capitán Estocada. Este insigne tirador ha perecido á manos del Signor Antonelli por efecto de una lamentable casualidad cuyo secreto saben nuestros lectores.

—Es el caso (decía el grave Bache-fild, hostelero del Buen-Jesus á cuantos querían oírle), que el Sr. Antonelli abrió su escuela de esgrima corriente. Publicó un cartel, en que desafiaba á todo maestro, aficionado y zascandil, que supiera tener en la mano la víbora de acero.... ¡Eh! Pues amigo de mi alma, que el señor gentil-hombre de S. A. pilla el cartel dichoso y dice para sí.... ¡Canario! ¿Desafias á los maestros? Espera, atreviduelo, espera: allá voy yo; y dicho y esto fué. El capitán se solía finjir un mediano tirador para despues zurrar de lo lindo á los gallos. ¡Eh! tomó su espada: el Sr. Antonelli enarboló la suya: corriente. Cruzaron los aceros; zis-zas, zis-zas, y pata-plum: capitán á tierra. Se habia salido el boton del arma del Sr. Antonelli en la tremolina del combate, y *Pax tibia de Cristo*. El pobre Capitán no duró media hora. Espiró en el saloncillo de descanso de la escuela, y el Sr. Antonelli, afectado estraordinariamente, no cesaba de decir: «¡Qué desgracia! En la vida me ha sucedido lance tan cruel. Es una fatalidad: una inadvertencia. Pido que me lleven á la cárcel; que se me juzgue; que no mancille mi reputacion una sospecha.»

—¿Y fué por fin á la cárcel? preguntó Pierrot.

—No por cierto. Los testigos de la pelea salieron en abono de la inculpabilidad del maestro italiano, y manifestaron que nada mas impensado que aquel suceso. La espada sentida por la punta junto al boton se acabó de romper contra el filo de la otra, y en una estocada rápida pasó de parte á parte al gentil-hombre de Monseñor.

—¡Pobre capitán! (esclamó un oyente) dicen que era hombre de corazon; diestro hasta lo sumo en el manejo de las armas, y alegre como repique de pandero, y que Chasse-loup el discípulo predilecto del capitán le recogió del suelo, y le llevó al saloncillo de descanso de la escuela. Cuando hubo espirado el capitán, salió frenético, y si no le contienen, acaba con el involuntario matador, respondió el posadero, pero le sacaron de allí, y no pasó de aquel arrebatado de despecho.

El teniente Cherubin ha cumplido puntualmente los encargos del Rey, y en virtud de sus reiteradas instancias, el Delfin, que no tenia deseos de abandonar á Valencé tan pronto, dispuso el viaje aceleradamente para reunirse al Soberano.

Monseñor se dignó recibir en audiencia á los notables de la ciudad, conmoviéndole en alto grado las manifestaciones sentidas de aquella poblacion que tantas simpatías profesaba al heredero de la corona.

Enrique de Maricourt estaba inconsolable. Alejado de la corte desde 1520 el anciano militar vegetaba en su destino; tratándose con cuantas comodidades pueden hacer grata la sedentariedad; cumpliendo sus deberes con esmerada exactitud; pero alternando las faenas del servicio con partidas de pelota y barra; que le adquirieron el renombre de jugador sin rival. A la llegada de Francisco, Maricourt sentíase contrariado en su método: desde que se le anunció la venida del Principe concibió el pensamiento de obligaciones nuevas, asiduidades continuas; todos los gravámenes de la vida cortesana, en una palabra; y esto equivalia á interrumpir el sosegado curso de sus dias, compartidos exactamente entre el deber y el solaz. Pero vió al jóven de diez y nueve años mas afable y bueno de la monarquía: galán sin presuncion; digno sin arrogancia, y sencillo sin puerilidad ni pobreza de espíritu. Halló un señor bondadoso, deferente; de costumbres ordenadas; antipático á las pomposas ostentaciones; afecto á los hábitos cordiales; que

le distinguió con respetuosa amabilidad ; que se arregló al sistema provinciano con una facilidad suma ; que quiso tomar parte en los trabajos y recreos del gobernador, y le acompañaba á caballo en la revista diurna de las guardias , y despues en el juego de pelota. Maricourt se aficionó de tal modo al Delfin, y hasta punto tal se familiarizó con su trato, que llegó á creer factible la vecindad en Valencé del primogénito real, y al saber que debia ponerse luego en camino, se preguntaba : «¿Qué haré yo cuando él no esté aquí?»

El Delfin que desde la aventura del misero Estocada estaba mas triste que nunca, se afectó hasta verter lágrimas al serle tributados los homenajes de alta consideracion, con que los notables de Valencé le obsequiaron por despedida. Maricourt anhelando distraerle, apenas concluido el besamano, le propuso una partida de pelota ; la última por ahora, dijo con mal reprimido sentimiento.

Monseñor aceptó por complacer al veterano, y mientras éste marchó á disponer lo necesario, el Conde de Montecuculi, Sumiller de la Cava de S. A., entró en dos platos de oro, el bizcocho de Beaugenci, y la copa de Borgoña que tenia costumbre Monseñor de tomar al medio dia. Francisco rehusó el bizcocho y apuró el vino que su favorito le presentára.

—¡Pobre capitán! (esclamó). Recuerdo su predileccion por el Borgoña. ¡Qué hombre aquel, Conde!

—Dios le tenga en su eterno descanso, repuso Sebastian.

—Era un bueno y jovial amigo ; tan bueno en su especie como vos, Montecuculi. El Señor os dé larga vida....

—En vuestro servicio.

Maricourt vino á interrumpir la conversacion, anunciando que todo estaba listo para la partida de pelota, y S. A. ocultando lo mejor posible el pesar que le atormentaba, salió detrás del gobernador para entregarse al agitado ejercicio. Como última ocasion en que el Príncipe favorecia á los jugadores de Valencé, los mas hábiles habian organizado partidas empeñadísimas, nombrando juez al Delfin ; quién se animó por grados hasta desechar las tétricas ideas que preocupaban su alma. Asistió á las competencias con curiosa espectacion, y aplaudió las suertes mas limpias de los rivales, concluyendo por invitar á Maricourt á sostener la jugada con él.

Comenzó por beber agua, y desnudándose la ropilla se puso á

jugar. A los primeros esfuerzos tuvo que pararse, pálido y falto de respiracion.

—¿Qué es eso, Alteza? preguntó el gobernador con ansioso interés, y acercándose sobresaltado.

—Un vahido: nada, contestó el Príncipe sonriendo y haciendo ademán de bajarse á recoger la pelota; pero le faltaron las fuerzas y cayó.

Maricourt corrió á levantarle.

—Me ahogo, pudo apenas decir el primogénito de Francisco con voz entrecortada; desencajados los ojos, y cárdena la faz.

—¡Socorro! gritó el anciano con angustioso acento.

Los circustantes acudieron en auxilio del jóven augusto, que se torcia en violenta convulsion; levantándose al fin de cada sacudida con la mirada vidriosa; la lengua hinchada; las venas del cuello de un grosor prodigioso; agitando las manos como el que se ahoga y sube por segunda vez á la superficie de las aguas.

Cuatro dependientes de la servidumbre levantaron en sus brazos al escelso adolescente, que se debatía incesante, en los esteros desesperados de la estrangulacion.

—Subidle á sus aposentos, (mandó Maricourt). Con sumo cuidado, señores. Señor de Beau-pre, escoltad á S. A. Sr. de Boissy, avisar inmediatamente al médico. Señor de Cherubin, hacod que acuda el cirujano. Señor de Lievart, encargaos de que venga el confesor... ¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡Qué desgracia, qué horrenda desgracia!

—¡Qué eruel fatalidad! (repitió un notable). Permitidnos, permanecer en palacio, hasta que sepamos las consecuencias de este golpe funesto.

—Arriba, señores, (contestó Maricourt con agitacion estrema) arriba, en el salon contiguo á la cámara de S. A. Vamos.

Los concurrentes obedecieron.

—¿Dónde está el Sr. de Montecuculi? preguntó Maricourt á el escudero Gervasio Salicetti.

—En su cuarto.

—Ávisale al punto que acuda á la alcoba de S. A.; sin pérdida de momento. ¿Entiendes?

—Dispensad; voy á una diligencia que...

—¡Rayo de Dios! (gritó colérico el veterano). Obedéceme antes, ó te hago colgar de la picota.

Gervasio salió á cumplir el precepto del antiguo militar.

Maricourt se dirigió por una escalerilla escusada á el departamento, ocupado por su egregio huésped.

Francisco desnudado por su ayuda de cámara con suma dificultad yacia sobre el lecho, agitándose cada vez mas penosamente y moviendo los labios como el que demanda favor en la angustia de una situacion terrible. El capellan era el primero de los ministros de socorro que habia acudido á su puesto. Colocada la mano sobre el opreso corazon del Príncipe, repetia el Evangelio de San Juan: «*Ego sum vitis vera; et Pater meus agricola est;*» que constituye el capitulo 15 en los Sagrados libros.

La puerta de la alcoba habia quedado abierta, y los individuos de la servidumbre de Monseñor, los subalternos, dependientes y criados de Maricourt, como los notables congregados en el Alcázar, olvidándose en lance tan critico de las conveniencias, se agolpaban ávidamente á el dintel de la alcoba.

—¿Qué es esto, señores? (dijo el gobernador con enojo). A ver; uno que guarde la puerta.

—Yo me encargo, replicó un moceton rubio; de formas alci-deas, rostro ceñudo, y desplante marcial.

—Está bien, Señor Chasse-loup (contestó el veterano). Contened la curiosidad importuna que puede perturbar el recogimiento que han menester las tareas facultativas, y penetró en la alcoba.

Chasse-loup cerró la puerta con la imperturbable calma de un ugiar, y paseó por el concurso una mirada inquisitiva. Divididos en grupos los festigos de aquella terrible escena, se comunicaban sus inquietudes y conjeturas, y aunque al hacerlo procuraban apagar la voz, el conjunto de ecos producía un susurro sordo y continuo.

—Silencio, señores, exclamó Chasse-loup con la imponente gravedad de un encargado de mantener el orden en respetables asambleas.

Todos obedecieron á la intimacion.

Al breve rato atravesó la cámara el cirujano Persigny seguido de su ayudante, que traía una enorme caja de instrumentos. El teniente Cherubin, comisionado para su busca iba en pos de ellos anhelante y sofocado.

Chasse-loup cerró la puerta detrás de los quirúrgicos, conteniendo respetuosamente á Cherubin; quien no insistió en pasar, y fué á tomar asiento en una banqueta, situada en el hueco de una ventana.

—El ayuda de cámara de Monseñor salió presuroso.

—¿Qué ocurre? le preguntó un notable.

—El cirujano se niega á sangrar á S. A., sin que antes lo reconozca el médico. ¿Dónde estará ese hombre?

Y corrió desalado á mandarle buscar por cuantos sirvientes hallara disponibles.

Maricourt apareció pálido y azorado.

—Hizo una señal al ayudante Gonfroid, que se le acercó presuroso.

—Gonfroid, (le dijo con viva instancia). Partid al momento, amigo mio, y traed al doctor Dalais, el director del Hospital de Incurables. Es justamente la hora de su segunda visita al establecimiento. Haced que os siga mi litera y á toda costa volved con ese famoso médico. ¡Pronto, Gonfroid! (añadió con eco aterrador); El Delfin se muere....

Gonfroid partió como una exhalacion.

Un notable le salió al encuentro.

—¿Qué pasa? Interrogó reteniéndole por la manga.

—El diablo que os lleve, repuso el ayudante apartándole de un brusco empuellon.

El Sr. de Lievart acompañado del licenciado Suret, médico adscripto á la servidumbre de S. A. penetró en la cámara.

Chasse-loup abrió la puerta al facultativo, deteniendo á Lievart como hizo con Cherubin.

—Dejadme paso, dijo el noble señor incómodo.

—No puede ser, replicó el ugiar improvisado.

—¿Por qué?

—Es órden que tengo; contestó Chasse-loup secamente.

—Esa órden no puede entenderse conmigo, repuso el prócer con orgulloso tono.

—Pues yo la entiendo así.

Lievart miró de alto á bajo á Chasse-loup, que se encogió desdenosamente de hombros, y tomó el prudente acuerdo de retirarse amenazando entre sí al audaz maestro de armas.

A los pocos minutos se presentó el doctor La-fleur, anciano de reputación respetable, á quien ocurrió llamar á un individuo del Consejo, presente á la súbita desgracia del Delfín.

Maricourt atravesó la cámara con precipitado paso, y al regresar venian con él el farmacéutico maese Hunot y dos practicantes, que eran portadores de frasquillos, botes, tarros y redomas.

Al cuarto de hora próximamente llegó el doctor Dalais con el ayudante Gonfroid.

El ayuda de cámara de S. A. que habia tornado á introducirse en la alcoba, volvió á salir á toda prisa.

—¿Qué ocurre? le preguntaron en coro los componentes del primer grupo.

—Está mejor: la crisis ha pasado: voy por el Sr. Sumiller de la Cava.

Maricourt extrañando la ausencia de Montecuculi, dejó al escelso doliente en manos de los hombres de la ciencia y salió á indagar por qué causa faltaba de la reunion el favorito del Delfín.

No habia llegado á la puerta de la cámara, cuando divisó al italiano, que con muestras de profunda consternacion se adelantaba entre Salicetti y el ayuda de cámara del malventurado Príncipe.

—Venid, Sr. Conde, (le dijo el digno gobernador). S. A. está de sumo peligro.

Montecuculi tuvo necesidad de apoyarse en el hombro de su escudero, para no sucumbir á su emocion.

—Venid, repitió Maricourt asiéndole afectuosamente de la mano, y conduciéndole en esta forma hasta la estancia ocupada por el régio primogénito.

El Conde se dejó conducir casi sin aliento. Como todo malvado era cobarde, y la vista del jóven moribundo repugnaba á su menguado espíritu.

—¡Pobre conde! (esclamó un notable). Ved cuán abatido le tiene la desventura de Monseñor.

—Le profesa un afecto sin límites, (apoyó uno de la servidumbre) una estimacion infinita.

Maricourt puso la mano en el pestillo para abrir la mampara de la alcoba.

Chasse-long se la retiró diciéndole:

—Una palabra, Sire de Maricourt.

—Luego; luego.

—No; ahora, (respondió el maestro de armas con positiva insistencia). Reclamo vuestra atención.

¿Estais loco?

—No; sino muy cuerdo.

—¡Ea! dejadnos pasó franco.

—No pasareis sin oirme, señor gobernador.

—¡Insolente!

—¡Señores! (esclamó Chasse-loup en voz alta y dirigiéndose á los circunstantes, que acudieron al llamamiento del úgier provisional, congregándose en torno de los actores de este nuevo drama.) Os he menester para testigos de una acusacion que yo Heriberto Chasse-loup, capitan de Lansquenets, voy á proponer ante el gobernador de Valence, Enrique de Maricourt.

—Desventurado, (repuso con voz sorda el gobernador, asiendo de la muñeca á Chasse-loup.) ¡Me deteneis cuando ahí dentro está espirante el hijo de mi Soberano!

—Sire de Maricourt (respondió con entonacion lúgubre el adjunto del pobre Estocada). Dejad á los médicos que socorran á la victima, y vos atended á la acusacion del hombre que va á revelar el crimen, y á señalar el asesino.

—¡El crimen! repitió una parte del concurso con terror.

—¡El asesino! añadieron otros con espanto.

—¿Qué decis? exclamó el Sire de Maricourt retrocediendo trémulo y congojoso.

—Monseñor está envenenado, afirmó con acento sombrío el acusador.

—¿Por quién? interrogó un notable con angustioso tono.

Chasse-loup alzó lentamente el brazo derecho con la mano cerrada, estendido el índice.

Todos siguieron con la vista la direccion de aquel dedo.

Montecuculi era el señalado.

—¡Infame! ¡Torpe calumnia! exclamó enardecido el gobernador.

—Sí; es una calumnia; repitió la servidumbre de S. A. indignada.

—Miradle, señores, (repuso el capitan de Lansquenets sin de-

jar de señalar al asesino). Ved esa frente bañada por el sudor de la angustia; contemplad esas facciones desencajadas por el pavor de una conciencia, roida por el cáncer del remordimiento; esa mirada baja y vergonzosa; ese temblor epiléptico; esa respiracion agitada.... Sosteneos, señor Sumiller.... así; en el brazo de vuestro escudero..... Señores, repetid vuestra exclamacion de hace poco; pero observad primero las trazas del señor Conde..... contemplad ese aire de anonadamiento y decidme despues ¡Calumnia!

Sebastian se recobró penosamente.

—Señor Conde, (dijo el gobernador con gesto bondadoso), hablad: confundid esa negra impostura.

—Es una calumnia, repitió con voz ronca el Conde.

—Sire de Maricourt, (continuó Chasse-loup con solemnidad), acuso al Conde de Montecuculi de haber envenenado á S. A. el Señor Delfin de Francia, y es de vuestro deber recibirme la acusacion, y proceder en consecuencia á la detencion preventiva del acusado; á la fianza del acusador: que uno ni otro puedan eludir los efectos de la ley con la fuga.

—¿Y tenéis valor?....

—Sire de Maricourt, (repitió con altiva dignidad el adjunto de la real sala de armas). Aquí sois juez: los jueces oyen para despues juzgar.

—¿Y quién sois vos para.....?

—¡Que quién soy yo! (esclamó el hidalgo irritado). Soy un hombre que ha derramado su sangre por el Rey; soy un soldado de las jornadas de Italia; soy un capitan de los tercios de Francia; un hombre que tiene el derecho de levantar la cabeza sin que nada ni nadie se la obligue á bajar; que lleva por lema en su modesto escudo «*Sin miedo y sin reproche.*»—¿Hay quién contradiga mi proposicion? Que hable.

—Caballero, (replicó Sebastian dominando su turbacion); yo os digo que mentís.

—Señores, (repitió Chasse-loup sin hacer caso del Conde) las leyes de Francia mandan á todos los franceses nobles y plebeyos, mayores y menores de edad, de cualquier sexo y condicion que fueren, sin que parentesco, secreto de confesion, ni juramento solemne exceptuen de ese deber, revelar los atentados contra la vida del Monarca, real familia y alta traicion. Yo cumplo con la ley,

Sire de Maricourt (continuó con creciente brio el Capitan). No os corresponde preguntar, como lo habeis hecho: *¿Quién sois vos?* Cuando el esclavo, el menor de edad, el hijo, el confesor tienen deber de prescindir de su respeto, de su impersonalidad, de su cariño, del sigilo, este deber es mas estrecho aun para un hidalgo, un oficial, un individuo de la regia servidumbre.

—Mentís, (gritó Montecuculi afectando la indignacion de un inocente calumniado,) y sostengo que sois un villano impostor, un innoble enemigo de mi honra y mi vida.

—Un momento, caballeros, (dijo el acusador con una calma inalterable.) No hago reparo en los dieterios de Sebastian de Montecuculi, porque pesa sobre mi la acusacion de asesino y resuelto á perseguirle por este concepto, mientras no se sincere del cargo, está bajo la cuchilla de la ley: es inviolable. Pero aquí se prejuzga mi causa y se ha pronunciado varias veces la palabra calumnia. Pues bien reto á los que estén persuadidos de la inocencia del acusado: les reto apelando al juicio de Dios, á mi razon y á mi espada y en señal de que sostendré hasta el ultimo punto mi demanda, allá vá ese guante; recójale quien quiera y juzgue Dios entre quien acusa y quien defiende.

Montecuculi se arrojó á levantar el guante. Maricourt le detuvo.

—Señores, (dijo el gobernador,) prohibo que se acepte el reto. El delito de traicion está esceptuado de la apelacion á las armas. Recoged el guante, Señor de Chasse-loup.

El Capitan obedeció.

—Caballero, (añadió dirigiéndose á él el veterano.) Para proceder de este modo, para aseverar que hay un crimen y un criminal tendreis sin duda pruebas, indicios respetables al menos...

—Si Señor.

—¿Teneis inconveniente en apoyar con ellos vuestra acusacion?

—Ninguno. Todos recordarán que mi amigo y maestro el capitán Estocada, cayó mortalmente herido por Antonelli, al parecer por una lamentable casualidad. Recojí al moribundo y le conduje en mis brazos al salon de descanso, de la escuela, *solo contigo*, me dijo con acento apagado, cerré la puerta, quedando á solas con él como me lo pedia. La estocada era para dejar en el sitio á un hombre de menos fuerzas vitales. Dios quiso conceder tiempo al digno Varon para que me revelará el terrible secreto. «Chasse-loup (me

Carlos Quinto.

43-2.º

dijo con voz fatigosa), muero asesinado por ese italiano... lo conozco... Le paga mi muerte el Conde de Montecuculi... ¿Y por qué? preguntéle yo. Porque una noche, ocupando el cuarto contiguo al del Sumiller, oyéndole debatirse en una pesadilla y dominando el tabique intermedio para despertarle, le escuché en sueños que iba á dar veneno á Monseñor y pedía la paga de su crimen.» Me hizo jurar que velaría por la vida de su Alteza y caso de realizarse el horrendo plan que sostendría la acusacion...

Sebastian no pudo sostenerse y cayó casi privado de sentido en los brazos de Salicetti.

—Sire de Maricourt, (concluyó el capitán) ahí dentro están los doctores; interrogadles sobre la dolencia de Monseñor, prended al denunciado, y retenedme á vuestro arbitrio, desde la fianza hasta la prision á todo esloy dispuesto. Si los resultados del juicio me son adversos bendeciré á la providencia sobre el tablado del patíbulo; porque su Alteza se habrá salvado.

Maricourt penetró en la alcoba de Delfin. Los médicos estaban en secreta consulta. Monseñor despues de la crisis se hallaba sumido en pesada modorra. El farmacéutico Hunót examinaba el vómito del enfermo con semblante tétricamente contraído. Uno por uno fue llamando el gobernador á los hombres de la ciencia, y dirigiéndoles reiteradas, misteriosas preguntas, que á juzgar por la espresion de su rostro recibian siniestra contestacion. Maricourt volvió á la cámara.

—Ayudante Goufroid (dijo con imperio), conducid á un calabozo al Conde Sebastian de Montecuculi. Señor de Chasse-loup, tenéis la ciudad por cárcel.

CAPITULO VI.

Quien calla otorga.

Inútilmente se prodigaron al Delfin los cuidados mas solícitos; en vano fueron los desesperados recursos de la ciencia reducida de entonces para combatir una ponzoña, combinada con esa habilidad funesta de los químicos italianos; toxicólogos de una celebridad tremenda y merecida; Monseñor iba desecándose por grados como

flor cuyo caliz rompe un insecto con su trompa y el fruto de las improbas tareas facultativas se redujo á prolongar una existencia, que nada podia sustraer á la próxima inconjurable extincion. Su Alteza desde que recobró el uso de sus facultades preguntó afanosamente por Sebastian de Montecuculi. Enrique de Maricourt dijo haberle obligado á partir para Aviñon con objeto de avisar lo acontecido al Rey.

—¡Pobre Conde! (esclamó su Alteza.) Estaria desolado. Tiene por mí un afecto noble y sincero.

—Mucho, contestó el gobernador estremeciéndose.

Una crisis engañosa, la recuperacion repentina de fuerzas, movió el ánimo de Monseñor á ponerse en camino para reunirse con el Monarca, que segun últimas noticias habia partido de Aviñon á Leon; y todas las persuasiones fueron inútiles. Su Alteza se embarcó en la galera *Saint-Denis* haciéndose conducir de noche en una litera de alquiler al muelle, trasladándose á bordo en seguida, para evitarse los públicos homenajes de triste sentimiento.

Como los Doctores habian previsto, aquella animacion súbita del augusto enfermo era precursora de un decaimiento profundo, indicio de la muerte. Las fatigas de la navegacion aceleraron los síntomas fatales y desembarcado el primogénito real en Tournon, espiró entre convulsiones atroces, en una breve pero horrorosa agonia; quedando su cuerpo manchado á vetas de un color violáceo y mereciendo á los facultativos de Tournon igual concepto de envenenado que á los de Valencé.

La noticia de su fallecimiento ahogó en su intensidad las crueles impresiones de Francisco, que casi simultáneamente, recibió nuevas de las derrotas de Montejan y Boissy con seiscientos hombres de armas en Brignoles, y la pérdida de Guisa. El dolor mas agudo hirió el corazon del Rey; idólatra de su primogénito en quien veia reproducidas sus mejores cualidades con virtudes y prendas dignas de admiracion; orgulloso del patrimonio de felicidad que dejaba á la Francia en el Principe de condicion mas noble del Continente; vinculada toda su ternura en el único hijo que no alardeaba descaradamente una prematura corrupcion; de un golpe se veia privado del objeto de su predileccion en la tierra; del asunto de sus ensueños de gloria futura y póstuma, agradecida memoria; del modelo edificante que escitaba con sus rasgos las mejores

disposiciones de su ánimo real. Aquel dolor no pudo exhalarse en gritos desgarradores; en lágrimas abrasadoras; en profundos gé-
midos; en exclamaciones desesperadas. Dolor de muerte tuvo la
inmovilidad del cadáver; el hielo de los mármoles funerarios y el
silencio de los Sepulcros. Una semana permaneció Francisco abis-
mado en la insensibilidad, de todo punto extraño á la vida este-
rior; parecia metamorfoseado en estatua salina como la muger de
Lot en las antiguas escrituras; convertido en estatua de piedra co-
mo la Niobe de la fábula pagana.

Un pensamiento terrible le despertó de su letárgica modorra: se le habia noticiado simultáneamente la defuncion del malhadado Delfin y la prision del Sumiller de su Cava, acusado por el Capi-
tan Chasse-loup de haber envenenado á su Alteza. La sed de ven-
ganza reanimó los abatidos espíritus del soberano.

Enrique de Maricourt recibió la orden de remitir con la mayor
urjencia, y fuertemente escoltado al reo de la comenzada causa y
por los términos, en que estaba redactado el mandato comprendió
la rabia vengativa de Francisco y el trájico final que aguardaba al
conde de Montecuculi. Contra los fueros de la hidalguía, el Monar-
ca previno que el acusado fuese cargado de cadenas; rigor que Se-
bastian no repugnara, contentándose con decir como Ricardo co-
razon de Leon «me càrgan cuanto hierro puedo mover.» La mas
estrecha comunicacion, el alojamiento en calabozos seguros, el
alimento de los últimos penados, todos los antecedentes de una se-
veridad inflexible, en una palabra iban determinando el porvenir
al reo. Sebastian salió de Valence á mugeriegas sobre una mula
que apenas podia marchar bajo el peso de los hierros que abruma-
ban al Conde, entre las filas de un tercio de hombres de armas;
llevando á sus costados á dos oficiales, espada en mano atentos
á todos sus gestos, espiándole pertinazmente; sin que nadie le diri-
giese la palabra; leyendo en todas las miradas el desprecio ú el
horror. Trató de romper el silencio y dirigiéndose tímidamente al
comandante de la escolta le preguntó: ¿qué sitio es este?

—Os declaro (contestó el oficial con acritud) que á la segunda
vez que profirais una palabra tengo formal orden de poneros una
mordaza.

El Conde bajó la cabeza y dos gruesas lágrimas se deslizaron
de sus ojos, descendiendo lentamente por sus pálidas mejillas.

Catalina, murmuró con tétrico abatimiento, y un hondo suspiro se exhaló de su pecho comprimido.

Llegó á Lyon el reo y se mantuvo entre las cuatro espesas paredes de un subterráneo calabozo mientras se disponia lo conducente á la formacion de su proceso.

Cuando se le hizo comparecer ante sus Jueces negó con obstinacion cuantos cargos le formulaban, y ni amenazas ni promesas le arrancaron una frase distinta del *no* con que respondiera á todas las inquisitivas y mañosas interrogaciones. En estas circunstancias fue preciso recurrir al tormento.

El tormento que nuestro Alonso X el sábio define diciendo: *ser una manera de prueba que fallaron los que fueron amadores de la justicia para escodriñar é saber la verdad por el de los malos fechos que se facen encubiertamente é non pueden ser sabidos, nin probados de otra manera.* Es cierto que las leyes de todos los paises esceptuaban de la tortura á los hijos-dalgos y hombres de pró; pero no es menos positivo que secundando el espíritu de la formidable ley de lesa-magestad de Julio Cesar, tratándose del crimen de ofensa á la soberanía cesaba toda exencion; suspendiáanse todas las condiciones de regularidad, y una estraordinaria práctica venia á sustituir las normales formas del juicio. En efecto, inútilmente el piadoso ilustrado Emperador Justiniano abolió la servidumbre de la pena y su consecuencia la odiosa confiscacion; el reo de lesa-magestad y alta traicion perdia sus bienes á favor del fisco; legaba el oprobio de una ley infamatoria á su familia, y sus hijos quedaban escluidos de la herencia de sus parientes y de los estraños y sin opeion á dignidad alguna; pudiendo las hijas gozar de los patrimonios de sus abuelos maternos; porque el estado no tenia que temer de su venganza, como escriben los comentadores antiguos. La casa del reo se reducía á escombros y en el arca erigiáse una columna, padron perpétuo de la maldad; baldon perénne de una familia.

En cuanto á las formas del juicio nada mas atroz: los festigos reputados inhábiles eran válidos en estos casos: el menor, la mujer, el infame, hasta el demente en cierto grado de locura, eran llamados á deponer. El siervo que en causa de su Señor no podia ser atormentado se sujetaba á la terrible prueba de los dolores. No se permitian al acusado los medios defensivos: ni personero ni

abogado; ni recusar al Juez mas sospechoso; ni apelar de la sentencia mas notoriamente injusta.

Respecto á la crudeza de la ley estremece su lectura: eran reputados cómplices de lesa-magestad y traicion los que sabiendo el proyecto y aun pudiéndolo sospechar no diesen cuenta á los magistrados. No esceptuaban vínculos de ninguna especie: el hijo era compelido á denuncia al autor de sus dias; la esposa al consorte; el amigo á su amigo; el hermano á su hermano.

La pena era correspondiente á tan crueles preliminares, y habiendo añadido á ley Julia sus decretos sañudos los Emperadores Arcadio y Honorio, los comentarios mas apasionados á la jurisprudencia romana, llamaron á la ley de lesa-magestad *código de sangre*. En el siglo xvi á pesar de los esfuerzos de los pueblos mas cultos por sustraerse á la legislación romana y regirse por leyes propias y en armonia con sus peculiares costumbres, Roma vivia en el continente por sus monumentos legislativos y hasta las actuaciones se redactaban en latin. Contrayéndonos á España en 1827. Don Juan II publicó una ley en Toro prohibiendo á los abogados, sopena de privacion de oficio, alegar opinion, decision, autoridad, ni glosa de comentador alguno, asi lejista como canonista; ley que se estrelló contra la opinion de los juris-consultos, que desdeñando el patrio derecho, bebian en las fuentes del romano las sutilezas y cabilosidades de los anotadores y glosistas. Los reyes católicos tratando de atajar el desorden de una curia aferrada á la vetusta tradicion y antipática al propio régimen civil, publicaron las *Reales Ordenanzas*, obra de Alonso Diaz de Montalvo; medida tan ineficaz como la de 1427; puesto que la escelsa Doña Isabel pidió á Don Fernando en el codicilo otorgado en Medina la promulgacion de leyes que acabasen con las tradiciones romanas en nuestro foro. Don Felipe II publicó la recopilacion nueva, pero en 1713 vemos al consejo en auto acordado, que los letrados y Jueces se atengan al estudio de las leyes pátrias; prueba de la inutilidad de tantos y tan repetidos conatos por desterrar de nuestros tribunales los hábitos perniciosos de la romani-manía. En resúmen el *jus-romanum* estaba encarnado en las justicias del Siglo xvi y los rigores imperatorios con los reos, *perductionis et lese majestatis in specie*, se admitian como doctrina en vigor, agregando aun ferocidades á las establecidas por los tres Césares. En España el reo de lesa-

magestad se penaba con la muerte, siguiendo la ley romana en cuanto á infamia, confiscacion, inhabilitacion absoluta perpétua de los descendientes varones para cargos, dignidades y demás procedimientos espuestos. En Alemania se dividia en cuatro partes. En Inglaterra despues de la esposicion en la argolla, estrayéndole el corazon y los intestinos se les descuartizaba. En Francia era despedazado por cuatro caballos salvajes.

En cuanto á los géneros de tormentos eran infinitos, segun la índole de las naciones y su mayor ó menor propension á la crueldad. Los principales eran la *verberatio* ó azotes, *crurifragio*, ó quebrantamiento de piernas ó la cuña cual se llamaba en Francia; el potro: la rueda; la carretilla candente (rótula ígnea) y la garrucha (*torchlea*), que describe la sétima partida diciendo que consiste *en colgar al Ome que quieren tormentar de los brazos cargándole las espaldas é las piernas de torigas ó de otra cosa pesada*.

Reservado estaba al santo oficio enriquecer el catálogo de los tormentos con una inagotable profusion de mecanismos á cual mas hórridos, recopilados por Llorente en sus anales para asombro de las generaciones futuras. Sebastian de Montecuculi aguardaba el momento de comparecer ante sus jueces en una antesala de la cámara de justicia.

El Conde no se figuraba que le deparasen la tortura antes de la ejecucion; mucho mas cuando en cuatro comparencias que llevaba se redujeron á tentativas infructuosas para estimularle á declarar; á solicitudes vanas para moverle á la espontaneidad bajo la promesa de indulto; á preguntas captiosas; á conminaciones terribles; pero nunca se le mencionó el tormento y á fuer de extranjero el Sumiller no sabia la escepcion de toda exencion foral tratándose del erimen que se le imputaba. Habia oido decir que no se torturaba á los nobles y no sabia que todo privilegio cesaba ante el delito de lesa-magestad.

La perspectiva de la muerte no arredraba al Conde. Su naturaleza absorbida por completo en el amor de Catalina no repugnaba la idea de los finales dolores y por una escitacion frenética de aquel amor tiránico desde que se hallaba al borde del precipicio su pasion crecia en intensidad y aceptaba su destino como su martirio el creyente. Pálido pero sereno, Sebastian estaba recostado en una

especie de canapé de junco, la mirada fija en el suelo, enteramente embebido en profunda meditacion.

Abrióse la puerta sin causar ruido alguno y penetró en la estancia un hombre en trage de vigolero ó mozo del verdugo, vestido de sayas negras y cubiertos la cabeza y rostro con un capirote, eñado el velillo. El incógnito fuese acercando al reo con tanta lentitud que sus pisadas no resonaron, y ya situado ante él fue preciso que le tocase en el hombro para que saliera de su abstraimiento, Sébastian miró con estraneza recelosa al singular personaje.

—¿Qué se os ofrece? le preguntó entre sorprendido y hosco.

—Servir á Vuescelencia, contestó el del fúnebre capuz.

—Esa voz, exclamó el Conde con animacion súbita. Destapad el rostro y veamos, replicó Montecuculi movido por un sentimiento de desconfianza.

—Sea como quiere Vueccclencia, respondió el vigolero.

—¡Genaro! gritó Sebastian reconociendo con alborozo á su escudero Salicetti, bendito seas por tu fidelidad.

—El mismo, Señor. Es un deber, y cumplir con un deber no tiene mérito.

—Ese disfraz...

—Se me busca con todo empeño en Valencé y las órdenes mas positivas de su Alteza Real ponen á todas las justicias en movimiento en la pesquisitoria de mi humilde individuo.

—¿Y por qué? ¿para qué?

—Por que soy reconocido como criado predilecto de Vuescelencia, y para que cante como un ruisenor, suspendido de la garrucha, en vuestra causa, y como el último punto donde se me creará es cabalmente aquí y en ninguna parte mas seguro que donde no se me crea.

—Es cierto... mas ese trage...

—Es de Ayudante del verdugo.

El Conde se estremeció.

—Maese Sabino es un viviente que por doce libras vence toda clase de escrúpulos. Soy su vecino y el único de sus vecinos que no ha tenido reparo en convidarle á comer y destripar media docena de botellas manó á manó y como franco camarada.

—Prosigue.

—Le he pillado el giro de sus ideas y en cuatro dias me hallo

en posesion de su espiritu como un diablo en la del energúmeno, y á fuerza de instancias y escudos y conseguido que me introduca á presenciar vuestro tormento como veis y en cumplimiento de su oferta, heme aquí trasmutado en Oficial atormentador y merced á cincuenta libras soy dueño de un cuarto de hora para recibir vuestras finales comisiones.

Montecuculi enjugó el sudor de la angustia que corria copioso por su frente.

—¿Qué suerte me espera? interrogó con voz ronca. ¿Qué pienso hacer de mí?

Genaro bajó los ojos y no se resolvía á contestar.

—Habla, te digo.

—Hoy someteros á la tortura; mañana... podeis comprenderlo.

—¡Lo tortura á un caballero!

—Es crimen de alta traicion, (repuso Genaro con acento sombrero.) No se guardan privilegios con tales acusados.

—Cúmplase la voluntad de Dios, exclamó el Conde dando á esta frase, no el sentido de resignacion cristiana que encierra, sino la entonacion sarcástica del précito.

—Estan preparando la garrucha para vos (dijo Salicetti), y sino basta esta prueba, recurrirán á la carretilla candente. Os advierto que el Presidente del Tribunal ha recibido un pliego del Secretario de Estado, en que se le previene compeleros á declarar con sujecion á la preguntas que en su comunicacion incluye.

—¿Y cómo sabes tú...?

—El Presidente lo ha participado al Tribunal en tanto que maese Sabino, yo y otro vigolero arreglábamos la máquina, yo las retuve perfectamente.

—Veamos ¿y qué deben preguntarme?

—En primer lugar si conoceis á los generales de Carlos V Antonio de Leiva, y Fernando Gonzaga. Despues si habeis tenido entrevistas con algun mensajero español, comisionado por los sobredichos generales y que se decia autorizado por el Emperador. Luego si este mensajero fue Don Hernando de Balboa y Villena, enviado extraordinario cerca de su Alteza cristianísima. En seguida si se os prometió un Principado en Italia por semejante servicio. Y por último si se os suministró el tósigo por conducto del antedicho mensajero

—Comprendo toda la intencion de esas preguntas.

—Cuando el Tabelion acabó de leer el interrogatorio el Presidente, sobrino del Canciller Duprat, llamó la atencion de los magistrados con respecto al encabezamiento del mismo que decia: *Preguntas por las que única y empeñadamente será explorado el reo con exclusion de toda otra; desatendiendo toda explicacion en diferente sentido y procurando por cuantos medios alcance el Tribunal que sean positivamente contestadas.*

—Está bien, replicó Montecuculi con sardónica sonrisa). Se pretende denigrar á los ojos de Europa al Capitan enemigo de Francisco I. No se hallan en su conducta bajezas que echarle en rostro y se confeccionan mañosamente.

—Y vos, Señor. ¿Qué pensais decir? ¿No os proclamareis inocente?

—Callar, Genaro. El silencio es la ley de mi destino. Sé sufrir, y en último caso, si no pudiese tolerar las torturas, mis dientes son afilados y de un engaste duro; me cortaré la lengua y la escupiré á la cara de mis jueces. Y escucha, Genaro, (repuso Sebastian con inspiracion repentina; y mirando de hito en hito á su escudero.) ¿Serias capaz de prestarme ese capúz y ese capirote para evadirme?

—Sin duda, Señor, pero fuera en valde.

—¿Y por qué?

—Cuando llegué á la puerta de esta cámara el centinela me detuvo. Como yo sé por maese Sabino que los ayudantes del ejecutor salen y entran libremente por todas las habitaciones de la cárcel, me sorprendió sobre manera tal proceder. Soy vigolero, le dije. Vigolero ó diablo, (me contestó secamente) levántate el velillo y que te se vea la cara. Obedecí y me concedió el paso diciéndome. Asi lo manda la consigna; no sea que con esos sayales y ese capirote vuele el pájaro que guarda esa jaula.

—Montecuculi reflexionó. Genaro, (tornó á decir con resolucion vigorosa) ¿Te mantienes en la fe que me juraste en las prisiones de Ferrara? Tienes reparo en morir conmigo, si yo te exijo tu compañía en el suplicio que me espera?

—Yo creí que viviendo podia servirlos de algo, dijo Salicetti palideciendo.

—¿Y si asi no fuese? ¿Te resuelves á perecer conmigo?

—Me resuelvo, disponed de mí, Señor.

—¿Serías capaz de ir á denunciarte á los magistrados como el criado mío, que tanto buscan en Valencé?

—En cuanto lo mandeis.

—Siéntate y aguarda que vengan en busca mía para declararte por mi sirviente de íntima confianza.

El escudero obedeció: estaba pálido pero dignamente tranquilo.

—Bien, Genaro, (esclamó el Conde enternecido,) basta de prueba: eres digno de mi confianza absoluta: no quiero arrastrarte al abismo que me preparan, tu vida necesito para evacuar una comision de importancia suma.

—Hablad, Señor.

—¿Qué pensabas hacer despues de mi desgraciado fin?

—Cumplir vuestras órdenes y volver á Italia.

—¡Pobre amigo! Nada me es factible legarte: han confiscado mi patrimonio, y...

—Si me hubiéseis dejado vuestra fortuna la renunciara. Cuando llore vuestra memoria no quiero que sospechen interés en mi leal recuerdo.

—En fin, (replicó el Conde) solo me es dable dejarte una prueba de mi estimacion afectuosa, insignificante por su valor, pero que testifica mi gratitud á tu fidelidad. Ajusta al dedo anular de tu derecha esta sortija de oro, con una esmeralda, regalo de mi amigo Médicis, que valdrá cien escudos escasamente.

—Permitame Vucelencia que rehuse...

—Lo exijo. Lo mando.

—Salicetti admitió el presente.

—Tienes bastante confianza en que Maese Sabino se prestará á tus exigencias? Pero ante todo, ¿qué clase de muerte se me dará? (El escudero quedó pasmado.) Como caballero se me cortará la cabeza. ¿No es así?

—No Señor, tartamudeo Salicetti.

—¿La horca! preguntó Montecuculi con repugnancia ó quemado vivo.

—No, Señor.

—Acabemos, ¿qué suplicio se me reserva?

—Descuartizado por cuatro caballos indómitos, pero Señor, esas preguntas... esa conversacion...

—¿Y los cuartos se esponen en garfios por los caminos. Responde, ¡ira del cielo!

—Se les da sepultura en el fondo de las aguas dentro de un saco.

—¿De suerte que maese Sabino es el instrumento.

—Sin duda.

—Pues en tal supuesto... ¿Tienes dinero, Genaro?

—Como yo era vuestro mayordomo en Valencé tenia trescientos escudos en mi poder y ademas la paga de vuestro destino, cobrada hacia dos dias, cuando fuisteis preso.

—Estás en disposicion de comprar un favor de maese Sabino.

—¿Cuál?

—Que me estraigan el corazon y lo embalsamen.

—Y hecho eso...

—Irás á París... Genaro, el secreto que voy á confiarte es de una especie tal que me estremezco de proferirlo y tan fiel y tan probado como eres, tiemblo de comunicártelo; y en este instante propio se rebela mi conciencia á participarte el misterio de unas relaciones, por las que voy al tormento ahora y mañana al cadalso; sin exhalar una queja.

—Quizás yo sepa donde he de ir con el triste presente; y á quien debo entregarlo, interrumpió Salicetti con ademan significativo.

—Es imposible, replicó severamente el Conde.

—Debo ir al Palacio *des Tournelles*.

—Mas bajo, desventurado, (esclamó Sebastian con terror, y asiendo del brazo á su escudero con violencia.) Y á quién has de entregarlo?

—A quien me indiqueis y lo lleve á Catalina de Médicis, Duquesa de Orleans, respondió Genaro con voz apenas perceptible.

—De suerte que conoces los misteriosos móviles de mi conducta?

—De todo punto; vuestros sueños me lo han indicado.

—¿No ignoras que muero desastradamente?

—Por abrir la puerta del trono á la Duquesa.

—Pues, Genaro, (repuso Sebastian) preséntale á nuestro conocido maese René el químico y dándote á reconocer esa sortija por mi confidente, pronuncia esta frase *Tutto fini*.

—*Tutto fini*, (repitió Salicetti) esto es, todo está concluido. Perded cuidado. No se me olvidará.

—Después le harás entrega de mi corazón embalsamado, y dentro de una caja, con encargo de ponerla en manos de... la Dama negra.

—Que es Catalina de Médicis.

—Catalina de Médicis á quien amo como un insensato.

Tres veces subió Sebastian de Montecuculi hasta la fatal *trochlea* suspendido por los brazos; con dos arrobas colgantes de los piés. Tres veces pasó la carretilla candente por sus espaldas; hincando en sus carnes agudos y abrasadores dientecllos. Solo un grito fue posible arrancarle. Las preguntas del interrogatorio reiteradas innumerables ocasiones recibieron por respuesta un obstinado silencio.

El Presidente mandó redactar las preguntas como afirmativamente contestadas por el reo.

—Señor Duprat, (dijo un Juez) es una falta á la verdad de los hechos, dar por replicadas positivamente esas preguntas.

—Señor Robert, (repuso el Presidente con entereza.) Un adagio muy conocido establece que: *Quien calla otorga*.

CAPITULO VII.

Tal vida tal muerte.

Lyon, esa ciudad opulenta de la Francia meridional, cuyos fastos memoran tantas proezas, es teatro de un raro y sangriento espectáculo: una ejecucion por crimen de lesa-magestad y traicion de Estado, cuyos detalles corren de boca en boca, escuchados con terror y repetidos con asombro. El Emperador Carlos V (dicen los moradores de la Capital del Leonesado) tratando de saciar sus enconados resentimientos contra la Magestad Cristianísima, no ha tenido reparo en recurrir á la inicua trama contra la vida de Monseñor, el heredero de la Corona. Antonio de Leiva y el Marqués del Vasto, sirviendo de instrumentos á la negra combinacion; comisionaron á Don Hernando de Balboa y Villena para buscar un servi-

dor del real primogénito, bastante infame para prestarse á las miras del Soberano español. Sebastian, Conde de Montecuculi, Sumiller de la cava de su Alteza, fue tentado por la ambicion: en premio de su perfidia se le ofreció un principado en Italia y los favores de la Cesárea Magestad. El crimen fue consumado desgraciadamente; pero una circunstancia providencial puso á la justicia en el rastro del horrible delito, y sometido á la tortura el culpable, despues de resistir á los primeros dolores, cedió declarando los antecedentes recónditos de su espantosa malfetría. Por tanto, con arreglo á las leyes francesas, el envenenador del mal aventurado Delfin debe ser sujeto por brazos y piernas á cuatro caballos indómitos que al lanzarse en opuestas direcciones, asustados por súbita detonacion, heridos por el látigo de alambre, despedazarán al infeliz.

Tales son las noticias de los pobladores de Lyon que las transmiten á todos los puntos de la Francia, como fidedignas; consiguiendo los servidores de Francisco I la circulacion de especies tan denigrantes para el adversario de su monarca; autorizadas merced á la prostitucion de la fe judicial, y fáciles de creer á un vulgo miope, asequible á patrañas que escrupuliza en dar asenso á lo dudable sin multiplicados testimonios, al paso que acepta el vituperio, y la difamacion, erigiendo en datos irrefragables sus cálculos gratuitos y convirtiendo sus sospechas en pruebas robustas. Estramuros de Lyon existia una dilatada pradera, escogida para escenario de la cruenta catástrofe.

En medio de aquel sitio se erigió un tablado como de dos varas en cuadro, del que salian ocho barandillas de hierro; dos de cada ángulo en forma de calle estrecha al principio y ancha mas adelante: estas barandillas se prolongaban poco mas de cinco cuerpos de caballo. Suspendida de un grueso alambre que pasaba entre dos pértigas paralelas se divisaba una rueda pirotécnica.

Cuatro ayudantes del verdugo armados de látigos de cadenilla férrea ocupaban los ángulos del tabladillo. Estrechados por el espacio reducido de las barandillas hácia su arranque del patíbulo; contenidos por una barra delantera y otra posterior, cuatro caballos salvajes, negros como cielo sin estrellas, relinchan con espanto. Un cordon de Lansquenetes, hombres de armas y tercios de esguizaros, contienen á la multitud á larga distancia del cadalso.

Ocho soldados de caballería ligera en parejas de dos tienen encargo de parar los caballos salvajes antes de que puedan llegar al círculo formado por la tropa tras la que se apiña un concurso ansioso de asistir al tremendo espectáculo. Cuatro ministros de justicia permanecen entre los espacios de las barandillas. El verdugo vestido de encarnado, con la chapa de las tres lises al pecho y una tea sujeta al hierro de una lanza, aguarda el momento de prender fuego á la rueda de pólvora con el fin de espantar á los feroces cuadrúpedos. Todas las miradas se dirigen á una torrecilla enrejada, construida en un baluarte de las fortificaciones cercanas de Lyon. Allí es donde Francisco de Valois ha determinado instalarse con objeto de satisfacer sus furores con la perspectiva de su cruel venganza. Allí es donde mucho antes de la hora prefijada ha venido en alas de su desapiadado anhelo.

Sin alcanzar á reprimir los ímpetus de su irritacion, Francisco ha llamado repetidas veces á su Secretario; ya para preguntarle por qué se retarda la venida del reo ya para darle orden de acelerar el momento de horror.

La vez postrera que acudió el Secretario á su llamada, el Rey parecia atacado de un acceso de delirio furioso.

—Ha sonado la hora, (esclamó cerrando convulsivamente los puños y livido el color.) A esta fecha debia perecer precisamente, y aun vive ese mónstruo... Id sin perder momento, Leblanc... id á notificar de mi parte al oficial de la escolta, que sufrirá un día de castillo por cada segundo que tarde en llegar ese maldito...

La gritería tumultuosa de la plebe, interrumpió esta airada comunicacion régia. Francisco se avalanzó á la ventanilla de la torre, que daba frente á la pradera. Una especie de rugido arredrador salió de sus fauces.

—Allí está; (clamó trémulo de emocion) allí le traen por fin. Allí viene (continuó el Monarca con escitacion loca). ¡Cobarde! Sostenido por dos ministros, la barba sobre el pecho, con vacilante paso; cerrados los ojos... Soltadle, Señores (prosiguió cada vez mas embebido en la contemplacion de aquella escena; creyendo salvadas las distancias; figurándose al alcance de su voz á los que sostenian al abatido Sebastian.) Soltadle y que todos le vean caer abrumado por el miedo...

El Secretario avanzó algunos pasos mas.

—¡Otra detencion! (gritó Francisco apretando los dientes.) Esto es burlarse descaradamente de mis órdenes. Un Sacerdote se le acerca y parece invitarle á la reconciliacion.

—No ha querido recibir los socorros espirituales, dijo el Secretario con tono contristado.

—Nada importa, (repuso el Rey.) Acabemos, Padre. No admite vuestros oficios y en ello hace bien, Tal vida, tal muerte: vida de malvado; muerte de réprobo. ¡Asi...! ¡bien! En marcha hácia el cadalso... ¡Oh, qué marcha tan lenta!

—Señor, dijo el Secretario timidamente.

Francisco se volvió á él con precipitacion iracunda.

—¿Qué hacéis aquí? le preguntó con tono destemplado y la vista inflamada.

—Señor, vuestra Alteza me... se digno llamarme... y...

—Ya no os necesito. Idos y guardaos de espiar mis acciones...

—Señor, (repuso consternado el pobre *minister á Secretis.*) Si vuestra Alteza no se hubiera servido...

—Idos, (interrumpió el rey) y cuidad que nadie, bajo ningun pretexto entre á perturbar mi atencion.

El Secretario saludó con inclinacion reverente, retirándose presuroso; interiormente apostrofando al violento Monarca.

—Francisco se puso á la ventana, en observacion atenta de cuanto pasaba en la dilatada llanura que á su frente se estendia en interesante panorama.

Notó con satisfaccion inmensa que un sentimiento de antipatia se pintaba en todos los rostros de seguir con ansiosa vista la direccion del reo.

—Por fin; héle allí, al maldecido de Dios y de los hombres, dijo el Soberano con inesplicable espresion de infernal júbilo.

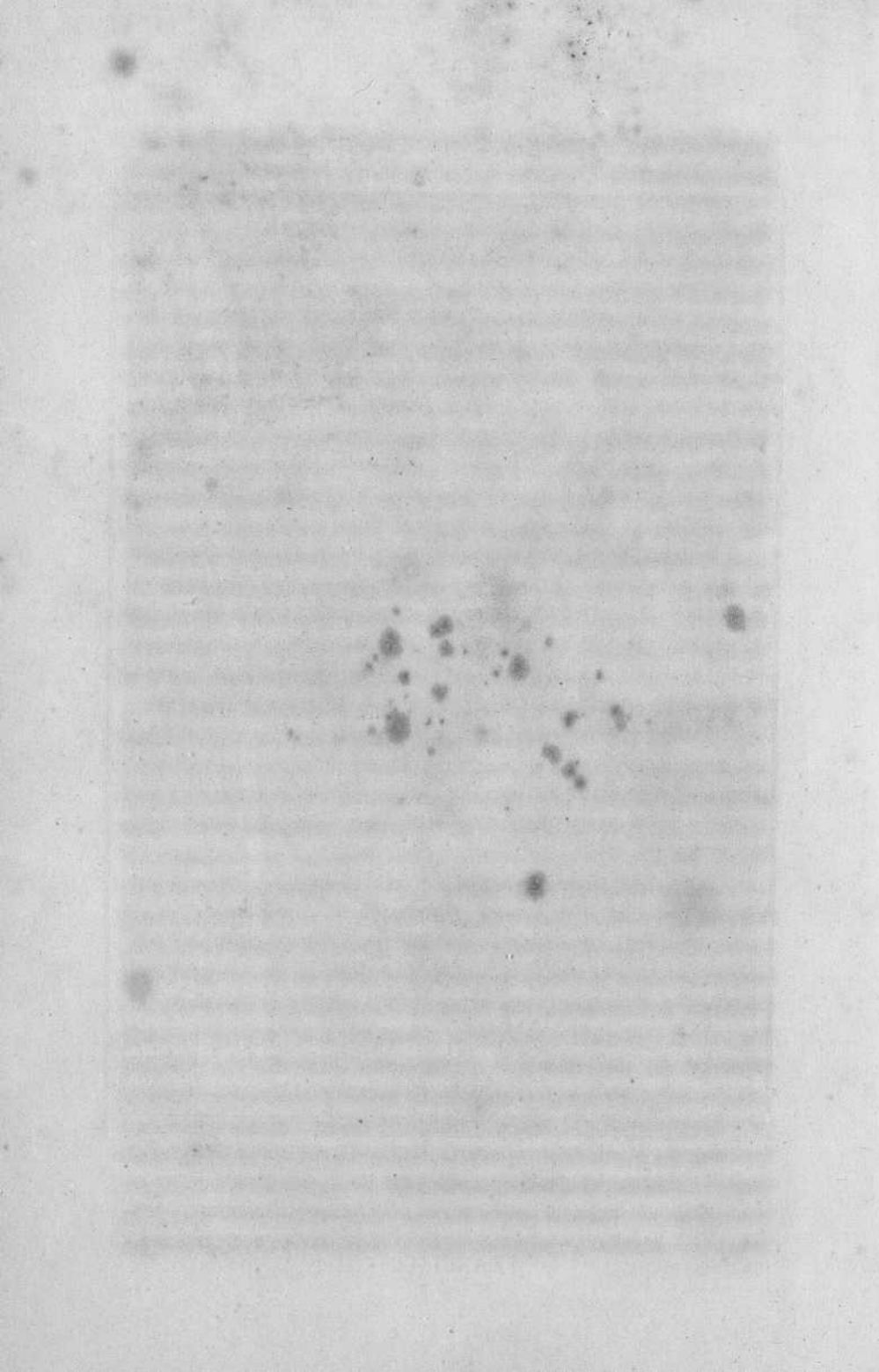
Sebastian fué despojado del manto negro que le envolvía; quedando al descubierto sus brazos y piernas; vestido de una especie de tejido de algodón blanco, que cinéndose en rigoroso ajuste á su cuerpo, descendia del cuello, en imitacion de la figura, hasta la parte media de sus muslos. Los vigoleros tendieron al Conde sobre el tablado como una masa inerte; colocando sus manos y pies en forma de aspas, en direccion á los cuatro ángulos de la tarima. Montecuculi permanecia con los ojos cerrados; sin hacer un movimiento, como un cadáver. Los sayones levantaron sus bra-



Bande lit

Li. de dragón.

FRANCISCO 1.º



zos y piernas para asegurar sus heladas estremidades con espesas argollas... Al asir sus miembros los ejecutores, se les veia en la rigidez de la muerte: al soltarlos caian á plomo cual abandonados por los espíritus de vitalidad.

—¡Rayo del cielo! (murmuró rabioso Francisco) ¡Habrá espirado ese miserable!

Los caballos salvajes se estremecieron, dando furiosos bramidos, y agitándose desesperados entre las barras, en la impotencia de su indómito brio. Habian sentido la mano del hombre sobre sus lomos nunca palpados, y despues por complemento de este signo de su esclavitud primera, el roce de gruesos correones, que apoyándose en sus pechos musculosos iban á engancharse por medio de garfios de hierro á las argollas, que oprimian los puños y tobillos del reo.

Sebastian recibió una fuerte sacudida sobre su lecho de tablas al contenido empuje de los caballos. Abrió los ojos con pavor, y logrando incorporarse un tanto, dirigió la vista en torno suyo con indescriptible angustia. Los vigoleros habianse situado á los cuatro estremos de la tarima, y mientras los unos disponian desembarazar á los cuadrúpedos de la barra posterior, los otros tenian preparada la separacion de la delantera.

Maese Sabino soplabá la tea, en acecho de la señal. Al incorporarse Montecuculi, Maese, con la gravedad digna de un ejecutor de alta justicia, asióle por los cabellos haciéndole yacer en la postura primitiva.

—Vive, vive, gritó Francisco en el transporte de un alborozo satánico, mirando reanimado al asesino de su primogénito.

El sacerdote que antes brindara al Ferrarés sus auxilios, tornó á ofrecerle los tesoros de finales consuelos de nuestra religion sacrosanta. El Conde le rechazó con un gesto de condenado. El Preboste ondeó su blanco pañuelo, en signo de atencion, á los ejecutores de la cruda sentencia. Las barras traseras fueron retiradas. Los caballos sintiendo el alivio de su detencion rigurosa, retrocedieron sacudiendo sus crines y levantando sus cabezas en ávida exploracion del espacio. Trataron de salvar la valla antepuesta á su paso, y solo consiguieron estrellarse en inútil tentativa contra la férrea palanca. Una segunda señal hizo á Maese levantar la mecha fija en su lanza hasta prender fuego á la ígnea rueda pendien-

te del alambre. Cuatro vigileros enarbolaron sus látigos. Los demás echaron mano á las barras.

Montecuculi dió un grito, que en el silencio terrorífico del concurso resonó desgarrador; espresion de los instintos de vida, que helara de espanto los corazones. Francisco adivinó aquel grito de agonía.

—Muere, précito, muere, clamó desesperado.

Tronó la pirotécnica rueda, girando entre humo y raudales de fuego: silbaron las cadenillas de hierro, hiriendo las ancas de los caballos salvajes: desapareció el valladar que obstruía el camino de aquellos fieros brutos: apenas pudo distinguirse un objeto blanco, sacudido un momento en el vacío, y que se perdió de vista de repente.... La ley de los hombres quedaba cumplida.

Refiere la historia del Emperador Augusto que habiendo perdido en la batalla de Lippe, contra los pueblos germánicos la flor de su ejército á las órdenes del imperito Varo, se entregó á la desesperación mas vehemente, esclamando con furor: «*Varo, Varo, ¿qué has hecho de mis legiones?*»

Figúrese el lector con qué gesto, con qué ademán, con qué tono gritaria Francisco I de Francia: «*Sebastian, ¿qué has hecho de mi hijo?*»

Catalina de Médicis ha venido como de costumbre al laboratorio de Maese René, bien entrada la noche, en su litera negra; escoltada por dos matones del puente de San Miguel al servicio de Garioto, el ministro de sus venganzas secretas; establecido con hostería en las inmediaciones del palacio de Justicia. Los dependientes de Maese Gariotto reciben orden de apostarse á ciertos sitios hasta que vean venir la litera con dos faroles, y acompañarla respetuosamente hasta dárseles mandato en contrario. Aquellos famosos perdona-vidas conocen entre sí á la Duquesa de Orleans con el seudónimo de la Dama Negra, y cada uno recibe en galardón un escudo por la celosa escolta.

Ya dispuesta á retirarse Catalina, despues de su recatada consulta, y provista de específicos, espresamente laborados para su tocador, Maese René sacó de un cajon secreto de su cómoda cierta caja, que alargó respetuosamente á su protectora.

—¿Qué es eso? preguntó la Duquesa con curiosidad.

—El último obsequio de un pobre amigo (contestó René con acento melancólico), el corazón de Sebastian de Montecuculi.

Catalina se apoderó de la caja: la abrió con calma inalterable y examinó sin conmocion alguna aquel corazón, que con tanta fé latió por ella.

—Bien embalsamado está, repuso impávida, devolviéndole al florentino.

—¿No le conserva V. A.? interrogó René.



—No; me sobra para recuerdo del Conde con la corona del Delfinado. Pero y el portador de ese presente, ¿quién es?

—Genaro Salicetti, criado de confianza del difunto.

—Le dirás que á las ánimas esté sin falta en la hostería de Maese Gariotto con la señal de *Dama negra*.

—Señora, (repuso el perfumista con interés). Advertió á V. A. que ese hombre se propone salir para siempre de Francia.

—No importa, (respondió la sobrina de Clemente VII con ironía). Es mejor que salga del mundo. Hay secretos, René, que son la muerte de quien los conoce, y este es uno de ellos.

CAPITULO VIII.

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

El pro-capellan del ejército cesáreo acaba de administrar el Viático á un moribundo: Antonio de Leiva, famoso capitán español, príncipe de Ascoli y Amonza; predilecto de Leon X, en la guerra de Lombardía contra los franceses; defensor insigne de Pavia en el cerco mandado por Francisco de Valois; preclaro vencedor de Sforzia y terror de Lautrech; caudillo de la liga Pontificia, Imperial y Veneciana; gobernador esforzado de Milan, y gefe del Consejo de generales en la invasion de la Francia, impedido por la gota está próximo á perecer.

Leiva se acusaba de las catástrofes que sobrevinieron por la irrupcion en los Estados de Francisco, tan aconsejada por él. Conocía lo desacertado del proyecto. Leiva se arrepentía de su orgulloso engreimiento en la próspera fortuna, doliéndose de la vanidosa altivez de sus aspiraciones; de su credulidad en los ambiciosos vaticinios.

El César con todo el lucido estado mayor de sus generales asistió al acto solemne de recibir la Magestad divina el decano de sus bizarros lugar-tenientes.

Terminada la ceremonia augusta, Carlos V estrechó la mano helada y trémula del bravo D. Antonio, que empezaba á perder los sentidos, y salió de la tienda del agonizante, limpiando disimuladamente las lágrimas que arrasaban sus ojos. El marqués del Vasto, Don Hernando de Balboa, el Príncipe de Astolphi, y otros próceres siguieron al Emperador, hasta su tienda, penetrando en ella á una invitacion del gefe feudal europeo.

D. Carlos tomó asiento, con ademan de fatiga.

—¡Pobre Leiva! (esclamó con acento dolorido). Por prolongar su existencia daría la mitad de mis dominios. Perdemos una co-

lumna del trono; un tipo de la grandeza de nuestra edad. ¡Misero Don Antonio.

—Señor, la muerte es mas dura para quien la presencia, que para quien la sufre, observó el Duque de Alba.

—Don Fadrique, (replicó el sucesor de los Reyes Católicos melancólicamente) me traeis á la memoria una estancia de mi buen trovador, Valerio de San Medardo, tambien difunto. Ambos son objeto de mi dolorosa memoracion: el uno dolor de ayer; el otro pesar de mañana.

—Animo, Señor, repuso el Conde de Benavente.

—Nuestra prueba es algo prolongada, respondió el Monarca con triste sonrisa.

—Tras unos tiempos vienen otros, reflexionó Mosen de Sislan.

—Marqués, (dijo Cárlos V, dirigiéndose al de Aguilar con instancia afectuosa). Tened la complacencia de avisar á nuestro digno médico Andrés Vesalio, que de tiempo en tiempo, nos envíe un escudero á darnos cuenta del estado de Leiva.

Aguilar salió á cumplir la órden.

Mucho se retardan las comunicaciones de nuestros secretos corresponsales, (esclamó el Emperador con muestras de viva inquietud. Tal vez hayan sorprendido algun pliego, y esto retraiga á nuestros amigos de escribir; ó quizá redoblándose la vigilancia no sea factible que la correspondencia traspase las líneas.

—Es una fatalidad cualquiera de las dos circunstancias, añadió el del Vasto.

—Estamos alarmados con esto, (continuó la cesárea magestad.) Existen en el campo francés, prisioneros, cuya suerte nos inspira crueles zozobras. Don Cárlos de Bruselas, nuestro prohijado, nos tiene en brasas. Los soldados de nuestro adversario, permanecen en una forzada inercia, merced al plan de Anne de Mont-morency, y en esta situacion es de temer el ciego enojo de unas turbas, que pueden cebar sus rencores en los vencidos, privados de luchar con los invasores que los provocan.

—No piense tal V. M. Augusta, (replicó el Duque de Alba) no concibo semejante villanía en nuestros contrarios.

—Plegue á Dios que acerteis, repuso el Soberano con desaliento.

—Señores, no bien espire el pobre Señor Antonio, daremos las

órdenes de retirada: aquí nada se consigue; ese fanfarrón de Francisco de Valois no sale á campaña como había prometido; el invierno se aproxima; las enfermedades crecen; los mantenimientos escasean; nuestros asuntos de Italia se complican; nuestras tropas se desmoralizan en la inacción. Salgamos de aquí; ya que el destino ha querido oponerse á nuestras pretensiones.

—Cada vez me felicito mas de haber aconsejado en contra de la invasion, (dijo el Marqués del Vasto), y si mi parecer hubiera prevalecido, si en lugar de atacar la Francia, hubiésemos arruinado su crédito en Italia, mas prez se consiguiere.

—Mi destino me llamaba aquí Marqués (replicó el Emperador con persuasion intima). Aquí, para desvanecer las quimeras de una ambicion halagada; aquí para escarmiento de la soberbia mundana; aquí para humillar mi corazon al poder que sube y abate los poderes efimeros de la tierra.

—*Secundum voluntatem suam*, concluyó el Padre Sglapiano.

—El secretario Juan Velazquez entró llevando en una batea de plata tres pliegos prolijamente cerrados y traídos como de haber llegado ocultos en faltriqueras disimuladas.

—De Francia interrogó el Rey con avidez.

—De Francia, contestó el secretario.

Los capitanes se retiraron al extremo opuesto de la tienda.

El César abrió con suma ansiedad el primer pliego, y leyó anublándose su rostro, á medida que adelantaba en su lectura.

—Señores, (dijo llamando á sus caudillos, que acudieron precipitadamente.) El Consejo federal helvético nos juega una mala pasada. Veinte mil Esquizaros marchan á incorporarse con el ejército estacionario de Francia, y el Consejo cree cumplir con nosotros, esponiendo que han salido sin licencia de sus magistrados, seducidos por las pingües ofertas de reclutadores misteriosos, y movidos á lástima del duro trance en que se veia nuestro adversario.

—Suizos al fin, (esclamó Mosen de Sistan, perenne enemigo de los Helvecios.) Yo creo que habria suizos para conquistar á Suiza, por un ducado mas del ordinario sueldo.

—Francisco ha salido de Avinon, (prosiguió D. Carlos), pero no para venir á responder á nuestros retos; sino para recibir á los auxiliares, y adelantar luego la línea fortificada hasta el Duranzo, alojándose en Caballon.

—Siempre he tenido la honra de repetir á V. M. que el Rey Cristianísimo no aceptaría el combate, dijo el Marqués del Vasto.

—Sí; (replicó Carlos V con gesto desdenoso). Ruido y nada: grandes palabras y pobres hechos; alardes terribles, y menguadas resultas.

—Fuego fátuo, repuso el Duque de Alba.

—El fuego en que posa la salamandra, su emblema con el mote, *nutrisco et extinguo*.—Concluyó con sardónica sonrisa Carlos de Hapsburgo, y abriendo el segundo pliego se puso á leer, mientras sus interlocutores tornaban á retirarse discretamente, para dejarle en libertad.

De pronto, el César estremadamente pálido, suspendió la lectura, quitóse el birrete y poniéndose de pié dijo á sus caudillos con lúgubre enfonación:

—Señores: Francisco, Delfin de Francia, ha perecido envenenado por un Conde Ferrarés, de su servidumbre.

Una exclamacion de sorpresa dolorosa se escapó de todos los labios. Carlos V añadió con solemne acento:

—Era un jóven de brillantes esperanzas; muy querido de nuestro corazon por sus altas dotes; afecto á nuestras costumbres graves de España; de recta condicion; antipático á las injustas guerras de su padre, y que prometia resucitar los tiempos de Carlos V en el reino de Hugo Capeto. . . . El Señor lo ha dispuesto de otra manera. Paz á sus restos, y una prez en beneficio de su alma.

El Padre Sglapiano recitó la oracion en memoria de los difuntos, y al concluir con el *Requiescat in pace*, el Emperador enternecido, y sus marciales dignatarios con la tristeza pintada en los rostros, contestaron *Amen*, y en el tono del mas fervido religioso deseo.

Volvióse á sentar el César, y los señores comentaron en voz baja la infausta noticia.

Un grito sordo salió de la garganta imperial.

Los próceres tornáronse á él con desasosiego.

La indignacion se reflejaba en la faz augusta con los rasgos característicos de una pasión violenta.

—¿Qué sucede? interrogó el duque de Alba.

—¿Qué pasa? repitió el Conde de Benavente.

—Señores, (esclamó iracundo el Emperador). El asesino de Su Alteza ha dicho en el tormento que cometió el infame atentado por instigacion directa de Antonio de Leiva y Fernando Gonzaga.....

—¡Calumnia! gritó furioso el Marqués del Vasto.

—¡Imputacion villana! clamó D. Hernando de Balboa.

—Se os supone intermediario en el asunto, Don Hernando, dijo el César.

—¡A mí! (repuso Balboa retrocediendo como á la aparicion de una sierpe. ¡A mí el nieto de los Villenas! ¡Yo intermediario de tan monstruosa infamia! ¡Rayo de Dios!

—¡Venganza, señores! ¡Venganza de tan torpe ultraje! prorumpió ciego de ira D. Sancho de Leiva, sobrino del Señor Antonio.

—Sí, venganza, (apoyó el César) porque tambien nos, el nieto de Isabel y Fernando de Castilla y Aragon; de Maximiliano de Borgoña, hemos sido indirectamente acusados, y ese Rey sin fé, y ese caballero sin honor ha publicado un escrito en que propala la calumnia; en que pide justicia al cielo y á los hombres de nuestra supuesta maldad; en que nos entrega á la execracion del orbe como reo de la mas inicua alevosía....

—Nadie lo creerá, dijo con desprecio el Príncipe de Astophi.

—Nadie lo creerá, repitió el Padre Sglapiano.

—Los capitanes del imperio como valientes y nobles son incapaces de traicion; quédese el crimen para la ambicion rastrera; para los cobardes ódios; para la envidia ruin.

—Un manifiesto, Juan Velazquez, (esclamó Don Carlos dirigiéndose al ilustre secretario, un manifiesto en que rebose el honor de la inocencia calumniada; en donde se recuerde el abierto descontento de Enrique, Duque de Orleans, cuando la agregacion de la Bretaña á la corona; las amenazas que se permitiera; la reputacion tenebrosa de Catalina de Médicis; responda una acusacion á otra....

—No olvideis sentar que el delito se busca en el provecho de sus consecuencias (observó el Duque de Alba). Nosotros nada reportamos con la muerte del primogénito real: Enrique y la florentina ganan un trono.

Juan Velazquez saludó retirándose á estender el manifiesto.

Un escudero apareció en la puerta de la tienda y con eco tétrico dijo: «Don Antonio de Leiva acaba de espirar.»

—Id, señores, (esclamó Carlos V con gesto sombrío) id á rendir vuestro doliente tributo al héroe perdido : pronto me reuniré á vosotros.

Los generales salieron pausadamente.

—Id, Padre, (agregó el César encarándose con el Padre Sglapiano) á vos os toca recitar la plegaria por su eterno reposo.

El Emperador solo abrió el tercer pliego y al reconocer la letra dió un grito de alegría. Devoró con ansiosa vista los cortos renglones de aquella correspondencia interesante, y de improviso dejó caer la comunicacion, alzó los brazos con desesperado ademán y esclamando:

—¡Carlos! ¡Carlos! ¡hijo mio! y ocultó entre sus manos crispadas el demudado rostro.

Al cabo de cinco minutos se levantó con impetu brusco : tendió la diestra á un crucifijo próximo, y con acento ronco, y con espresion vehemente clamó:—¡Dios mio! escucha mi maldicion y cúmplela.—«Que Francisco de Valois, que decretó el suplicio de mi hijo, muera devorado por un cáncer sin cura; muerte lenta y de rabiosos dolores.»

CAPITULO XI.

La noticia.

Antonio Magariños de Couto, bizarro hidalgo gallego, acaba de introducir al infante D. Felipe en la cámara imperial.

Es costumbre de Carlos V pasar algunos instantes en compañía de su primogénito todas las mañanas, y la venida de S. A. al cuarto de su escelso padre, sigue á la hora del desayuno y antecede á la del despacho.

El infante D. Felipe, á la sazón de once años, pertenece al tipo de los niños-hombres. No se encuentra en él esa gracia infantil, esa petulancia de los pequeñuelos mimados, ni la vivacidad de la edad primera, ni las muestras de candidéz de la aurora risueña de la vida.

Grave, reposado y modoso, aquel niño impone á los que le rodean tanto como un hombre, porque jamás le han visto enredar

Carlos Quinto.

como muchacho, divertirse ruidosamente ni prescindir de los actos ceremoniosos, manifestando el hastío de la niñez por la sujeción de las fórmulas sociales.

Su padre mismo le trata con cierta circunspección, comprendiendo el privilegiado desarrollo de las facultades de aquella criatura extraordinaria; *niño sin juguetes*, según la frase del Emperador, que leía con afición las crónicas de las edades pasadas, se entretenía en aprender de memoria las comparticiones políticas del mundo, gustaba de los libros ascéticos, soportando las funciones religiosas y cortesanas de mayor duración con la magestad de continente de la etiqueta régia más severa.

D. Felipe vestía de negro, color á que manifestaba predilección suma, y que cuadraba maravillosamente á la seriedad de su aire y al carácter de su fisonomía.

Su cabello corto dejaba descubierta por completo aquella frente angulosa é irregular, en cuyo espacio debían agitarse pronto planes gigantescos, cuyos gérmenes ahogaban los instintos infantiles y convertían al príncipe en varón prematuro.

El rostro de D. Felipe ofrecía vivas reminiscencias de la faz disimulada y peligrosa de Fernando V de Aragón, el Católico, su bisabuelo.

Su talla, contra lo ordinario en las criaturas de inteligencia precóz, que se desenvuelven raquíticamente en lo físico, correspondía al adelanto moral. Cualquiera hubiese creído al infante mayor de los catorce años.

—Acercaos, D. Felipe (dijole la sacra imperial magestad con aparente ceño). Estoy sumamente irritado con vos.

Obedeció S. A. sin dar señales de inquietud por el enojo paterno.

—Me han dicho (continuó el César) que ayer tratásteis con altanería á nuestro primo Infantado.

—¿Ha dicho tal el duque? preguntó D. Felipe con sarcástica intención.

—No os importa quién lo haya dicho.

—Sí tal, Señor (repuso el infante con respetuosa pero firme insistencia); yo he leído que la palabra significa lo que la lengua que la profiere.

—¿Y qué venís á decir con eso?

—Que si criados ó simples hidalgos me acusan, V. M. juzgará un chisme la relacion; pero si el duque me denuncia...

—Lo cierto es, señor mio, que nuestro primo tiene razones mas que suficientes para quejarse de vos.

—No me parece tan cierto, contestó S. A. con un movimiento de negacion posiliva.

—¡Hola, el rapáz! (esclamó Cárlos aparentando un impetu iracundo) ¿Conque pretendéis desmentir un hecho tan público por desgracia? ¿Conque juzgais que una negativa vuestra basta para neutralizar lo que me hayan referido?

—Yo no he mentido jamás, replicó el príncipe con voz perfectamente tranquila, pero palideciendo de interna reprimida cólera.

—Veamos (dijo el emperador mas sereno). ¿Qué sucedió anoche en vuestra cámara?

—Todo lo contaré á V. M.

—Exactamente: como hayan pasado los sucesos.

—¡Lo dudáis, señor! exclamó D. Felipe con muestras de pundonoroso resentimiento.

—No lo dudo, Felipe, no lo dudo; eres hijo mio, respondió el César con paternal bondad, y poseído de ese noble orgullo de raza tan legítimo cuando el presente corresponde á la prez del pasado.

—El duque no simpatiza conmigo...

—¡Oh! pero sois injusto. Infantado es todo un buen caballero, un espléndido señor, de la primera nobleza de este país nobilísimo.

—Sí, mas allivo y lleno de pretensiones...

—Puede sostenerlas mejor que otro alguno.

—Anoche leía yo las memorias del cardenal Jimenez de Cisneros, ese digno ministro de mi bisabuela doña Isabel...

—Adelante, adelante, interrumpió Cárlos V con impaciencia.

El ingrato sucesor de la heroína de Castilla experimentaba remordimientos penosos al recordar el desden con que recompensó los servicios del gran hombre.

No se ocultaba á su conocimiento que la muerte repentina del preclaro varon en Aranda, se creia consecuencia de la fria comunicacion del jóven Cárlos de Gante.

—Como de costumbre (continuó D. Felipe), al final de cada periodo mi buen ayo me detenia para que raciocináramos sobre lo leído. De repente el duque del Infantado aparece en mi cámara...

La órden era terminante... El ugiar de servicio sabe que mientras estudio no gusto de ser interrumpido...

—Es muy justo.

—Era evidente que atropellaba una consigna...

—O que el ugiar no se atrevió á prohibirle la entrada, corrigió Cárlos recalcando la frase.

El infante frunció las cejas, y su labio inferior se ocultó entre los dientes superiores.

—Yo nada le dije sin embargo (prosignió S. A.) Me saludó sin disculparse por su intespestiva llegada, y le correspondí...

—Con estremada frialdad.

—Yo no sé sonreir, señor, replicó el príncipe.

La magestad imperial dudó si esta respuesta encerraba un epigrama á su sonrisa habitual hasta tratando con sus enemigos, ó una alusion á las reconvenciones que solia dirigir á su hijo por su aire de glacial reserva.

—Hablábamos de la institucion de los tercios reales, debida al Cardenal, en sustitucion de las tropas de los señores de horca y cuchillo, pendon y caldera...

—¡Hola, hola! señor historiógrafo, ¿y qué deciais de ese instituto?

—Hablaba mi ayo, señor.

—¿Y qué decia el reverendo padre Hurtado?

—Decia que su eminencia el Cardenal emancipó á sus reyes de la nobleza; porque antes necesitaban reunir veinte pendones para contar con veinte mil soldados; era forzoso conceder lo que pedian infanzones, sin cuyo auxilio no podian lidiar SS. AA., y al postre no era lo mismo guerrear con cuerpos auxiliares, mandados por capitanes que no cedian su derecho ni al rey, que batallar con fuerzas propias, sujetas todas al pensamiento de quien las pone en accion.

—¿Y qué deciais vos, Felipe?

—Decia que su eminencia pudo muy bien aplicarse aquel verso de Horacio: *Exegi monumentum ære perennius*.

—¿Cómo, cómo es eso? interrogó curiosamente Cárlos, á quien inútilmente se esforzó Adriano en enseñar el latin, mientras Guillermo de Croý le instruyó en historia y halagó sus propensiones políticas y militares.

—*Alcé un monumento mas durable que el bronce* (tradujo el infante). Señor, el duque se atrevió á interrumpir la conferencia, tomándose la estraña libertad de decir «que los infanzones ahorra- ban sus tesoros á los príncipes, llevándoles sus vasallos á la guerra.»

—Y entonces vos...

—Entonces yo le miré; pero nada le dije, y seguí leyendo otro rasgo del Cardenal: cuando en 1516 recibió á tres infanzones de Castilla, diputados por la nobleza para el exámen de los poderes en cuya virtud gobernaba por mi bisabuelo D. Fernando..

—Buscásteis apropósito ese rasgo para mortificar al duque, sabiendo que su padre con el almirante de Castilla y el conde de Benavente fueron los que...

—Los que vieron por el balcon los poderes de su eminencia (se apresuró á decir el príncipe con aquella contraccion fisionómica, gesticulación torba que en Felipe equivalia á la sonrisa). Los poderes del Cardenal; soldados en órden de batalla y trenes de artillería.

—El duque os dijo...

—Me dijo: Que hacia muy mal en leer los desaires hechos á la nobleza, sin estar bien enterado de sus servicios, á que debían mis predecesores la corona.

—A lo que vos respondisteis...

—Señalando á la puerta, y diciendo al atrevido: Que ya tenia preceptores, y que no necesitaba de testigos en mis conferencias.

—Mal hecho, muy mal hecho (repuso el Emperador). El duque, si bien no estuvo prudente, tiene disculpa, porque vos heristeis su delicadeza con un recuerdo ingrato.

—Yo no he pretendido sostener que tuve razon, señor. He referido á V. M. el asunto, y aun me falta decir que el reverendo padre Hurtado reprendió la malignidad de mi intento, repitiéndome su tema *mansuetudo virtus regia...*

—¿Que en romance quiere decir?

—*La mansedumbre es virtud real.*

—Perfectamente dicho, mi querido Felipe. Veo con placer que aprovechais las lecciones del padre Hurtado en historia y en latin. ¿Y os agrada el latin?

—¡Lengua soberbia! (esclamó el príncipe). Idioma del primer

pueblo del mundo, que aun barbarizado sirve de forma á los grandes pensamientos de nuestra edad.

—Me congratulo de vuestra aplicacion, Felipe. No descuideis tal estudio. Si yo hubiera seguido los consejos de mi escelente preceptor Adriano de Utrech...

—Adriano VI en la silla de San Pedro, interrumpió el infante con énfasis.

—Si hubiese dominado los rudimentos de la lengua latina, que tan áridos me parecieron siempre, y conseguido penetrarme de su índole y pródigas bellezas, á buen seguro que el dia de mi coronacion imperial no habria pasado por la humillacion de confesar mi erasa ignorancia.

—¡Vos, señor! dijo el príncipe con aire curioso.

—Yo, ¡pardiez! (replicó el soberano con la mas noble ingenuidad). Figuraos, hijo mio, que los embajadores de todas las potencias del continente fueron á felicitar me por mi investidura cesárea.

Los ojos de D. Felipe brillaron como dos llamas eléctricas.

El Emperador siguió diciendo:

—Allí era de ver al embajador de Francia, tan risueño, tan obsequioso, tan rendido ante la magestad que ceñia la corona de Carlo-Magno, tan ambicionada, tan costosa á nuestro hermano Francisco...

El príncipe repitió aquel gesto extraño que en su rostro parodiaba la sonrisa.

—Viérais allí (continuó D. Carlos, cada vez mas dispuesto á la expansion) al cardenal Wolsey, favorito de nuestro hermano Enrique de Inglaterra...

—¡Oh! en cuanto á ese, padre mio (dijo con amarga intencion S. A.) sabe muy bien el latín. Digalo sino su obra de los *siete sacramentos*, que le valió el titulo de *defensor de la fé*, tan bien justificado en 1534.

—Pues todos, todos los embajadores (añadió el César) fueron llegando: *Optime Cæsar*... el uno; *Magnus Imperator*... el otro; *Sacra Majestas*... aquel... Y héteme aquí en la precision de decirles: «Nada de peroracion latina: español, francés, flamenco, italiano y aleman, de todo eso se me alcanza un poco.» Y ya veis, D. Felipe (prosiguió el Emperador), por este medio supo la Euro-

pa que Carlos V de Alemania ignoraba á los diez y nueve años lo que vos tan bien sabeis á los once.

—¡Pluguiera á Dios darme vuestro destino á costa de semejante ignorancia! exclamó D. Felipe suspirando.

—¡Mi destino! (contestó el César con cierto melancólico abandono). Niño, yo ruego al cielo que te lo dé mejor; porque anhelo para tí mas poder y menos gloria, mas seguridad y menos grandeza, mas oro y menos oropeles.

—Señor (respondió el infante con toda la animacion de que era susceptible su continente glacial y pausado eco), ¿habeis leído la fábula de Febo y Faetonte?

—Al menos no la recuerdo, replicó Carlos I encojiéndose de hombros.

—Febo, el Sol, tenia por hijo á Faetonte, habido en Climéne. El ambicioso mancebo alcanzó de su padre regir su carro esplendoroso; y tan mal auriga hizo, que cayó despeñado en el rio Pó...

—Y bien...

—Y bien (replicó S. A.), vos, señor, que sois Febo, el Sol que ilumina al mundo, temeis que yo, Faetonte atrevido, pague la pena de mi codicia loca... recelais que sucumba bajo el enorme peso, si el Atlante descarga sobre mis hombros el cielo que sustenta.

Carlos V sonrió con orgullo. Puso la diestra poderosa sobre la cabeza de aquel niño singular, y le dijo en la efusion de su afecto:

—Estais equivocado, D. Felipe; cuento con vos para concluir muchas cosas que no alcanzo á realizar, porque el Señor me reserva el destino de David y á vos el de Salomon: yo sueño en la grandeza del templo, vos le edificareis.

—Cúmplase la voluntad de Dios, repuso el príncipe con la calma imponente del que acepta las eventualidades de una predestinacion suprema.

—Yo era jóven, demasiado jóven, cuando una doble corona abarcaba mis sienes (prosiguió el nieto de Maximiliano con la triste indolencia del hombre maduro que trae á la memoria los episodios de su primera juventud). ¡Dios sabe qué locos sueños alimentaba! ¡Cuántos proyectos bullian en mi cabeza! Yo queria resucitar los fastos de Alejandro, de César, de Atila, de Alarico, de Carlos el Grande... ¡Delirios!... Dios midió con su vista la enormidad de mi soberbia, y fue harto piadoso en no reproducir en mí el castigo

de Nabucodonosor. Se contentó con equilibrar la balanza, que yo pretendía vencer de mi lado con la presión de uno de mis dedos. La ocasión de los grandes conquistadores me faltó, y el primer paso en la senda de la gloria militar me ha comprometido en una lucha sin descanso, Felipe; lucha que dá laureles salpicados de sangre; lucha que os ciñe una corona de oro por fuera, de hierro candente en lo interior.

D. Felipe, embebido en la plática paternal, tomó asiento en el taburete que Carlos tenía colocado delante de su sillón de madera indiana, esculpurada con proligidad y forrado de terciopelo de Utrech.

—Alejandro, Cesar, Atila, Alarico y Carlo-Magno tuvieron ocasión. El hijo de Filipo de Macedonia logró combatir el gigantesco poder de Dario, poder que declinaba como todo lo humano que alcanza proporciones estremadas. Cayó el coloso, y el Oriente que doblaba el cuello al yugo de un dominador, aceptó la coyunda del vencedor de su dueño. César personificó la fuerza de la disciplina contra las fuerzas brutas: era un hombre diestro y esforzado que abatía los terribles hijos de la naturaleza, pujantes y feroces; pero exhaustos de esa unidad de acción que constituye la fuerza verdadera. Atila encontró pueblos esclavizados y un imperio dividido, destrozado y putrefacto en todos sus miembros: lidió con un déspota prostituido y en la postración de la torpe molición, y con un tropel de siervos, imponiendo la ley á las tribus libres por la falta de cohesión. En Germania hubo un día de liga; los pueblos belicosos, que de aventureras bandas se convertían en temibles ejércitos, se unieron en Chalons, y el Huno prepara una hoguera que como la ponzoña de Annibal, le sustrácese al horror del vencimiento, y abandonó el teatro de su desgraciada campaña. Alarico salió á la palestra con la ventaja de los postreros esfuerzos de Roma, que contuvieron la audacia de la barbarie con escarmientos costosos. Esplotó la cobardía de aquellos indignos Césares que pagaban la paz á peso de oro, y aprovechó la oportunidad de dar la ley á la metrópoli del mundo. Mi abuelo Carlo-Magno, el tipo de mi juventud briosa y rica de ilusiones, llegó á tiempo para ser el dios del orbe conocido, y sacó del caos su generación; y su espada y sus leyes crearon el mundo que conocemos; herencia del gigante repartida entre pigmeos.

D. Felipe redobló su atención.

Su Magestad Imperial continuó de este modo:

—Hombres—épocas no épocas de hombres necesita la humanidad para sus cataclismos. Hombres que reasuman en solo ellos el interés de sus contemporáneos. Hombres que reciban de la Providencia el en cargo de subvertir los destinos del globo; que representen la mela de lo pasado, y abran el campo al porvenir. Dios los hace grandes, y á sus coetáneos pequeños, porque necesita su fuerza, y esta es mayor en razon á la menor resistencia de los demas. Esta libertad me ha faltado, Felipe. Todo es grande en torno mio...

—¡Y quién mas grande que vos! exclamó el Príncipe.

—¡Nombre de Cristo! (dijo el Monarca no sin un ligero tinte de amargura) Francisco I, Enrique VIII, Leon X y yo no debiamos haber nacido juntos.

—Verdad, Señor, apoyó su Alteza.

—Y luego Borbon, Lautrec, Pescara, Lanoy, Wolsey, Doria, Leiva, Alarcon, Barba-roja, Lutero, Melanchton, Soliman, Nassau, Fieschi, Colonna, Bayardo, Alba... Contad Chalons, Felipe: genios militares; marinos ilustres; diplomáticos hábiles; rebeldes temibles; talentos peligrosos. Y mas abajo, en escala inferior, significaciones pasajeras, pero que complican la lucha, y distraen la atención de las empresas principales. Los Médicis; Alberto de Brandebourg; Juan Beúvels; Cipperdoling; Duprat; Erasmo; Gerónimo Fieschi; Padilla; Zwingle: dignatarios ambiciosos; here-siarcas audaces; intrigantes consumados; escritores supersticiosos imponentes... ¡Ah! ¡qué os parecen los elementos con que mas ó menos he tenido que lidiar! Este que promueve un cisma; aquel que atiza la intestina division; estotro que complica las circunstancias con sus audaces proyectos; el de mas allá que os contraresta; esotros que os amenazan confederándose. Nazcan Alejandro y César, y vuelvan á tomar el carácter de conquistadores. ¡Ira de Dios!...

—Señor, calmaos, interrumpió el Infante con disgusto por los juramentos que su padre se permitia en el entusiasmo de su relacion.

—Decís bien, (repusó el Cesar fatigado de su agitado discurso. Me exalto cuando pienso en estas cosas. Querido niño, por lo que

Carlos Quinto.
47-2.º

os dejo espuesto deseo que halleis época distinta de la mía; hombres menos revoltosos, ó sin fuerzas para cortaros los vuelos, cuando queráis volar, porque, creedme, es la contrariedad mas dolorosa tener un Palacio encantado á la vista, y pesados grillos en los pies que os estorban el paso.

D. Felipe bajó los ojos, y una nube sombría pasó por su mente; idea de la ambicion que se supone coartada y se irrita contra los obstáculos.

—De todo lo que ha mencionado V. M. dos cosas hay que no merecen perdon á mis ojos: la rebeldía y el cisma.

—La rebeldía es la condicion de todos esos restos de la feudalidad antigua, que no pueden resignarse á desaparecer con su época...

—Les vendrá su dia, Señor, repuso el Príncipe con un gesto cruelmente significativo.

—Ya se vé (continuó el hijo de Felipe el Hermoso) se resisten á que sus mil franquicias se reasuman en un solo poder supremo. No se resuelven á desprenderse de esos privilegios é inmunidades que chocan con la autoridad real, y embarazan su ejercicio. Ciegos que no comprenden que la grandeza consiste en la pequeñez de los demas. Esos hombres, hijo mio, gritan: ¡Sacrilégio! ¡Usurpacion! = cuando vais restringiendo sus fueros, incorporando sus acciones repartidas profusamente en una accion sola para vigorizarla. No se persuaden que son débiles, teniendo en difuso reparto ese legado de Dios, que se llama poder. Que se esponen á las contingencias de las depredaciones inicuas por falta de unidad, y que los peces mayores tragan á los menores, como dice el adagio castellano. El Abad explota á sus vasallos; el Conde despoja al Abad; el Duque al Conde... Siga la cadena; que el Rey despoje al Duque, al Conde y al Abad de esos poderios, con que obstan al suyo, sin que garanticen sus propios dominios.

—Bien, Señor, (esclamó su Alteza sin ser bastante á disimular sus simpatias por este osado pensamiento politico). Ahí está la grandeza futura de los pueblos.

—¡Necios! (añadió el César con magestuosa altivez). El Evangelio parece hablarles cuando dice: *tienen ojos y no verán; no escucharán y tienen oidos.*

Despues de una ligera pausa continuó:

—No se penetran de que su origen fué la necesidad defensiva:

que nuestros antecesores los Reyes, cuyas coronas forman una sola sobre mi cabeza, vivian en perenne lucha, conquistando ahora un palmo de tierra; perdiéndole despues; tornándole á cobrar luego. Ya se vé, como la contienda no tenia fin, sus Altezas daban en encomienda sus conquistas; las daban á quien mayores garantías de resguardo presentase; de aqui tanto reyezuelo, tanta jurisdiccion; de aqui nuestro predecesor D. Pedro derribado de su trono por una coaliccion feudal; nuestro abuelo el Tercer Enrique reducido á la miseria; nuestro abuelo Juan II en vergonzosa tutela de un tirano; nuestro abuelo Enrique IV, entregado en efigie á las farsas de rebeldes... Basta, Señores, basta. ¡Paso á la reforma! como dice ese diablo de Sajon, Lutero... ¡Ya la monarquia no está reducida á defenderse de agresiones sin intervalo. Antes los Principes arriesgaban el todo por el todo, porque eran aventureros coronados, los mas pobres de su reino. Si perdian en el azar, bien poco perdian. Si ganaban se hacian ricos, y acrecian poder para nuevas empresas... Hoy concluyen los soberanos al pormenor, los ricos en detall. Borgoña, Navarra, Bretaña, todos esos reinos y ducados, émulos de los poderes estensos, se incorporan á las monarquias hispana y francesa. La Italia es el blanco de las miras de todos los Reyes, que pugnan por absorver esas repúblicas, reinos, ducados, condados, ciudades libres, y feudos, que perpetúan el desorden, y estorban la accion. Gracias á Dios, la gran era se inaugura. Ya no habrá cronicones sino historia; heraldos con barras, grifos, cruces y medias lunas, sino heraldos que lleven bordadas en el túnico escarlata las armas de una Nacion: pronto no sobresaldrán de los cuerpos de ejército pendones blancos, verdes, azules, rojos, en confusion grotesca, sino la bandera real: no habrá en los cascós de los diferentes capitanes mas que plumeros, y entre todos descollará un solo penacho, el penacho real.

—¡Bendiga el Señor á quien consume la obra! interrumpió D. Felipe.

—Pues ó mucho me engaño, ó vos debeis llevar la última piedra al edificio.

—¡Pluguiese á Dios!

—Mi escelsa abuela Doña Isabel emprendió la marcha por ese camino... entre las Reinas heroína, entre las mujeres fortisima, entre los bienaventurados Santa...

—D. Fernando V era digno tambien de ese encargo...

El César hizo un gesto de disgusto.

—Honrais demasiado al esposo de doña Isabel, dijo.

¡Débil naturaleza humana!

El emperador tan imparcial en sus juicios; tan concedor de los hombres y de las cosas, faltaba á la justicia, tratándose de su augusto abuelo.

Cárlos V no podia olvidar que Fernando el católico preferia á su hermano Fernando; que en 1515 testó á su favor, procurándole la independenciam del maestrazgo de las tres órdenes militares; que solo por arrebatarle las coronas de Aragon, de Nápoles, de Sicilia y de Cerdeña, se casó decrépito con Germana de Foix; que faltó poco para que enloqueciera de pesar á la muerte del fruto de este enlace; que fueron necesarios los esfuerzos mas reiterados para que á la hora estrema mudasen sus disposiciones, entre Zapala, Vargas y Carvajal.

Cárlos V resentido de los afanes del viejo envidioso, y tenaz como anciano, por frustrar sus esperanzas, desconocia, ó afectaba desconocer las magnánimas prendas y generosas virtudes del Rey de Aragon.

—D. Fernando dió fuerza, con su alianza á las empresas de doña Isabel, objeto el Principe D. Felipe, admirador de las dotes de mando de su bisabuelo, y simpático á su carácter.

—¡Basta de politica! Hemos charlado bien, hijo mio. Volviendo al punto de partida de la conversacion, os aconsejo moderar vuestros bríos, y disimular vuestras preveniciones. Si yo me impongo el deber de sufrir multitud de sugetos que me incomodan, y que parezcan pasar desapercibidos sucesos que me repugnan, mucho mas debéis sufrir y tolerar vos, Felipe, que ocupais un rango secundario en la esfera del poder. Mi abuelo Maximiliano, que era un hombre muy ocurrente solia decir: *Sourisais cuando Principe; ceño cuando Rey.*—No os olvideis del dicho de mi abuelo, D. Felipe. Mas adelante os diré otros principios del buen emperador, de que yo he sacado algun partido, y no serán estériles para vos segun creo.

El infante se inclinó con respeto, besando la mano que su escelso padre le tendia.

—Podeis retirararos, dijole carinosamente el César.

El príncipe saludó, y fué á reunirse con Magarinos de Couto, que le aguardaba á la puerta de la cámara real.

—¡Niño admirable! (esclamó Cárlos una vez solo.) ¡Buen porvenir dejo en él á España! ¡Bizarro enemigo les queda á esos Señores, á esas ciudades francas, á esos concejos orgullosos!... ¡Ay! ¡maldito de Dios este perverso mal que disfrazo con el nombre de gota. Dicen que Colon es la causa de su introduccion en el viejo mundo; que es de origen indio... Curioso es por cierto que ese país nuevo llene de riquezas á la corona, y de dolores al que la ciñe.

La entrada de un personaje interrumpió el monólogo del emperador.

—¡Hola, señor Andrés Vesalio de Bruselas, mi sábio médico! esclamó su magestad lleno de benévola consideracion hácia su Hipócrates.

—Señor, (respondió el catedrático de Anatomía en Pádua) siempre humilde vasallo de V. M. I.

—Sabed que me mortifica sumamente esta erupcion en las piernas, y las costras que me embarazan algun tanto los movimientos.

—Cuide V. M. de no irritarlas rascando la superficie, porque ese alivio que se experimenta es precursor del cronicismo del mal, de su degeneracion herpética.

—Paso unas noches infernales, doctor.

—¿Sigue V. M. usando el cocimiento de Guayaco, y la raiz de China?

—Como lo determinásteis.

—Señor, malas noticias de Francia.

—¿Qué sucede á nuestro hermano Francisco?

—Está bien malo.

—¡Bien malo decís! esclamó Cárlos V. con curioso interés.

—V. M. sabe que estoy en correspondencia con el insigne Ambrosio Paré, de Laval, quirúrgico de Renato Montjigean, coronel general de la Intendencia francesa en Italia, consultor de su alteza.

—Conozco á tan digno médico.

—Le tengo remitido mi opúsculo *de radice Chinæ*, y nos proponemos los casos extraordinarios...

—Cambio de esperiencia; muy bien.

—Le envío mis observaciones sobre el mal indiano, que en este reino presenta fenómenos típicos, y acerca de tal punto cuento una verdadera superioridad.

—Comprendo.

—Pues hoy he recibido carta suya, en que me participa la cruel dolencia, que...

—Me parece que sé algo de esto.

—¿Lo sabeis, señor?

—Veamos. ¿No os dice maese Ambrosio que S. A. padece el mal español en su carácter ulceroso, última é incurable facies de ese horrible mal?

—Cabalmente, señor.

—Pues la incontinencia de nuestro buen hermano le ha valido esa fatal desgracia, y si la aventura produce una catástrofe servirá de lección à los Príncipes futuros para que respeten los fueros del hogar, y la honra de sus vasallos: virtudes en que no sobresalía por cierto su alteza de Francia.

—Ignoro los pormenores de tal acontecimiento.

—Figuraos, mi buen Vesalio, que Francisco corría las aventuras como nuestro antecesor D. Pedro de Castilla...

—El cruel, interrumpió el médico.

—El justiciero (corrigió el César.) Nunca tuvo lances, porque la fortuna le favoreció... Pero la fortuna es mudable, y no hay mucho que fiar en ella... Tropezó con una muger, bella, bellissima, segun mis informes; pero que tenía un marido intratable, un breton de alma de hierro y corazón de roca... Enteróse nuestro hombre de que su honra servía de juguete al soberano, y se infestó del virus indio... bien infestado, por vida mía...

—¡Feroz plebeyo! exclamó el facultativo asombrado.

—Su muger ha comunicado el mal à Francisco, y si he de dar crédito à noticias fidedignas, harto harán los físicos con retardar la muerte del pobre monarca.

—Es una desgracia, Señor, una desgracia, contestó suspirando el anatómico Paduano.

—Debia suceder (continuó el emperador con tono solemne). Las maldiciones humanas se cumplen tambien.

—¡Las maldiciones! repuso Vesalio sorprendido.

—Sí, (replicó D. Carlos). Yo veo en esa desventura algo mas

que una casualidad. Veo á la providencia que se encarga de cumplir alguna maldición desesperada...

—De algun vasallo tal vez.

—Sí, (respondió el César disimulando). De algun vasallo. Por eso decia Enrique III : *mas tento las maldiciones de mis vasallos, que las armas de mis enemigos.*

EPILOGO.

I.

«San Gerónimo de Yuste (Plasencia), á siete de noviembre del año de gracia 1556.»

«Mi amada Margarita : Frantz de Ausberg, escudero del Señor Barón de Iseberga, pondrá en tus manos la presente ; dándote nuevas de un esposo, que siempre te amó, y que en la insoportable monotonía de la vida claustral dedica á su familia un pensamiento sin distraccion posible... ¡Oh! ¡qué existencia, mi buena Margot! ¡qué mudanza desde que recomendado por Blinter entré en la servidumbre del César de Alemania hasta que por mi mal, escojido entre un centenar de servidores, pertenezco á la docena de predilectos condenados á consumirse de fastidio en san Gerónimo.»

«¡Qué diferencia entre los dias pasados y los presentes!»

«Yo vine á España con un emperador ansioso de gloria, que comenzó por ser clemente con los facciosos de este pais, y se captó el amor de su pueblo. Despues de Pavia he visto en el Alcázar de Madrid al orgulloso Francisco I, moribundo de pasion de ánimo; dócil mas tarde á las condiciones de su vencedor. Pasé á Italia y besé el anillo de Clemente VII, que habia gemido cautivo de nuestros capitanes en Sant' Angelo. He visto al gran Maestre de Rodas rendir pleito homenaje á un César que daba á la Orden su isla de Malta. He visto á Soliman el magnífico con sus doscientos mil turcos retirarse medroso ante el Emperador, que condujo á Guntz ciento veinte mil soldados; la flor de cuatro valerosas naciones. He sido testigo de la heroicidad Cesárea en Túnez en la toma de la Goleta; restablecimiento de Muley-Assan en el trono

»de sus padres, derrota del temible Hairadin Barba-roja en tierra
 »y mar, y libertad de veinte mil cristianos cautivos. He atravesado
 »entre el cortejo imperial la Francia, que abria paso con curiosa
 »admiracion á su enemigo; para que descargara su mano poderosa
 »sobre la rebelde Gante. He visto á los Príncipes protestantes de la
 »liga de Smacalda vencidos en Mulberg; á Juan Federico, duque
 »de Sajonia, amenazado de muerte, depuesto y encarcelado; al
 »Landgrave de Hesse humillado ante el César, y prisionero... Dias
 »felices! ¡qué pronto han pasado, *Margot!*

»El César se ha estrellado tres veces contra la Francia como
 »una galera trireme contra una roca. El plan de toda su vida fué
 »destruir la monarquía de San Luis: el Cielo no se lo ha permitido.
 »La gola, un mal espantoso, fruto de las conquistas en el nuevo
 »mundo, y cierto gérmen de locura, herencia funesta de doña
 »Juana, han motivado las abdicaciones, en cuya virtud el emperador
 »de Alemania, el Señor de Italia, el Archiduque austriaco
 »y el Rey de las Españas son hoy un caballero particular, residente
 »en un sombrío monasterio, con doce fieles criados, seis tudescos
 »y seis españoles, un caballejo en que cabalgar por estas asperezas,
 »y una pension de cien mil escudos.»

»La mecánica ocupa sus ocios: trabaja en relojería con un célebre
 »maestro, y rodeado de muestras y relojes de todos tamaños,
 »hechuras y clases, tiene el gusto de que nadie sepa la hora
 »entre cien máquinas que retintinean á todas horas como fuego
 »graneado de arcabucería. Cuando alguno evoca lo pasado se estremece;
 »brillan sus ojos con fuego sombrío; parece que resucitan los Príncipes
 »en el caballero recluso; pero pasa como fiebre de un momento la
 »conmocion, y vuelve la indolente apatía; torna la indiferencia, y el
 »coro, la mecánica, y los paseos solitarios embeben su tiempo... El
 »nombre de su hijo y el de su hermano le producen una sensacion
 »ingrata, y me atreveré á decir dolorosa. Dios me libre de murmurar
 »de los señores de nuestra leal obediencia; pero D. Fernando nunca
 »perdonó sus recelos á el César, mi amo, ni el frustré de sus
 »ambiciones, y D. Felipe ha creído demasiado largo el reinado
 »de su padre. D. Fernando, resistiendo la pretension al imperio
 »de D. Felipe, fué duro en su oposicion á D. Carlos; ya emperador
 »se mostró hartamente insolente con su hermano, y al despedirle
 »disimuló bien poco sus resentimientos.

«mientos. D. Felipe dejó traslucir con bastante amargura la im-
 «paciencia de sus ambiciones; precipitó los sucesos con descarada
 «instancias, y nos vió partir con la alegría mal encubierta de quien
 «aparta de sí un embarazo.

«Hémos aquí á ocho millas de Plasencia, en la provincia de
 «Estremadura, y cerca de Jarandilla; siendo fama en el país que
 «aquí estuvo el retiro de Sertorio, el famoso general de los iberos.

«Hémos aquí sin que nadie parezca acordarse de que entre estos
 «muros ennegrecidos vejeta el semi-Dios de la Europa... Ni una
 «carta que venga á recordar el respeto de Principes, dignatarios,
 «próceres y señores á la grandeza que descendió prematuramente

«al ocaso... Pocas noticias llegan á este retiro: las que traspasan
 «el recinto lúgubre confirman la opinion de los desengañados de la
 «ingratitude humana: ni una sola de las prevenciones cesáreas ha

«sido cumplida; ni el mas mínimo de sus encargos acatado. San
 «Gerónimo de Yuste es la tumba del emperador: dentro el silen-
 «cio: fuera el olvido.

«D. Carlos es grande, singular aquí como en el trono, Marga-
 «rita mia. Aquí como en los sáculos de Carlo-Magno, Carlos el
 «Temerario, y Recaredo, tiene imperio sobre sí mismo, y si los

«observadores descubren alguna vez lo que encierra en su corazón,
 «pronto dudan de sus observaciones, desconcertados por el pro-
 «fundo disimulo con que repara la falta de mesura, que hizo trai-
 «cion á su secreto pensar.

«D. Carlos lucha consigo propio para poner en olvido lo que
 «fué, y se estrella desesperado contra la valla, que en una preo-
 «cupacion lúgubre ha levantado entre el siglo y el cláustro. Pugna

«por absorverse en la meditacion religiosa; por deleitarse en las
 «faenas mecánicas; por hacerse á la vida rústica y sencilla de un
 «hidalgo de la montaña; de un Señor de Torre y veinte yuntas...

«Empeño vano!... Una palabra, un recuerdo destruyen la obra
 «de su continuo afán, y entonces, *Margot*, el que le estudia com-
 «prende cuánta exasperacion, cuánta hiel paliará sus esteriorida-

«des de resignacion y desprendimiento de los negocios mundanos:
 «Un caso entre mil, Margarita

«Aquí mora entre nosotros un maestro en máquinas famoso;
 «Juanelo Turriano, inventor de ingeniosos artificios; entre ellos
 «uno para subir el agua del Tajo. Anduvo algunos dias retraido
 Carlos Quinto.

ven una celda; sin permitir la entrada á nadie mas que á dos aprendices, hermanos legos, y al venerable superior; respondiendo al César, que le hizo pedir licencia para entrar; que para su diversion trabajaba, y asi no tratara de anticiparse.

«Al cabo de diez dias, á eso del *Angelus Domini*, Juanelo entró en los aposentos de su imperial magestad, invitándole á una funcion de figuras de movimiento, que debian representar la famosa batalla de Pavia. A la funcion estaban convidadas personas principales de Plasencia. El emperador y su servidumbre debian ocupar los primeros bancos. Seguia la comunidad, y por último los espectadores de fuera.

«¡Qué maravilla, mi buena Margot! Principiaba el espectáculo antes del alba, cuando los capitanes Santa Cruz y Salcedo concluian el derribo de la tapia en la Cartuja de Pavia. Viacampa, Herrera y Gayoso con sus tercios entraban en el parque. Despuntaba el alba y seguian entrando por la brecha Pescara con cinco banderas alemanas y cinco españolas; Frondsperg con sus tudescos; Lanoy con sus lanzas; Borbon con sus escuadrones en batalla; Vasto y Alarcon con sus hombres de armas españoles; Sant' Angelo con su caballeria ligera italiana... ¡Qué verdad! ¡qué prodigio!

«Apareció luego el ejército francés con Alenzon y sus tres cuerpos montados de gendarmes y esguizaros; Francisco, y su corte militar en el centro al frente de dos mil lanzas, y diez mil bearneses y gascones en retaguardia. Por los magos de Colonial era cosa de ver.

«Principió la jornada con una propiedad admirable, y todos los encuentros fueron de una ilusion completa; eran pigmeos que remedaban una acción de gigantes: los mismos gigantes vistos á vuelo de águila entre el polvo y el humo del combate.

«D. Carlos parecia enagenado: no separaba un punto su vista de la escena: no asistia á la ficcion, sino que se creia testigo de la verdad. Cuando los españoles tuvieron que abandonar su posicion en Mirabel, dejando los italianos su artilleria en poder de Alenzon, el despecho le hizo agitarse con violencia. Cuando los arcabuceros introdujeron el desórden en las filas del centro, el jubilo se pintaba en su semblante. Cuando la infanteria española avanzó contra la francesa, superior en número, temblaba de im-

»paciencia. Cuando la victoria empezó á declararse, comenzando
 »la cruda matanza de los lansquenets, el entusiasmo del César
 »rayaba en locura. Sus lábios se abrian en una aspiracion convul-
 »siva: los gritos de alborozo espiraban en murmullos en su gar-
 »ganta.

»Dió principio la horrenda carnicería de los suizos y frantopi-
 »nes: los desatentados franceses se arrojaban al Grabalon huyen-
 »do de la saña española, y Francisco fué perseguido por enemi-
 »gos que no le conocian por el Rey.

»En este momento el mecanismo que hacia andar á dos solda-
 »dos imperiales se atascó en su corredera, y el monarca francés
 »al escape de su caballo se acercaba al puente, cortado en su mi-
 »tad para salvaguardia del fugitivo Alenzon.»

»El emperador se levantó de su asiento con inesplicable frene-
 »sí, atacado de un temblor epiléptico y gritando: «Corre Juanes
 »de Urbieta! corre Diego de Avila! Ira de Dios! ¡Qué se os escapa
 »el rey Francisco!»—Acudimos en torno de D. Carlos temerosos
 »de un accidente; pero vuelto en sí, dijo con acento ronco, des-
 »pues de pasarse la mano por la frente, bañada de frio sudor.—
 »«Me siento mal: vámonos de aqui» y se retiró á su aposento suma-
 »mente decaido; donde permaneció seis dias aislado, noticiándo-
 »nos Belmonte, su ayuda de cámara, que no le habia abandonado
 »en cuatro dias la calentura.

»Por desgracia creo que mis servicios concluirán pronto; por-
 »que la salud de su magestad decae visiblemente, y una vez ter-
 »minados los penosos deberes, que me retienen en España, ni aun
 »me detendré quizá á solicitar la pension concedida á la servidum-
 »bre cesante. Abraza á mi hermosa Kenni á quien remito cien es-
 »cudos de sol, y tu recibe el afecto de tu fiel esposo.

German Hännetong.»

II

»San Geronimo de Yuste (Plasencia), á veintiuno de setiembre
 »de 1558 de N. S. J.

»Son las doce de la noche, Margarita: reina un silencio pavo-
 »roso en Yuste; solo interrumpido por el doble funerario de las

»campanas... El César ha dejado de existir. Nada resta de aquel
 »héroe cuyo nombre ha llenado al mundo de asombro, sino un
 »cuerpo inanimado, consunto por la fiebre, que luego se hará pol-
 »vo entre el polvo... Mis lágrimas mojan este escrito... ¡Cuánta
 »ingratitud!... Se le dejaron de pagar hasta las rentas de su mo-
 »desto retiro; sus consejos fueron del todo contrariados: avisó su
 »próximo fin, y ni un emisario de la corte ha venido á traerle una
 »palabra de consuelo; á recibir en nombre de su real hijo la ben-
 »dición paternal...—«Amigos, (nos dijo con sonrisa resignada)
 »ved en lo que para la grandeza: vanidad de vanidades y todo
 »vanidad.—»

»Al principio de la mañana estaba preocupado y sombrío.—
 »Belmonte, (dijo á su ayuda de cámara) leedme algo de los san-
 »tos libros.—Belmonte obedeció, acertando á comenzar por los
 »proverbios, capítulo 26, según creo.—«*Has visto al hombre
 »que se juzga sabio? Pues el ignorante tendrá mejores esperanzas
 »que él?*—«Verdad (esclamó el César con amargura): Pobre de
 »aquel que se tuvo por sabio ó poderoso.—» Cerró los ojos, y re-
 »zó fervorosamente.

»Al mediodía el Padre Quincezes vino á recitar los Salmos
 »junto al lecho del moribundo, que se mantenía amodorrado, y
 »comenzaba á luchar con la muerte con harta desventaja. El reli-
 »gioso llegó al versículo cuarto del Salmo 87.—«Mis enemigos
 »me miran cual si hubiese bajado al sepulcro; como un hombre
 »sin defensa ni amparo; como aquel á quien no se concede lugar
 »ni aun entre los muertos.»—El César abrió los ojos dificultosa-
 »mente, y con acento entrecortado y fatigoso exclamó.—«Padre,
 »ésta es la historia de mis últimos días.»—»

»Después de confesar y recibir el sacramento eucarístico hizo
 »entrar á la servidumbre para darnos su último adios. Estaba en
 »estremo desfigurado, y su voz era apagada y de articulacion con-
 »gojosa.—«Perdonadme, los malos ejemplos; (dijo sin fijar su vis-
 »ta en ninguno, en el estravío de una agonía que daba principio)
 »el Señor os bendiga, y rogad por mí.»—No pudimos contener
 »nuestros dolientes gemidos;—«Belmonte, (añadió el augusto Prin-
 »cipe con ansiedad creciente) decid al rey Felipe que no imite mis
 »vicios: que no abrigue en su corazón sentimientos de venganza,
 »que son torturas crueles en la última hora.»—Cayó sobre la al-

»mohada perdido el conocimiento , y el Prior nos hizo salir á toda
»prisa.

»*Margot*, al hundirse el sol en occidente, el sol de nuestra era
»se hundió en su ocaso. Cincuenta y nueve años no habia cumpli-
»do aun. Ningun vínculo me liga á este pais: he perdido el mejor
»de los señores, y resuelvo pasar á la corte á gestionar el pago de
»mis atrasos y pension de retiro. Humbeld pondrá esta en tus
»manos. Si no consigo pronto mi pretension me embarcaré para
»Alemania sin demora; pues sin mi generoso dueño España me se
»figura una medrosa Catacumba. A tu lado y junto á nuestra her-
»mosa *Kenni* pasaré mis últimos años, rogando por el alma del
»héroe que ha perdido el mundo.

»Adios: hasta muy pronto. Tuyo

German Hánnetong.»



muñada perdida el conocimiento, y el Pastor nos hizo salir a toda
opista.

«Marxot, al hundirse al ser en occidente, el ser de nuestra era
se hundió en su ocazo. Emociona y nueve años no había empuj-
do un. Ningún artículo me liga a este país; he perdido el mejor
de los señores, y resuelve pasar a la corte a gestionar el pago de
mis atrezo y pension de retiro. Humboldt perdía de las en las
manos. Si no consigo pronto mi profesión me embarcaré para
Alemania sin demora; pues sin mi género bueno España me se-
rigna una mala Cataluña. A la lado y julio a nuestra her-
mosa Kenni pasare mis últimos años, rogando por el alma del
deseo que se pierda el mundo.

Años: hasta muy pronto. Tuyo

German Humboldt

TOMO I.

Retrato de Carlos.	pág.	4
Lám. 1. ^a		33
Lám. 2. ^a		64
Lám. 3. ^a		97
Lám. 4. ^a		146
Lám. 5. ^a		201
Lám. 6. ^a		241
Carlos y su Ayo.		249
La reina Doña Juana.		265
Lám. 7. ^a		284
El bardo.		301

TOMO II.

Lám. 8. ^a	13
Lám. 9. ^a	34
Lám. 10.	61
Tienda de campaña.	83
Los dos arcabuceros	120
Despedida de Carlos y Francisco I	162
Carlos mostrando el Album.	196
Lám. 15.	124
Lám. 16.	256
Lám. 17.	265
Lám. 18.	274
Lám. 19.	304
Retrato de Francisco I	352

TOMO I.

301	El barbero.
281	Lám. 7. ^a
268	La reina Doña Juana
249	Carlos y su Ayo.
241	Lám. 6. ^a
201	Lám. 5. ^a
140	Lám. 4. ^a
97	Lám. 3. ^a
64	Lám. 1. ^a
4	Retrato de Carlos.

TOMO II.

332	Retrato de Francisco I.
304	Lám. 19.
274	Lám. 18.
262	Lám. 17.
238	Lám. 16.
236	Lám. 15.
134	Carlos mostrando el Album.
106	Despedida de Carlos y Francisco I.
163	Los dos arcabuceros.
130	Tienda de campaña.
83	Lám. 10.
61	Lám. 9. ^a
34	Lám. 8. ^a
13	Lám. 7. ^a

EFEMÉRIDES PRINCIPALES

DEL EMPERADOR CARLOS V.

En el año de 1500, en la villa de Gante, lunes 25 de Febrero, día de San Matias, á las tres y media de la mañana, nació D. Carlos; recibiendo el agua del bautismo al día siguiente.

En 1505, viernes, 25 de setiembre, á la edad de 28 años, falleció D. Felipe, el Hermoso, padre de nuestro héroe, dejándole el Archi-Ducado de Austria.

En 1515, el 1.º de Marzo, entró en el gobierno de los Países bajos, que durante su minoridad rijió Madama Magarita en nombre del Emperador Maximiliano, abuelo del Príncipe.

En 1516, á 23 de Enero, entre una y dos de la madrugada, falleció D. Fernando V. su abuelo materno.

En 1516, á 14 de Febrero, fué proclamado en Bruselas Rey de España en union con Doña Juana, su madre.

En 1516, á 19 de Marzo, fué jurado, en Madrid con toda solemnidad.

En 1517, domingo, 19 de Setiembre, arribó á la playa de Villaviciosa en Asturias.

En 1517, domingo, 8 de Diciembre, murió en Roa el Cardenal Jimenez de Cisneros, Gobernador en su ausencia de los reinos de Castilla y Aragón.

En 1517, 18 de Noviembre, entró D. Carlos en Valladolid; donde fijó su residencia.

En 1518, á 4 de Enero, celebraron su primera sesion las famosas Córtes de Valladolid.

En 1518, por el mes de Abril, salió para Flandes el infante D. Fernando, hermano del Rey.

En 1519, en Belsis, á 12 de Enero, pasó á mejor vida el Emperador Maximiliano, recibíendose en España la noticia á 15 de febrero.

En 1519, á 28 de Junio, en Francfort sobre el Mein, despues de empeñadas contiendas entre los electores, se publicó la eleccion de Carlos V.

En 1519, á 22 de agosto, arribó á las costas de Barcelona el Duque Federico de Baviera con el decreto efectivo, y la instancia

de los electores para que fuese á tomar posesion de los dominios imperiales.

En 1520, á 5 de Marzo, salió D. Cárlos de Valladolid, dejando alborotada la Ciudad, y mal contentos los reinos de España.

En 1520, á 20 de Mayo, salió del puerto de la Coruña, acompañado de muchos próceres, asi flamencos como castellanos.

En 1520, á 26 de Mayo se avistaron en Douvres el Emperador y el Rey Enrique VIII de Inglaterra.

En 1520, á 21 de Agosto, declarada la rebelion de los Comunes, Antonio de Fonseca, general realista, prende fuego á Medina del Campo.

En 1520, á 2 de Setiembre, pronunciada Valladolid por la causa de los comuneros, Juan de Padilla se apoderó de Tordesillas, residencia de Doña Juana.

En 1521, á 22 de Febrero, Juan de Padilla sitia á Torrelobaton, de que se enseñorea despues de encarnizados combates.

En 1521, mártes, 23 de Abril, perdióse la causa comunera con la funesta derrota de Villalar.

En 1521, miércoles 24 de Abril, fueron ajusticiados en Villalar Juan de Padilla, Juan Bravo, y Francisco Maldonado, capitanes de la comunidades de Toledo, Segovia y Salamanca.

En 1520, á 23 de octubre, fué ungido el Emperador en la iglesia de Nuestra Señora de Aquisgran, segun la Bula de oro.

En 1521, 30 de Junio, ganaron los tercios reales la batalla de Ezquiros á los franceses invasores de Navarra, quedando prisionero D'Esparres con su estado mayor.

En 1521, en Mayo, tuvieron lugar las sesiones de la Dieta de Worms, en que fué comparecido Martin Lutero.

En 1521, en el mes de Diciembre, fué nombrado Vicario de Cristo Adriano de Utrech, que tomó el nombre de Adriano VI.

En 1522, en 27 de Abril, batalla de Bicocea, en que los imperiales derrotaron á Lautrech.

En 1522, á 30 de Mayo, toma de Génova por los imperiales.

En 1522, vispera de Navidad, despues de una heróica resistencia de los caballeros de San Juan, que duró seis meses, se entregó á Soliman la isla de Rodas; dándose por el Emperador á la órden la isla de Malta en 1525.

En 1522, en 16 de Julio, arribó Cárlos V á Santander.

En 1524 derrota de los franceses en el Tessino, y muerte del famoso Caballero Bayardo.

En 1524, á 19 de Marzo, rendicion de Fuenterrabia y evacuacion de Navarra por los franceses.

En 1524, en 28 de Octubre, el rey de Francia cerca la ciudad de Pavia, defendida por Antonio de Leiva.

En 1525, en 25 de Febrero, aniversario del natalicio imperial, victoria de Pavia, y prision de Francisco I.

En 1525, á 15 de Junio, arriba á Barcelona el Rey de Francia, escoltado por Cárlos de Lanoy.

En 1525, entrevista de Cárlos y Francisco en el Alcázar de Madrid, el 29 de Setiembre.

En 1526, á 14 de Enero, se firma la concordia de Madrid entre el emperador y el Rey de Francia.

En 1526, á 15 de Marzo, libertad de Francisco I.

En 1526, 19 de Marzo, casamiento de D. Cárlos con la infanta Doña Isabel de Portugal.

En 1527, en 5 de Mayo, llegada del ejército imperial, mandado por Borbon, frente á Roma.

En 1527, en 6 de Mayo, toma de la capital del Cristianismo, y despiadado saqueo de sus ópimos tesoros, haciéndose mas tarde prisionero á Clemente VII, tras la rendicion del Castillo de Sant' Angelo.

En 1527, á 21 de Mayo, á las cuatro de la tarde, nació el infante D. Felipe, que reinó segundo de su nombre.

En 1528, á 19 de Abril, jura de D. Felipe por Príncipe de Asturias en el monasterio de San Gerónimo de Madrid.

En 1529, á 5 de Agosto, se celebró el tratado de paz entre España y Francia, en Cambray.

En 1529, á 30 de Octubre, entra Cárlos V en Bolonia donde se recibe Clemente VII con pomposa solemnidad.

En 1530, en 25 de Febrero, augusta consagracion Imperial de D. Cárlos por ministerio Pontificio en Bolonia.

En 1530, á 20 de Julio, Dieta de Augusta para asuntos del Imperio.

En 1530, retirada de Soliman ante el ejército del Emperador.

En 1535, á 30 de Mayo, sale del puerto de Barcelona la armada imperial capitaneada por D. Cárlos en direccion al reino de Túnez.

En 1535, heroica toma de la Goleta.

En 1535, se apodera de Túnez el ejército Cesáreo, el 21 de Julio; huyendo Barbaroja, y detrayéndose el reino á Muley Haben.

En 1536, por agosto, invade el Emperador la Francia.

En 1536, por octubre, evacuó la Francia sin obtener ninguna ventaja positiva.

En 1536, á 18 de Noviembre, salió de Génova para España.

En 1540, el 1.º de Enero, hizo el Emperador su entrada pública en Paris.

En 1540, terrible castigo de Gante por su rebelion.

En 1544, paz de Crespy entre Francia y el Imperio, concluida el 18 de Setiembre.

En 1547, el 28 de Febrero, murió Enrique VIII de Inglaterra.

En 1547, el último dia de Marzo, falleció en Rambouillet Francisco I.

En 1550, dieta de Augsburgo, en que se convino en la reunion de un Concilio general, el 25 de Junio.

En 1551, á 3 de Noviembre, rendicion de Magdeburgo al ejército imperial.

En 1552, paz llamada de religion en Passau, firmada el dia 2 de Agosto.

En 1552, á 19 de Octubre, derrota del ejército imperial en Metz.

En 1554, matrimonio de Felipe II con Maria, reina de Inglaterra.

En 1554, derrota de Renti.

En 1555 el Emperador renuncia la soberania de los Países-Bajos en su hijo D. Felipe, el 23 de Octubre.

En 1555 renuncia en el mismo la corona de España.

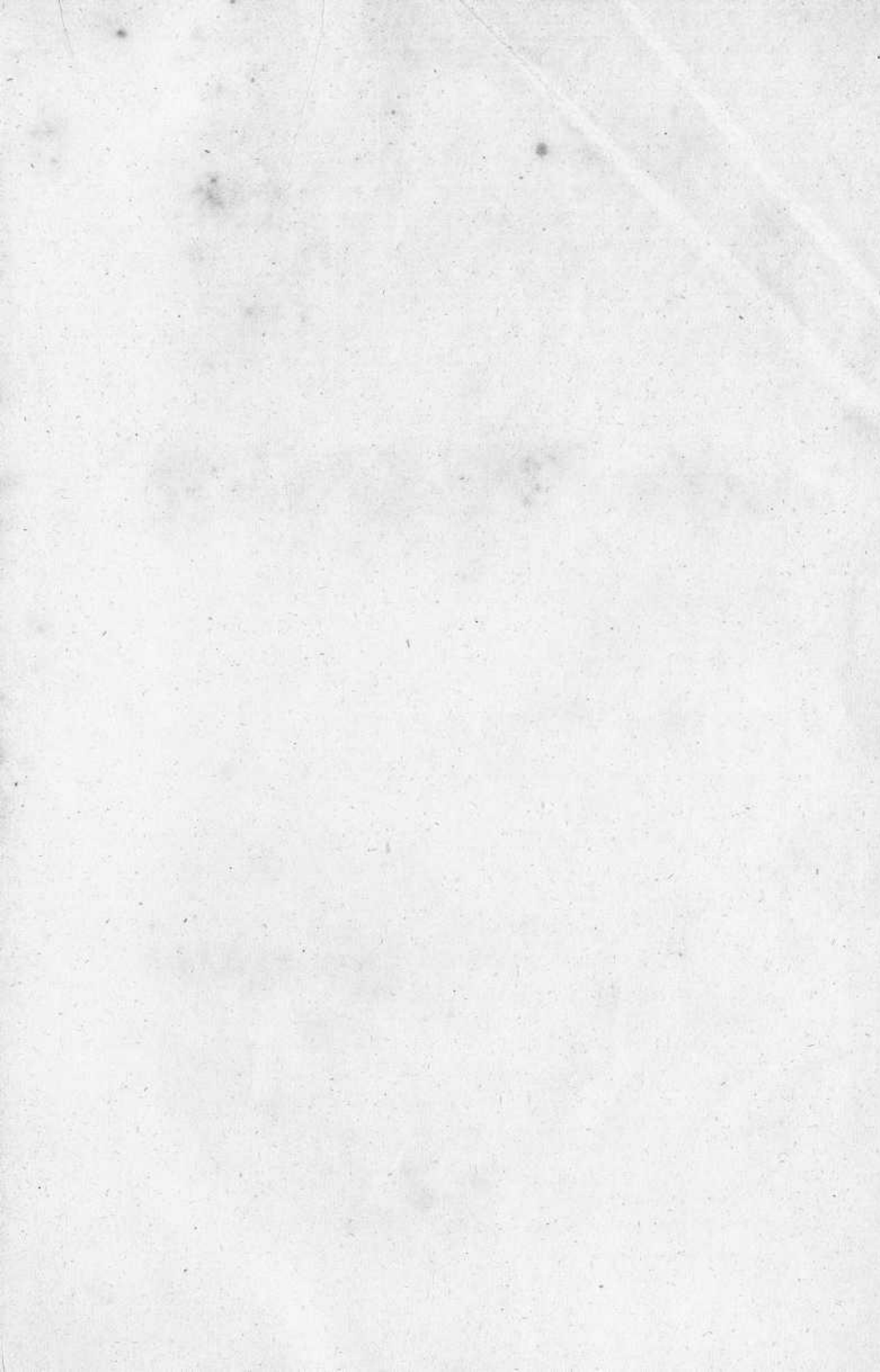
En 1556, á 27 de Agosto, renuncia el imperio en su hermano D. Fernando.

En 1556, el 17 de Setiembre, se dió á la vela para España.

En 1557, el 24 de Febrero, se instaló en San Gerónimo de Yuste, en la campaña de Plasencia.

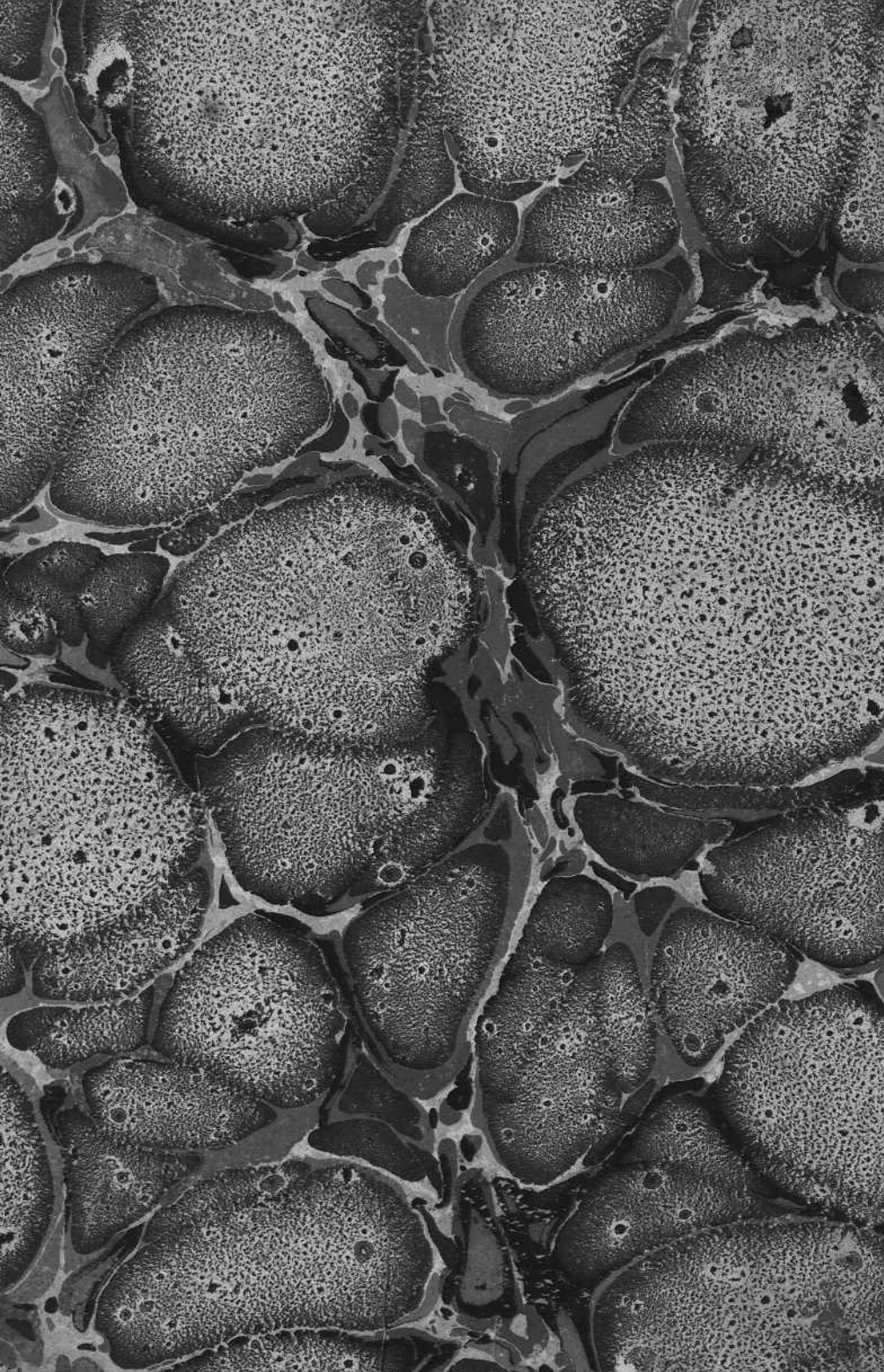
En 1558, 18 de Setiembre, Carlos hizo celebrar sus exequias en San Gerónimo de Yuste.

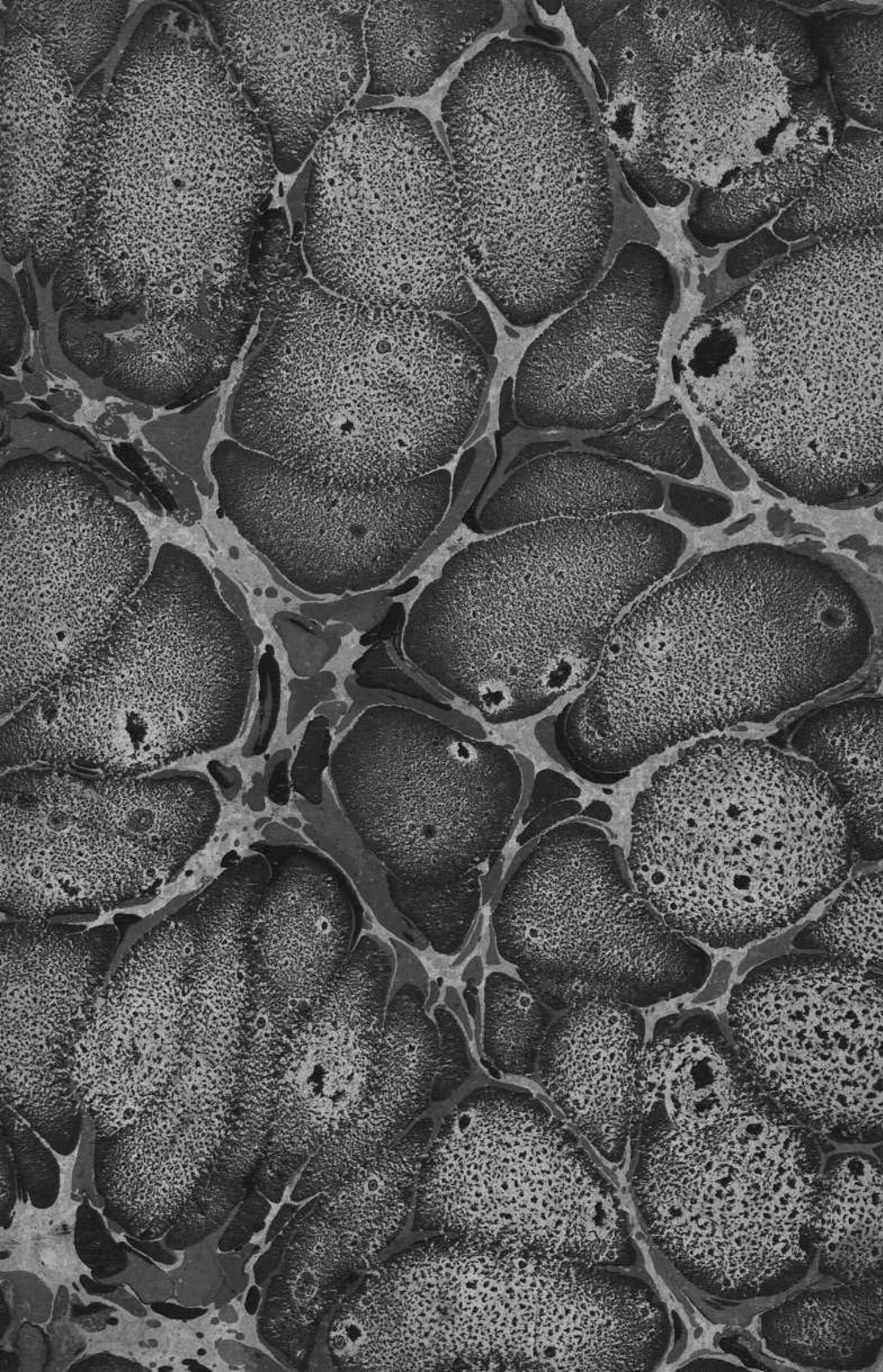
En 1558 el 25 de Setiembre falleció á las 58 años, 6 meses y 25 dias.



- En 1340, el papa Gregorio X...
- En 1341, el papa Gregorio X...
- En 1342, el papa Gregorio X...
- En 1343, el papa Gregorio X...
- En 1344, el papa Gregorio X...
- En 1345, el papa Gregorio X...
- En 1346, el papa Gregorio X...
- En 1347, el papa Gregorio X...
- En 1348, el papa Gregorio X...
- En 1349, el papa Gregorio X...
- En 1350, el papa Gregorio X...
- En 1351, el papa Gregorio X...
- En 1352, el papa Gregorio X...
- En 1353, el papa Gregorio X...
- En 1354, el papa Gregorio X...
- En 1355, el papa Gregorio X...
- En 1356, el papa Gregorio X...
- En 1357, el papa Gregorio X...
- En 1358, el papa Gregorio X...
- En 1359, el papa Gregorio X...
- En 1360, el papa Gregorio X...







8-4-N-17



VENGANZAS

REALES

